

Trabajo Fin de Grado

Bibliófilas: un acercamiento a la bibliofilia femenina
Bibliophiles: an approach to women bibliophilia

Autora

Sofía Martínez Gómez

Director

Dr. Manuel José Pedraza Gracia

Facultad de Filosofía y Letras
2022

A las personas que siempre han estado ahí.

A mis padres, que han creído siempre en mí a pesar de que yo no lo hiciera.

A mí misma por haber sido tan fuerte.

A mi tutor por apoyarme y ayudarme y a las librerías anticuarias que han colaborado en la realización de este trabajo.

“As long as there have been books, women in a position to own them have loved them” (O’Donnell, 2022)

Resumen: La bibliofilia es una afición que a lo largo de la historia se ha vinculado únicamente a los hombres. Las mujeres durante siglos se han visto obligadas a quedarse en un segundo plano intelectual y social. Las bibliófilas han coexistido con los bibliófilos desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea y han reunido bibliotecas de diferente tamaño y con temáticas muy diversas. Existe una progresión temática en sus lecturas en función de la libertad perseguida y conforme al progreso social. Se conocen perfectamente bibliotecas de reinas como Isabel la Católica; de nobles como Judith de Flandes; y, conforme pasan los siglos, pertenecientes a mujeres no vinculadas a clases altas, como Emilia Pardo Bazán. Se comprueba cómo la actividad de la mujer dentro del mundo del libro antiguo y, especialmente, en el mundo de las librerías anticuarias, necesita ser analizado, aunque va evolucionando a mejor. Se deja atrás una cierta misoginia bibliófila que ha provocado que la mujer fuera vista como la mayor enemiga del libro para dar paso a la libertad y la visión de la bibliofilia sin distinción de género.

Palabras clave: Bibliófilas; Bibliofilia; Bibliotecas; Lectura femenina; Librería anticuaria; Libro antiguo; Misoginia bibliófila.

Abstract: Bibliophilia is a hobby that throughout history has been associated only with men. For centuries, women have been forced to remain in the intellectual and social background. Women bibliophiles have coexisted with men bibliophiles from the Middle Ages to the Contemporary Age and have collected libraries of different sizes and with very diverse themes. There was a thematic progression in their reading according to the freedom they pursued and in line with social progress. The libraries of queens such as Isabella the Catholic, of nobles such as Judith of Flanders, and, as the centuries passed, of women not linked to the upper classes, such as Emilia Pardo Bazán, are well known. The activity of women in the world of rare books and, especially, in the world of antiquarian bookshops, needs to be analysed, although it is evolving for the better. A certain bibliophile misogyny that has caused women to be seen as the greatest enemy of books has been left behind to give way to freedom and a vision of bibliophilia without distinction of gender.

Keywords: Women bibliophiles; Bibliophilia; Libraries; Antiquarian bookshop; Rare book; Bibliophilic misogyny.

ÍNDICE

1.	Introducción.....	9
1.1.	Justificación	9
1.2.	Estado de la cuestión.....	9
1.3.	Objetivos	11
1.4.	Fuentes	11
1.5.	Metodología	12
1.6.	Descripción analítica.....	14
2.	La bibliofilia	15
3.	La mujer y la lectura: lecturas de mujeres	16
4.	La mujer en el mundo del libro antiguo: la mujer como librera anticuaria	28
5.	Historia de la bibliofilia femenina	33
5.1.	Características de la bibliofilia femenina.....	40
5.2.	Objeto de la bibliofilia femenina	43
5.3.	La misoginia bibliófila.....	48
6.	Grandes bibliófilas.....	51
6.1.	Edad Media (S. VI – S. XV).....	52
6.2.	Edad Moderna (S. XVI – S. XVIII).....	60
6.3.	Edad Contemporánea (S. XIX – S. XXI).....	80
7.	Conclusión.....	87
8.	Bibliografía.....	89
9.	Anexo	96

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. «Santa Catalina» de Luti Benedetto. Fuente: Museo del Prado.....	17
Figura 2. «Infanta Portuguesa, Catedral de Lisboa, Mitad del siglo XIV». Fuente: Bernárdez (2007).	18
Figura 3. «The Five Baltimore Friends - M. Carey Thomas, Mary Garrett, Julia Rogers, Mamie Gwinn, Bessie King» de Norval H. Busey. Fuente: Triptych.	22
Figura 4. «La Pensadora Gaditana. Tomo III». Fuente: Biblioteca Digital memoriademadrid.....	26
Figura 5. «La pensatriz salmantina: - 1777». Fuente: Biblioteca Virtual de Prensa Histórica.	26
Figura 6. «Mary of Burgundy's Book of Hours». Fuente: Web Gallery of Art.	36
Figura 7. «Ex-libris dessiné par Galanis». Fuente: Association de femmes bibliophiles Les Cent Une.	38
Figura 8. «Depiction of hell from the hortus deliciarum (1180)». Fuente: The World History and Compendium.....	53
Figura 9. «Gospels of Judith of Flanders (MS M.708)». Fuente: The Morgan Library & Museum.	54
Figura 10. «Gospels of Judith of Flanders (MS M.709)». Fuente: The Morgan Library & Museum.	54
Figura 11. «Horae ad usum Romanum, dites Grandes Heures d'Anne de Bretagne» de Bibliothèque Nationale de France. Fuente: Gallica.....	59
Figura 12. «Astronomique discours» de Bibliothèque Nationale de France. Fuente: Gallica.....	65
Figura 13. «Condesa de Villaumbrosa. Ex-libris». Fuente: Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla.....	70
Figura 14. «Dans l'appartement de Mme Du Barry, décor de glaces en abîme pour sa bibliothèque» de Christophe Fouin. Fuente: Les carnets de Versailles.....	76
Figura 15. «Supralibros dorado con las letras del apellido “Pimentel”». Fuente: Blog de la BNE.	77

Figura 16. «La intrincada decoración de la Biblioteca de la Reina con tonos verdes y amarillo dorado servía para exhibir los libros de la colección privada de María Antonieta» de Christophe Fouin. Fuente: National Geographic.	78
Figura 17. «Eshton Hall Library» de CJA Stewart. Fuente: Wikimedia Commons.	79
Figura 18. «The bookplate of Frances Mary Richardson Curren». Fuente: Peter Harrington.....	79
Figura 19. «Biblioteca de Pardo Bazán en la Torre de la Quimera del Pazo de Meirás» de Conchi Paz. Fuente: El País.....	81
Figura 20. «Amy Lowell Time magazine cover 1925» de TIME Magazine. Fuente: Wikimedia Commons.....	82
Figura 21. «The first exhibition in the Edward L. Doheny Jr. Memorial Library Treasure Room featured rare items from Carrie Estelle’s literary collection». Fuente: Carrie Estelle Doheny Foundation.	83
Figura 22. «Belle Da Costa Greene: JP Morgan’s librarian & one of the highest paid women in the US». Fuente: Library of Congress (2018).	85

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. «Ecuaciones de búsqueda». Fuente: Elaboración propia.....	13
Tabla 2. «División general de materias». Elaboración basada en Cátedra y Rojo, 2004, p. 110.	25
Tabla 3. «Mujeres laicas europeas identificadas propietarias de libros, 800-1500 d.C». Elaboración basada en Groag, 1982, p. 745.	35
Tabla 4. «Materias (general)». Elaboración basada en Cátedra y Rojo, 2004, p. 113...	45
Tabla 5. «Materias bibliotecas siglo XVII». Elaboración propia basada en Arias de Saavedra, 2017, p. 68.	47
Tabla 6. «Biblioteca de Catalina de Medici». Elaboración propia basada en Weber, 1949, p. 91.	65
Tabla 7. «Materias Biblioteca de Carolina de Brandeburgo-Ansbach». Elaboración propia basada en Jay, 2006, p.42.	72

Tabla 8. «Biblioteca de Bárbara de Braganza. Distribución por materias». Elaboración basada en Arias de Saavedra y Franco, 2012, p. 533.	73
Tabla 9. «Materias de la biblioteca de la Condesa de Campo de Alange». Elaboración propia basada en Baranda, 2017, p. 84.	75

1. INTRODUCCIÓN

1.1. JUSTIFICACIÓN

El presente trabajo tiene como fin el dar a conocer y visibilizar la figura de la mujer dentro de la bibliofilia, es decir, de la bibliófila y su biblioteca. La relevancia de este trabajo radica en que no existe en la literatura científica ningún estudio en el cual se trate la bibliofilia femenina desde todos sus ángulos y donde se haga una recopilación y análisis de bibliófilas de diversas nacionalidades.

La selección del tema se debe a dos cuestiones principales, la preferencia personal de la autora por investigar más en profundidad el tema de la bibliofilia femenina, tras haber realizado anteriormente un estudio general sobre la bibliofilia; y por el afán de trabajar un tema que nunca ha sido estudiado desde la perspectiva en la que se presenta el trabajo. Se considera oportuno a su vez el dar a conocer la relación de la mujer con la lectura y el papel de la mujer dentro del mundo del libro antiguo como temas asociados a la bibliofilia femenina y, a través de su estudio, poder entender el tema principal del trabajo.

Es destacable remarcar la importancia del estudio como medio para poder conocer el progreso de las conocidas como “lecturas de mujeres” a través de las bibliotecas presentadas. Donde se va apreciando cómo las mujeres van adquiriendo obras, en un principio prohibidas a las mismas, en función de la evolución de la libertad de la mujer en el ámbito lector. A su vez, al conocer las bibliotecas y las obras que las mismas albergaban, se permite estudiar el patrimonio documental que nos ha sido legado como sociedad. Con todo lo mencionado se consigue obtener un conocimiento general acerca de la historia de la lectura y de la mujer y uno más profundo sobre la bibliofilia femenina y su historia y las principales bibliófilas que destacaron en las diversas épocas.

Por último, se pretende remarcar la misoginia bibliófila que ha rondado en torno a la figura de la mujer durante siglos y cómo ha sido condenada a adaptarse a los estándares de los hombres hasta evolucionar a una actualidad en la que, aunque siguen existiendo ciertos tintes misóginos, se ha liberado de ello casi en su totalidad.

1.2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

La bibliofilia como disciplina es un tema de estudio que ha sido trabajado en abundancia. En la actualidad seguimos encontrando literatura publicada sobre el tema. Sin embargo, al centrarnos en la bibliofilia femenina propiamente dicha no encontramos ninguna obra

relativa a la misma. No existe en la literatura ningún escrito que trate el tema desde un punto de vista general o introductorio. Los manuales y artículos que encontramos sobre bibliofilia la tratan desde una perspectiva masculina y muy pocos dedican algunas páginas a hablar acerca de las mujeres y, en ocasiones, cuando lo hacen es únicamente para mencionar su escasa participación. Aunque cabe destacar la obra de Nicholas A. Basbanes de 1995 titulada *A Gentle Madness. Bibliophiles, Bibliomanes, and the Eternal Passion for Books*, donde sí que se contempla el papel de la mujer dentro de la bibliofilia.

A pesar de lo mencionado, encontramos obras que analizan desde diversos segmentos la bibliofilia femenina. De hecho, existe bastante bibliografía sobre el tema en el ámbito español, anglosajón y francófono, aunque esta queda relegada muchas veces a un segundo plano o no es tan reconocida, como pasa con las propias bibliófilas. Cabe señalar que de toda la bibliografía empleada solo encontramos una obra que utiliza la palabra “bibliófilas” en su título, que es la obra de Nieves Baranda de 2017 titulada *Mujeres bibliófilas en España*. En el resto de literatura encontramos que se utilizan como sinónimos las palabras “bibliotecas” o “lecturas” de mujeres.

Las principales obras que encontramos suelen dividirse en dos enfoques: el estudio de las bibliófilas de una época concreta o el estudio de una bibliófila concreta y su biblioteca. A pesar de lo mencionado, cabe destacar la obra de Albert Cim de 1919 titulada *Les femmes et les livres*, una recopilación de mujeres bibliófilas, aunque limitado al ámbito francófono.

En cuanto al enfoque orientado al estudio de las bibliófilas de una época, encontramos obras como *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI* de Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo de 2004; *Bibliotecas y lecturas de mujeres en la Edad Moderna* de María del Val González de la Peña de 2017; *Medieval Women Book Owners: Arbiters of Lay Piety and Ambassadors of Culture* de Susan Groag Bell del año 1982; o *Bibliofilia y poder, el mecenazgo librario femenino en las cortes hispanas medievales* de Helena Carvajal de 2015. En el segundo enfoque dedicado al estudio de bibliófilas concretas destacan obras como *Isabel la Católica: su influencia en la bibliofilia regia femenina del siglo XVI* de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero de 2005; *The Countess Judith of Flanders and the library of Weingarten Abbey* de Meta Harrsen de 1930; *Parmi les livres de Madame de Pompadour* de Philippe Hourcade de 2004; *Libros de horas de Doña Mencía de Mendoza* de Juana Hidalgo de 1997; o *Catherine de' Medici: A Royal Bibliophile* de Bernerd C. Weber de 1949.

Como se ha podido comprobar y se confirmará con la lectura del estudio, existe gran cantidad de bibliografía sobre los dos enfoques mencionados. Pero sigue faltando literatura que enfoque el tema desde un punto de vista más generalista a modo de manual que trate la bibliofilia desde una perspectiva femenina. Ya que esta no puede ser tratada ni explicada de la misma forma que la bibliofilia generalista masculina, ya que a lo largo de la historia han existido unos roles de género que han diferenciado al hombre y a la mujer, los mismos que han afectado en el ámbito de la bibliofilia.

1.3. OBJETIVOS

Los objetivos planteados en el trabajo se dividen en objetivos generales y objetivos específicos. El objetivo general es estudiar a las principales bibliófilas de cada época. Para ello los objetivos específicos son los siguientes:

- Conocer el significado de la bibliofilia.
- Entender la relación de la mujer y la lectura y las llamadas “lecturas de mujeres”.
- Conocer el papel de la mujer dentro del mundo del libro antiguo como librera anticuaria.
- Analizar características y el objeto de la bibliofilia femenina.
- Entender la misoginia bibliófila que ha afectado a las mujeres.

1.4. FUENTES

Las fuentes empleadas en la elaboración del estudio han sido fundamentalmente artículos científicos obtenidos a través de JSTOR, Google Scholar y ProQuest, como *Lectura y biblioteca de mujeres en la España del siglo XVIII* de Inmaculada Arias de Saavedra Alías de 2017, *Femmes et histoire en France au XV e siècle: Gabrielle de La Tour et ses contemporaines* de Colette Beaune y Élodie Lequain de 2000 o *Libros y lecturas de mujeres en el siglo XIX* de Emilia Recéndez Guerrero de 2007. Libros y capítulos de libros obtenidos de Google Books, de la Biblioteca María Moliner de la Universidad de Zaragoza e Internet Archive, como *Lecturas de mujeres, lecturas de reinas. La biblioteca de Bárbara de Braganza* de Inmaculada Arias de Saavedra y Gloria Á. Franco Rubio de 2012, *Mujeres de Letras. Escritoras y lectoras del siglo XVIII* de Mónica Bolufer Peruga de 2007 o *Portugal y Castilla a través de los libros de la princesa Juana de Austria ¿Psyche lusitana?* de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero de 2009.

Entradas web obtenidas a través del buscador genérico Google, como *Women in the book trade: past and present* de Deborah Coltham para la página web de la ILAB, *Breaking Up the Boys Club: On Women in Rare Books* de Joanna R. Demkiewicz para “Literary Hub” o *The book huntresses: Women Bibliophiles* del blog de la página web de la librería anticuaria “Peter Harrington”. Por otro lado, han sido consultados los propios inventarios *post mortem* de algunas de las bibliófilas. Los cuales se encuentran digitalizados y son accesibles.

Aparte de lo mencionado, en el trabajo se incluyen fotografías e imágenes digitales que han sido obtenidas la mayoría de las mismas de Wikimedia Commons, del repositorio de la Biblioteca Nacional de España, de las propias entradas web, de la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense, etc.

1.5. METODOLOGÍA

En el trabajo se emplea una metodología clásica de análisis bibliográfico para extraer los datos y la información con la que se ha trabajado. Se plantea a su vez un límite geográfico y temporal, pero se acaba desechando la idea con la finalidad de que el estudio sea más representativo y abarque lo máximo posible, ya que no existe ningún trabajo que lo haga. Aunque cabe señalar que se han establecido inconscientemente unos límites temporales y geográficos, debido a la bibliografía existente. De esta forma el trabajo recoge a bibliófilas desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea, puesto que en la Edad Antigua no encontramos pruebas que atestigüen la existencia de las mismas. Así mismo estas proceden de Europa y norte América, debido a que no se ha encontrado literatura que trate sobre bibliófilas procedentes de Sudamérica, Asia o África.

Una vez decidido el tema de estudio se realiza una búsqueda libre en Google Scholar para conocer la bibliografía existente. Establecido el índice, se empieza a buscar bibliografía relacionada con cada tema y subtema. Utilizando principalmente las palabras clave “bibliofilia” y “mujer”, ya que no se recogían obras si se escribía la palabra “bibliófila”. Así mismo se buscó en inglés bajo las palabras “Book owner” y “women” o “bibliophilia” y “women”. Además, fueron empleadas palabras específicas cuando se estudiaban temas concretos como la lectura y la mujer, utilizando las palabras clave “mujer” y “lectura”; o el tema de la misoginia bibliófila y de la mujer como librera anticuaria, donde se utilizaron las palabras clave “misogyny” y “bibliophilia” y “women” y “antiquarian bookshop”. Estas se buscaron en inglés porque en español no se obtuvo ningún resultado. Por último,

a la hora de analizar cada bibliófila, ha sido buscado su nombre junto con la palabra “biblioteca” / “library” o “libros” / “books” y, en ocasiones, “inventario” / “catalogue”. Para recoger lo mencionado, se presenta una tabla con las palabras clave usadas en los diversos temas de estudio.

BIBLIOFILIA	HISTORIA DE LA BIBLIOFILIA FEMENINA
“Bibliofilia” “Bibliophilia”	“Bibliófilas” “Bibliofilia” AND “Mujer” “Bibliophilia” AND “Women” “Book owner” AND “Women” “Bibliophilia” AND “Misogyny”
LECTURAS DE MUJERES	BIBLIÓFILAS
“Lecturas de mujeres” “Mujer” AND “Lectura” “Women” AND “Reading”	“[Nombre de la bibliófila]” “[Nombre de la bibliófila]” AND “biblioteca” “[Nombre de la bibliófila]” AND “library” “[Nombre de la bibliófila]” AND “bibliothèque” “[Nombre de la bibliófila]” AND “libros” “[Nombre de la bibliófila]” AND “books” “[Nombre de la bibliófila]” AND “inventario” “[Nombre de la bibliófila]” AND “cathalogue”
MUJER COMO LIBRERA ANTICUARIA	
“Women” AND “Antiquarian bookshop”	

Tabla 1. «Ecuaciones de búsqueda». Fuente: Elaboración propia.

Estas palabras clave fueron empleadas en el buscador genérico Google Scholar; el portal bibliográfico Dialnet; en Alcorze, el buscador de la Universidad de Zaragoza; en la herramienta ProQuest; y en la base de datos JSTOR. Una vez seleccionados los documentos de interés, fueron revisados en función de cada tema para comprobar que se adhiriesen al mismo y que contenían información de interés para el estudio. Cabe señalar que para el apartado de “Grandes bibliófilas” se fue reuniendo a las mujeres a través de las que eran nombradas en las obras utilizadas a lo largo del estudio -reunidas por épocas- y las que aparecen en *Mujeres bibliófilas en España* de Nieves Baranda. Ya que no existe ninguna otra obra en la que se haga un censo global de bibliófilas. Una vez seleccionadas todas las obras pertinentes y a las bibliófilas, se redacta cada apartado de forma individual y posteriormente se revisa de forma general para comprobar si se acopla con el resto de apartados del estudio y tiene correlación.

1.6. DESCRIPCIÓN ANALÍTICA

El presente trabajo se inicia con una introducción en la que se recogen los objetivos generales y específicos a abordar, la justificación del tema, un estado de la cuestión y las fuentes y metodología empleadas para su elaboración. Tras ello, se presenta una breve introducción sobre la bibliofilia en términos generales. Se continúa con un breve estudio acerca de la relación entre la mujer y la lectura y las conocidas como “lecturas de mujeres”. Tras ella se trata brevemente el tema de la mujer dentro del mundo del libro antiguo como librera anticuaria, debido a la relación inherente que guarda la profesión con la bibliofilia, y se presentan las cuestiones realizadas a las librerías entrevistadas. A continuación, se aborda la historia de la bibliofilia femenina, donde se tratan las características y el objeto de la misma y se habla acerca de la misoginia bibliófila que ha rodeado a la afición desde sus inicios hasta, en menor medida, a día de hoy. Para finalizar, se elabora una recopilación de las bibliófilas más destacadas de la Edad Media, la Edad Moderna y la Edad Contemporánea, donde se hace un análisis de cada una de sus bibliotecas. Una vez finalizado el estudio, se presentan unas conclusiones finales; la correspondiente bibliografía empleada, tanto textual como icónica; un índice alfabético de las bibliófilas; y un anexo donde se recogen las entrevistas íntegras realizadas a las librerías.

2. LA BIBLIOFILIA

El término bibliofilia es definido por la Real Academia Española (2022) como la “afición a coleccionar libros, y especialmente los raros y curiosos”. Manuel Sánchez Mariana (1993, p. 13, citado por Baranda, 2017) la define como,

El aprecio por los libros en cuanto objetos físicos, susceptibles de posesión y disfrute, es decir, una forma de coleccionismo que se diferencia de las demás en que une la belleza material del objeto físico con la atracción intelectual de su contenido (p. 9).

En ocasiones el término coleccionismo se usa como sinónimo de bibliofilia, pero existen diferencias destacables. Los coleccionistas estiman el libro como un objeto de lujo y de moda, una inversión económica o simbólica, y los bibliófilos lo buscan por lo que este contiene, por su rareza y por la belleza de su condición material (Bauchard, 1886, citado por Baranda, 2017). Así mismo, en ocasiones se utiliza el término bibliomanía. Paul Lacroix explica que la bibliofilia es el amor por los libros, y remarca que no necesita que sean propiedad de la persona; en cambio afirma que la bibliomanía es una manía que no está exenta de tintes de locura (Mendoza, 2004). De hecho, esta última fue considerada una enfermedad durante el siglo XVIII-XIX, la llamada “enfermedad del libro”.

Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo (2004) consideran que la bibliofilia femenina dista de la posesión del libro y la lectura, ya que es la reivindicación de la posesión -directa o indirecta- la que caracteriza a la bibliofilia, y en el caso de las bibliófilas son pocos los casos en los que se indica dicha posesión y, a veces, los ejemplares que lo atestiguan. Esto hace que en muchas ocasiones no se hable de bibliofilia femenina ni se les considere como bibliófilas. Sino que únicamente se pone atención a sus lecturas y libros y no se les otorga el nombre.

Georges Duhamel considera que el bibliófilo está preocupado por delimitar un campo en sus adquisiciones, a diferencia de un simple *amateur* o coleccionista; está dominado por una pasión que la contrapesa con el razonamiento y la reflexión y reúne libros atendiendo a su valor científico, artístico y documental y tiene menos interés por la cualidad estética o la perfección del ejemplar (Checa, 2021). La figura del bibliófilo sigue siendo difícil de definir en términos históricos, pues es complicado saber cuál es la cantidad de libros necesarios para ser considerada una colección en sí y un objeto valioso, al igual que a la hora de saber si la biblioteca formada es por fines de pasión intelectual o de inversión (Baranda, 2017). Todo ello se complica si tenemos como figura la de una bibliófila, ya que al cambiar la perspectiva de género no puede juzgarse de la misma manera.

Moraes (1998, citado por Baranda, 2017) afirma que la bibliofilia no tiene por qué ser necesariamente una afición cara -habiendo excepciones- pero Nieves Baranda (2017) confirma que “el [presupuesto] de cualquier bibliófila debe ser por definición abundante, porque el libro fue un objeto valioso durante toda la edad moderna y acumularlos en cantidad y calidad exigió siempre voluntad, pero también una amplia disponibilidad económica” (p. 12).

Bauchard (1886, citado por Baranda, 2017) afirmaba que un bibliófilo no era solo un acaparador de libros valiosos, sino que apreciaba su contenido y rareza. Pero en el caso de las bibliófilas hay veces en las que los investigadores consideran complejo atestiguar dicho interés, ya que en bastantes casos no era personal, sino que estaba ligado a otro de tipo patrimonial, de linaje y representación (Baranda, 2017).

A su vez, cabe remarcar que la bibliofilia no se basa solo en la afición por los libros antiguos, raros y valiosos, sino que se puede dar en todas las formas que tiene el libro. Veremos como muchas de las bibliófilas que serán incluidas en el estudio tenían bibliotecas compuestas por obras de su época, libros de cocina, libros de viajes, publicaciones periódicas, etc., por lo que la bibliofilia no cuenta con un objeto único e irremplazable ni con una materia definida. Serán las propias bibliófilas las que definirán lo que es para ellas su afición y la reflejarán en sus bibliotecas.

3. LA MUJER Y LA LECTURA: LECTURAS DE MUJERES

La relación entre la mujer y la lectura es un tema de estudio que brevemente vamos a tratar a continuación para ofrecer contexto al tema principal del trabajo, puesto que la lectura y la bibliofilia están estrechamente unidas. A través de la misma se puede entender el porqué las bibliotecas de las bibliófilas no eran tan extensas como las de los hombres o por qué la gran mayoría de bibliófilas que conocemos a día de hoy se rigen por un perfil similar. Conociendo la relación aparentemente inconexa de la mujer y la lectura, podremos entender los puntos esenciales de la bibliofilia femenina.

Antes de empezar cabe señalar que las dos ideas más extendidas -no por ello ciertas- acerca de la lectura y las mujeres, como nos indica Bernárdez (2007), son “que las mujeres leían mucho menos que los hombres, ya que se había impedido de forma activa su alfabetización; y que sus textos preferidos eran los piadosos: misales, libros de horas, *flores sanctorum*, devocionarios, etcétera” (p. 68). Así mismo, la división de la lectura por géneros es un concepto moderno, sin embargo, la diferencia de lectura entre los

hombres y las mujeres ha sido un hecho aclaratorio. Las razones por las que ha sucedido esto derivan de razones sociológicas y, principalmente, por la presión y el control que ha tenido el hombre sobre la mujer en el terreno intelectual y cultural, entre otros. Aparte de que, durante la historia, ha existido una limitación que ha afectado a la mujer en el ámbito de las letras y la alfabetización, que ha sido siempre inferior a la que recibía el hombre. Además de ponerse siempre en cuestión la capacidad intelectual de la misma.

Resulta de gran interés prestar atención a la iconografía artística para conocer más acerca de la relación mujer-lectura. La representación de mujeres leyendo en la pintura puede convertirse en una fuente para conocer las prácticas lectoras de las mujeres a lo largo de la historia. Este simbolismo de elegancia y distinción otorgado a las mujeres a través de los libros y la lectura perdura en la iconografía hasta el siglo XX. A través de la iconografía podemos comprobar cómo, en realidad, la lectura entre las mujeres fue mucho mayor que lo marcado hasta la fecha. Podemos encontrar una gran cantidad de representaciones en la iconografía de mujeres leyendo desde el siglo XIII hasta el siglo XV, mujeres intelectuales, damas lectoras de la corte europea y algunos casos de mujeres que no pertenecían a la nobleza, aunque en menor medida (Bernárdez, 2007). Dos ejemplos iconográficos son *El Quijote* de Miguel de Cervantes, donde se describe a mujeres que saben leer y escribir y, además, leen literatura de ficción; y la obra *El Infamador* de Juan de la Cueva, donde aparece reflejado un “criterio femenino” entre las mujeres lectoras a través de dos sevillanas que critican y acaban quemando libros misóginos (Bouza, 2005, citado por Bernárdez, 2007). Durante la Edad Media, una de las mayores representaciones de mujeres lectoras en la iconografía de la época fue Santa Catalina de Alejandría, mártir cristiana del siglo IV.



Figura 1. «Santa Catalina» de Luti Benedetto. Fuente: Museo del Prado.

Por otro lado, en esta época, en muchas tumbas medievales en las que aparecían mujeres, estas eran representadas sujetando un libro, a diferencia de los hombres, que salían representados sujetando una espada.



Figura 2. «Infanta Portuguesa, Catedral de Lisboa, Mitad del siglo XIV». Fuente: Bernárdez (2007).

Cuando hablamos de la Edad Media, cabe remarcar que la lectura y la escritura no estaban ligadas. Es decir, que había mujeres que sabían leer desde la perspectiva de una tarea cotidiana, pero, sin embargo, no sabían escribir. Muchas veces forzado por la necesidad de apoyar a sus maridos en sus empleos. Antonio de Espinosa escribe en 1552 las llamadas *Reglas de bien vivir muy provechosas (y aun necesarias) a la república cristiana*, donde dice de las mujeres que,

Si no fuere tu hija illustre o persona a quien le sería muy feo no saber leer ni escrevir, no se lo muestres, porque corre gran peligro en las mugeres baxas o communes el saberlo, assí para rescebir o embiar cartas a quien no deven, como para abrir las de sus maridos, y saber otras escripturas o secretos que no es razón, a quien se inclina la flaqueza y curiosidad mujeril. (Cátedra y Rojo, 2004, p. 53)

Este tipo de comentarios que se encuentran en muchos escritos provienen del miedo manifestado por los hombres de que las mujeres leyeran y, sobre todo, literatura de ficción, aquella literatura que se saliera de la religiosa o sentimentalista propia de las mujeres. Ya que se creía que la ficción llevaba a la mujer a imaginarse mundos y romanticismos diferentes a los que vivía, y podía llegar a hacer que se desesperara por conseguirlos; de hecho, hubo expertos médicos que consideraban esas respuestas como peligrosas para la salud mental de las mujeres, teniendo que ser vigiladas cuando leían esa clase de literatura (Acocella, 2012).

Dicho miedo tenía que ver con que, al dejar que la mujer leyera y se culturizara, esta adquiriera poder intelectual, algo que se consideraba peligroso. La acción de leer era una actividad que la mujer podía hacer sola sin ayuda de un hombre, lo que provocaría que esta acabara pensando de forma independiente, dando como resultado que dejara de necesitar la aprobación masculina.

Durante el paso de la Edad Media al Renacimiento empiezan a darse a conocer una mayor cantidad de mujeres lectoras, sobre todo a partir del siglo XVI y aumentando entre la aristocracia femenina de los siglos XVI y XVII y las burguesas del siglo XVIII. Se debe remarcar además que muchas mujeres pudieron poseer colecciones de libros sin necesidad de saber leer, pues fueron muchas las bibliotecas de mujeres que se crearon a través de herencias de familiares masculinos. Como nos dice Mónica Bolufer (2007), es a partir de la invención de la imprenta en la época moderna cuando la relación entre la mujer y la lectura alcanza su máximo esplendor, ya que se convierten en consumidoras, escritoras y productoras de la cultura escrita.

En el Siglo de Oro español se va formando una percepción negativa en relación con las mujeres y, por otro lado, aumenta el interés de las mismas por formarse en ámbitos que no fueran el doméstico o el espiritual. Muchas lecturas pasaban por una censura previa dirigida hacia la mujer, puesto que moralistas y clérigos forjaron en la sociedad la idea de que había determinadas obras que no resultaban adecuadas para las mujeres y había que controlarlas y vigilarlas (Guinot, 2020). También cabe remarcar que la decisión de si un niño o una niña era alfabetizado venía de la función o el oficio que estos fueran a desempeñar una vez adultos y, como a las mujeres no se les otorgaban grandes expectativas en dicha sociedad, se consideraba que no era necesaria su educación más allá de lo principal -tareas del hogar y religiosas-, incluso considerándose peligroso que la mujer estuviera relacionada con la cultura escrita (*Ibidem*).

Las llamadas “mujeres de letras” e “ilustradas” eran los títulos que recibían aquellas pocas mujeres que, gracias a su alfabetización, podían permitirse el lujo de escribir, leer y culturizarse. A través de varias fuentes podemos aproximarnos a conocer las lectoras reales de las distintas épocas. La primera fuente son las listas de suscripción de obras literarias y de prensa periódica aparecidas en el siglo XVIII, se apunta que un total de 216 mujeres (2,5%) estaban suscritas entre 1781 y 1808 (Larriba, 1998, citado por Bolufer, 2007). De dichas mujeres, un 32,8% eran mujeres nobles, suscriptoras asiduas con varias suscripciones a publicaciones; pero también se encontraba un grupo de mujeres que no

pertenecían a la nobleza ni la burguesía y que representaban dos tercios de las suscriptoras a prensa y a novelas sentimentales y didácticas (Bolufer, 2007).

La segunda fuente son los conocidos como inventarios *post mortem*, a partir de los cuales es posible conocer las bibliotecas de mujeres de la época, generalmente de tamaño reducido, sesgadas y de contenido religioso (*Ibídem*). Ángel Weruaga estudió el caso de inventarios *post mortem* en la ciudad de Salamanca, llegando a la conclusión de que entre 1600 y 1789 los inventarios con libros femeninos alcanzaban un 15%, y el 60% de dichas mujeres poseían únicamente entre uno y cinco libros en sus bibliotecas (Weruaga, 2004, citado por Arias de Saavedra, 2017). Por otro lado, Genaro Lamarca estudió el caso de Valencia y concluyó que entre 1740 y 1808, el 20,14% eran inventarios de mujeres que poseían libros, poseyendo únicamente entre dos y cuatro ejemplares (Lamarca, 1994, citado por Arias de Saavedra, 2017).

La tercera fuente son las advertencias que se encuentran dentro de las propias obras, en las cuales autores e impresores indicaban quiénes eran las destinatarias. Entre los siglos XVI y XVIII, una gran cantidad de publicaciones se dirigían a las mujeres, como son las obras de moral, de economía doméstica, los tratados de “medicina doméstica” y de “conservación de la infancia”, los relatos sentimentales e instructivos y, en menor medida, la prensa periódica (Bolufer, 2007).

Cabe indicar que otro método que ha sido utilizado por los investigadores para saber cuántas mujeres sabían aproximadamente leer y escribir en la sociedad moderna, es contar cuántas de las mismas firmaron con sus nombres en declaraciones legales, un deber que involucraba a mujeres de todas las clases sociales (Acocella, 2012). Se calcula que entre 1580 y 1640 solo el 10% de las mujeres de una diócesis de Londres pudieron firmar con su nombre, y sigue siendo una cifra demasiado alta para tomarla como medida de alfabetización en dicha sociedad (*Ibídem*).

Durante el siglo XVI y XVII en Europa, los editores empezaron a producir ediciones de libros más pequeñas y económicas que las mujeres podían permitirse y ocultar a sus maridos, dado el escaso poder económico y de independencia que tenían (Acocella, 2012). A su vez, algunos hombres iban abandonando la idea de prohibir a las mujeres leer y empiezan a publicarse libros dirigidos a ellas con el fin de causar una buena influencia.

El siglo XVIII es aquel en el que se produce un gran avance en la alfabetización de las mujeres, sobre todo en España, debido al impulso en su escolarización y de la enseñanza de primeras letras de los gobiernos ilustrados (Arias de Saavedra, 2017). Esto se comprueba a través del número de firmas de mujeres que aparecen escritas y de la precisión de las mismas. A pesar de ello, en dicha época, mientras que los hombres alfabetizados representaban un 31,72%, las mujeres alfabetizadas bajo las mismas condiciones representaban únicamente un 5,96%, ascendiendo al 11,68% frente al 43,98% de los hombres a mitad de siglo (Soubeyroux, 1996, citado por Arias de Saavedra, 2017). Esto cambia si tenemos en cuenta las clases sociales de la época, pues en la nobleza no existía el analfabetismo, ni siquiera para las mujeres; en el clero regular y secular las religiosas tenían un semianalfabetismo; y, en cuanto a las mujeres de las clases más populares, esto dependía de su estado socioeconómico (Arias de Saavedra, 2017).

Los hombres han colaborado en todo lo mencionado hasta el momento, puesto que son ellos quienes han coaccionado y vigilado a las mujeres para que leyeran lo menos posible y, cuando lo hiciesen, lo que ellos quisieran, dificultando su acceso a la lectura y prohibiéndoles determinados libros. Podemos ver que a las mujeres a lo largo de la historia se las ha relegado a un segundo plano, incluidas aquellas pertenecientes a la nobleza y la burguesía, dedicadas únicamente al cuidado del hogar y del marido; y a un segundo plano intelectual, no siendo merecedoras de la lectura y la independencia que otorgaba la misma. Pues como remarca Emilia Recéndez (2007),

[...] el libro se miraba como un medio de iniciación, que en realidad lo era (lo es aún hoy), y podía influir en la conducta de las mujeres para bien o para mal, por eso, los hombres debían estar atentos a las lecturas que ellas hacían, sobre todo las realizadas en el ámbito privado, donde nadie sabía qué se leía. De ahí que los varones, dueños del conocimiento y el saber, debían elegir y escribir las lecturas adecuadas para ellas (p. 96).

Esto provocó que muchas de ellas comenzasen a leer de forma oral y colectiva mientras realizaban labores domésticas o espirituales, gestándose de esta forma una cultura femenina de sororidad (Recéndez, 2007).

Un ejemplo destacable aparece en el siglo XIX a través de un grupo de mujeres de gran influencia de Baltimore (Maryland), quienes crearon el círculo “Friday Night”, el cual se reunía cada dos viernes para leer, escribir y hablar (Shreve, 2018). Las mujeres que formaban parte del mismo eran Mamie Gwinn, Julia Rogers, Bessie King, Mary Garrett y M. Carey Thomas [Figura 3], todas ellas mujeres con mucho poder en la ciudad

(*Ibídem*). A través de la lectura descubrieron modelos de mujeres fuertes que fueron moldeando sus ideales y sus convicciones como mujeres en dicha sociedad, pues para ellas “Friday Night” era una actividad que les permitía formar parte de la historia no como objetos sino ya como sujetos propios (Shreve, 2018).



Figura 3. «The Five Baltimore Friends - M. Carey Thomas, Mary Garrett, Julia Rogers, Mamie Gwinn, Bessie King» de Norval H. Busey. Fuente: Triptych.

A mediados del siglo XIX se da una creciente difusión de la educación obligatoria y la mitad de la población europea sabe leer, aunque con diferencias entre el norte y el sur y entre protestantes y católicos, pues en Suecia la tasa de alfabetización era del 90%, en Escocia y Prusia era de un 80%, en Inglaterra y Gales estaba entre el 65-75%, en Francia el 60%, en España el 25%, en Italia el 20% y en Rusia entre el 5-10% (Acocella, 2012).

Pero no solo fueron los obstáculos morales, en cuanto a la decisión de qué debían leer las mujeres, los que impidieron leer a las mismas, sino que también hubo obstáculos materiales, y es que, aparte de las salas de lectura donde las mujeres podían alquilar novelas o periódicos, las bibliotecas públicas seguían siendo de difícil acceso moral para las mujeres debido a la tradición de las mismas (Matamoros, 2020). A su vez, estas fueron excluidas de la gran mayoría de clubes y sociedades literarias, de calidad burguesa y masculina. Lo que llevó a mujeres, como a las estudiantes rusas y polacas de París durante

1860, a solicitar que se implantaran sesiones nocturnas en las bibliotecas que fueran solo para mujeres, como lo que se logró en la biblioteca Sainte-Geneviève (*Ibíd.*).

El siglo XIX se convierte de esta manera en el siglo de las lectoras, debido a que el acceso al libro conforma un cambio, y es que se desarrolla la lectura individual y silenciosa. Por lo que ya no se lee un mismo libro varias veces de forma oral a un grupo de personas, sino que es necesario que haya más variedad porque son leídos únicamente una vez de forma individual. A lo largo de este siglo las imprentas se adecúan a los gustos y necesidades de las mujeres como nuevo sector emergente. Pero a su vez, todo este surgimiento de la literatura y la extensión de la misma se ve como un peligro para las mujeres, que eran percibidas como personas muy influenciables. De ahí que se empiecen a controlar dichas lecturas, sobre todo las de ficción. Pero hubo mujeres contrarias a estas ideas impuestas por los hombres, como el caso de Concepción Gimeno de Flaquer (1892, p. 134, citado por Correa, 2006), quien dijo que,

La influencia de la novela en la imaginación de la mujer puede ser benéfica o nociva: si la novela propone como único fin sorprender su imaginación con el relato de sucesos maravillosos, no cumple su misión, y no hay que esperar de ella ningún resultado provechoso; pero si la novela se propone levantar los sentimientos de la mujer hacia todo lo noble, ensalzando la virtud, haciendo odioso el vicio y corrigiendo las pasiones desbordadas, serán inmensas las ventajas que reporte. La novela es una espada de dos filos, que bien esgrimida defiende; pero que manejada por torpe mano asesina (pp. 34-35).

Finalmente, en el siglo XX se pone fin al debate perpetuado durante siglos sobre el hecho de que las mujeres no necesitaban ni merecían una educación humanista. Trascurrida la II Guerra Mundial, la lectura se convierte en una práctica femenina y de clase trabajadora, gracias además a las facilidades de acceso a la lectura que otorgaron las nuevas revistas femeninas y los libros baratos (Matamoros, 2020). Desde 1970 hasta hoy en día el mundo de los libros se percibe como algo femenino, cotejado por los resultados de estudios sobre la lectura, aunque con diferencias de género en función de la temática (*Ibíd.*).

Se debe tener en cuenta que la lectura ha dependido durante gran parte de la historia exclusivamente de la alfabetización de las personas en las distintas sociedades y, como se ha podido comprobar, la mujer no ha recibido una buena educación en lo referido a la lectura, salvo aquellas pertenecientes a clases elevadas que podían permitírselo. Además, existía una percepción negativa hacia la idea de que las mujeres se formaran más allá de la educación familiar y espiritual que recibían. Cabe remarcar que, aunque es verdad que la gran mayoría de las mujeres no realizaban una lectura individual debido a lo

mencionado, la lectura colectiva hizo que aquellas que no sabían leer escucharan las lecturas, convirtiéndolas a su vez en grandes lectoras.

Pasando al tema de las conocidas como “lecturas de mujeres” cabe empezar remarcando que, a diferencia de los hombres, las mujeres han compartido gustos distintos en cuanto a la lectura, reflejado ello en los inventarios de sus bibliotecas. Gustos que en muchas ocasiones han sido interpuestos por la sociedad patriarcal de la época, pero que ha hecho que se distingan lecturas identificativas de mujeres y que dichas bibliotecas tengan un perfil característico. Los conocidos como “libros de mujer” son definidos por Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo (2004) como,

[...] un tipo estándar de volumen, que tiene unas características materiales y de contenido específicas, libro normalmente pequeño, siempre en lengua romance, con contenidos poco variados, que incluyen los libros de oraciones, los libros religiosos y de espiritualidad sensible e independiente, aunque también una cierta ficción literaria, y manuales especializados en variedades o misceláneas (p. 88).

Las principales materias consideradas como lecturas de mujeres, recogidas a través de estudios de inventarios de bibliotecas femeninas, son las que se exponen a continuación.

RELIGIÓN	BELLAS LETRAS, ARTES Y FILOSOFÍA
<ul style="list-style-type: none"> • Biblia • Liturgia • Canonística y tratados sobre liturgia • Órdenes religiosas y militares • Catequesis y doctrina cristiana • Hagiografía y milagros • Espiritualidad y oración • Confesión, teología moral y <i>ars bene moriendi</i> • Exégesis y teología 	<ul style="list-style-type: none"> • Alfabetización, gramática, estudio del latín • <i>Auctores</i> • Miscelánea de lecturas y ensayo • Filosofía y lógica • Filosofía y ética • Filosofía natural y medicina • Aritmética y geometría • Astrología • Geografía y navegación • Música • Arquitectura y pintura • Militar • Historia y corografía • Literatura de entretenimiento • Poesía • Juegos y prácticas deportivas • Caza • Pintura y grabados

VARIOS	DERECHO Y LEGISLACIÓN
<ul style="list-style-type: none"> • Recetas y curiosidades 	OTROS TIPOS DE DOCUMENTOS Y LIBROS

Tabla 2. «División general de materias». Elaboración basada en Cátedra y Rojo, 2004, p. 110.

La llamada “literatura de mujeres” provoca la expansión de la imprenta y de los escritores de la época, basada en gran parte en temática religiosa o de caballerías. La temática religiosa venía impuesta la gran mayoría de veces por directores espirituales que estaban vinculados a la familia de la mujer, siendo ellos los que elegían las lecturas que resultaban más apropiadas para las mujeres de la casa, de ahí que haya bibliotecas que tengan obras exclusivas de determinadas órdenes monásticas (Val, 2017). Dentro de la literatura religiosa, destacó en los inventarios de mujeres el *Libro de Horas*, libro de rezo individual, y otros como el *Flos Sanctorum*, los libros de epístolas y evangelios y misales (*Ibidem*). Estos libros formaban parte de la biblioteca de cualquier mujer, independientemente de su rango social y poder económico, variando únicamente la calidad artesanal de la obra.

Las lecturas de mujeres pertenecientes a la nobleza solían oscilar en torno a lecturas devocionales, espirituales, históricas, novelas de caballerías y de entretenimiento, escritas en varios idiomas, como el francés, italiano o el latín, y de gran diversidad de materias, incluyendo la historiografía, clásicos y tratados de educación de príncipes o gobierno (Val, 2017). Destacan a su vez la poesía religiosa suelta y las obras de ficción sentimental y de caballerías, siendo algunas de las mismas exclusivas para el público femenino; sobre todo, aunque pueda resultar contradictorio, las novelas de caballerías fueron la temática que más preferían las mujeres, siendo buen ejemplo de ello Teresa de Jesús, quien dejó por escrito su afición hacia este género literario (*Ibidem*).

En la primera mitad del siglo XVI las lecturas de mujeres predominantes son las obras de espiritualidad, destacando sobre todo las *Epístolas* de San Jerónimo, dirigidas a doña María Enríquez de Borja, que se encuentran en las bibliotecas femeninas hasta mediados de siglo (Cátedra y Rojo, 2004). Otra obra espiritual de gran calado fue el *Espejo de consolación* de Juan de Dueñas del año 1542, quien dedica sus palabras a varias mujeres (*Ibidem*). Otras obras de ese siglo destinadas a mujeres son el *Despertador del alma*, adaptación de la obra de Sibiuda, concretamente la edición de 1552 de Zaragoza está

destinada a doña Blanca de Coloma Calvillo y de Cardona; y las *Obras* de Fermo, que en sus versiones originales tenían como destinatarias a mujeres (Cátedra y Rojo, 2004).

En la segunda mitad del siglo XVI destacaron como lecturas femeninas los libros de pastores, y a partir del segundo decenio del siglo XVII destacó la novela corta, escrita en su mayoría por mujeres como María de Zayas, Leonor de Meneses o Mariana de Carvajal (Val, 2017). A diferencia de los hombres, es destacable conocer que las mujeres no solían poseer libros manuscritos en sus colecciones de lectura, exceptuando los libros de memorias y los recetarios (*Ibídem*). Cabe señalar que, a pesar de que suele ser un género identificado con la mujer, la poesía no constituía una lectura muy común entre ellas. Se cree que es debido a que esta resultaba un producto menor en las imprentas y que era más común su difusión oral que escrita.

En el siglo XVIII surgen como lecturas femeninas las obras de moral y de economía doméstica, con el fin de moralizarlas e instruir las, y destaca el surgimiento de las suscripciones a novelas sentimentales y periódicos, muchos de ellos escritos por mujeres como *La pensadora Gaditana* de 1763 o la *Pensatriz Salmantina* de 1777 (Val, 2017).

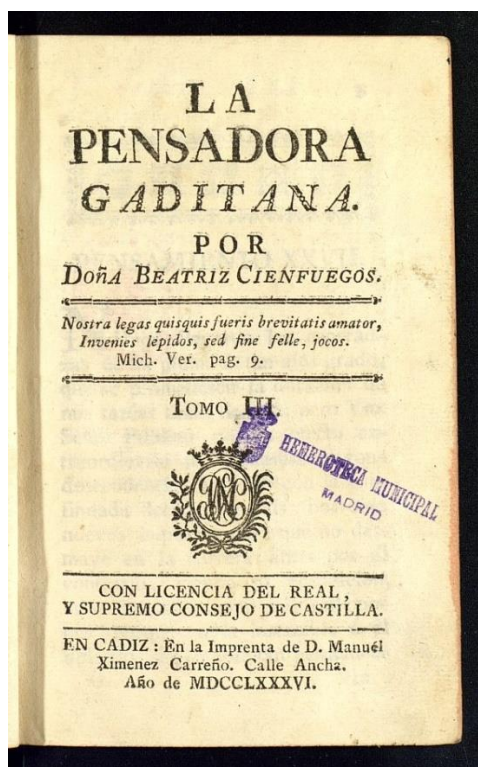


Figura 4. «La Pensadora Gaditana. Tomo III». Fuente: Biblioteca Digital memoriademadrid.

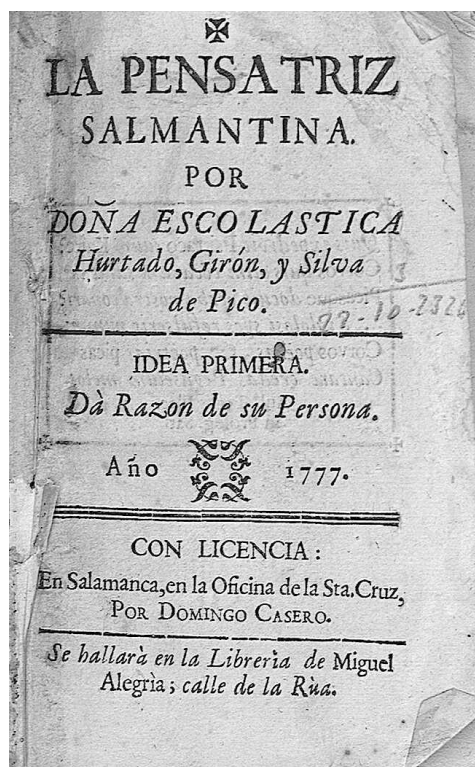


Figura 5. «La pensatriz salmantina: - 1777». Fuente: Biblioteca Virtual de Prensa Histórica.

En el siglo XVIII-XIX en Inglaterra, como nos indica Pearson (1999), las lecturas de mujeres estaban relacionadas con las obras bíblicas y religiosas, aunque estas a veces no eran consideradas seguras para las mujeres, sobre todo si en esa lectura se trataban otras religiones fuera de la cristiana; las lecturas informativas tales como la historia, geografía, manuales, relatos de viaje... estaban generalmente permitidas a las mujeres, puesto que no debían ser ignorantes pero tampoco estar tan bien informadas; la historia era un tema muy recomendado para que las mujeres conocieran los orígenes de Inglaterra y la historia clásica, con el fin de aumentar su patriotismo; los libros de geografía y viajes eran muy demandados debido a que les ayudaba a escapar de su realidad; la literatura imaginativa, como la poesía y el drama, no era recomendable, ya que demasiada imaginación podría asimilarse a la ansiedad y a la locura y convertirse en un obstáculo en la racionalidad de las mujeres; la lectura científica no era muy accesible a las mujeres, pero con el paso del tiempo se fue abriendo hacia las mismas; las traducciones y lecturas en otros idiomas no eran tampoco muy populares entre ellas debido a que pocas sabían latín o griego, pues eran lecturas reservadas para la “élite”; y la filosofía y metafísica les estaban en muchos casos prohibidas.

En el siglo XIX se consideraba que la mujer, aparte de textos de carácter religiosos, debía leer manuales de organización doméstica o de primeros auxilios, libros de higiene femenina e infantil, recetarios de cocina... reflejados en obras como *Banco de Previsión o Consejos á las madres de familia que quieran asegurar el bienestar de sus hijos* de 1832; *La dama elegante. Manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico* de 1880; o *Higiene infantil* de 1885 (Correa, 2006). También se consideraban de utilidad aquellos libros que hablaban acerca de las relaciones sociales, conducta, urbanidad... como los manuales *Reglas de urbanidad para uso de las señoritas* de 1859; *El buen gusto en el trato social y en las ceremonias civiles y religiosas* de alrededor de 1890; *La elegancia en el trato social: reglas de etiqueta y cortesanía en todos los actos de la vida* de 1898; y *El Ángel del Santuario. Obra distribuida en tres partes: Virtud, Ciencia, Trato Social* de 1899 (*Ibídem*).

Hubo mujeres que se rebelaron en contra de los principios que pretendieron asociarlas con las lecturas mencionadas, como la escritora Emilia Pardo Bazán (1976, p. 90, citado por Correa, 2006), quien dijo en su obra *La mujer española y otros artículos feministas* que, a las mujeres,

[...] en literatura se le ocultan, prohíben o expurgan los clásicos, y se la sentencia al libro azul, el libro rosa y el libro crema; y de todas estas falsedades, mezquindades y miserias sale la mujer menguada y sin gusto, con el ideal estético no mayor que una avellana (p. 37).

Ya en el siglo XX, sobre todo a partir de mediados de siglo, las mujeres empiezan a adquirir más independencia en cuanto a los temas de lectura y empiezan a desaparecer las lecturas dirigidas a mujeres creadas por hombres. Hay libertad para que esta decida y pueda seleccionar sus las lecturas sin ningún tipo de censura. En el siglo XXI, según el último informe de “Mujeres y Lectura” del Laboratorio Contemporáneo de Fomento de la Lectura (2020), las lecturas de preferencia de las mujeres son lecturas de libros de creación literaria, predominando la literatura clásica, costumbrista y sentimental; con una menor preferencia hacia las lecturas de tipo histórica, de aventuras y de ciencia ficción.

4. LA MUJER EN EL MUNDO DEL LIBRO ANTIGUO: LA MUJER COMO LIBRERA ANTICUARIA

La bibliofilia está conectada con las librerías anticuarias, las cuales se encuentran dirigidas -aunque en menor número de casos- por mujeres. La librera anticuaria entra al mundo del libro antiguo a través de la bibliofilia, en muchos casos estas son previamente bibliófilas y es lo que les conduce a adentrarse en esta profesión, mayormente dominada por los hombres.

Los gustos hacia autores masculinos, favorecido por los comerciantes y coleccionistas durante décadas, han dirigido el mercado anticuario hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los más valorados, en comparación con obras escritas por mujeres, que se encuentran infravaloradas e inexploradas (Demkiewicz, 2018). Encontramos una escasa representación de autoras dentro del comercio del libro raro y antiguo, al igual que de mujeres dentro del mundo de las librerías anticuarias.

Rebecca Romney -librera anticuaria en la librería “Type Punch Matrix” en Silver Spring (Maryland)- habla sobre hacer más equitativo el comercio de los libros raros, pues remarca que “the first thing is to acknowledge the women that are already here and have been doing great work for a really long time¹” (*Ibidem*). Por otro lado, Heather O’Donell -librera anticuaria en la librería “Honey & Wax” de Brooklyn- trata el tema de las primeras mujeres que trabajaron como librerías anticuarias en grandes firmas londinenses,

¹ Traducción de la autora: “lo primero es reconocer a las mujeres que ya están aquí y que llevan mucho tiempo haciendo un gran trabajo”.

y que tuvieron que abandonarlo para crear su propio negocio. Remarcando que, “I now see [this] is quite a common trajectory for women. They train with these firms, but, realizing there is no path to equity or ownership, they go off on their own²” (Demkiewicz, 2018).

Londres tiene una gran trayectoria en la venta de libros raros, por ello encontramos una gran cantidad de librerías anticuarias. Una de las más importantes de Londres es “Maggs Bros. Ltd.” y entre sus empleados se encuentran un total de 12 hombres y únicamente 4 mujeres. Otra gran empresa es “Bauman Rare Books”, empresa generalista que emplea a jóvenes para formarles a su estilo, y ahí fue donde O’Donell y Romney se iniciaron en el mundo del libro antiguo. Ambas atestiguan que la mayoría de libros eran de autores masculinos y estaban centrados en temas inicialmente masculinos y O’Donell recalca que “[...] all this buying power of big firms, and all the institutional history at those big firms, continues to be directed by men. Individual book dealers [...] [are] always going to be scrappy, smaller players in the market³” (*Ibíd.*).

A su vez, muchas mujeres que se dedican al mundo del libro antiguo y que han estado subordinadas por hombres con un alto cargo, cuando deciden ir por su cuenta se ven en la negativa de que no se imaginan al mando; pero estos pensamientos no vienen dados solo por las propias mujeres, sino que se refuerzan por los desequilibrios que hay en el sector (Demkiewicz, 2018). Por ejemplo, en la lista de miembros de la “Antiquarian Booksellers’ Association” (ABBA) -el organismo comercial más antiguo destinado a comerciantes de libros antiguos y raros, manuscritos y materiales afines en el Reino Unido e Irlanda- se puede apreciar el desequilibrio que hay entre hombres y mujeres, por ello la organización en el año 2018 lanzó la campaña “Women’s Initiative”, destinada a establecer una serie de políticas orientadas a la equidad de género y favorecer la creación de oportunidades de redes entre las mujeres del sector (*Ibíd.*).

En 2015 un estudio realizado por la “International League of Antiquarian Booksellers” (ILAB), relacionado con las mujeres dentro del comercio del libro antiguo, señaló que

² Traducción de la autora: “Ahora veo que [esto] es una trayectoria bastante común para las mujeres. Se forman en estas empresas, pero, al darse cuenta de que no hay camino hacia la equidad o la propiedad, se van por su cuenta”.

³ Traducción de la autora: “Todo este poder de compra de las grandes empresas, y toda la historia institucional de esas grandes empresas, sigue siendo dirigida por hombres. Los libreros individuales [...] siempre van a ser actores pequeños y escurridizos en el mercado”.

únicamente en torno al 10% de los 2000 afiliados a la ILAB eran mujeres (Coltham, 2018). Como remarca la librera anticuaria Deborah Coltham (2018),

Many women in the trade have clearly encountered prejudice, belittlement, negativity, and in some cases harassment. Nevertheless, we have persisted as they say, and thanks to our new collective voice, are challenging the conventions and changing the nature of the trade, and the days of the stereotypical raincoat clad, befuddled and somewhat scruffy looking bookdealer (aka the Ronald Searle image) are well and truly gone⁴.

A día de hoy, cada vez hay más mujeres dentro del mundo del libro antiguo y de las librerías anticuarias. La plataforma IberLibro -portal importante en la compra venta de libros antiguos en internet- proporcionó un listado de nueve librerías anticuarias dirigidas por mujeres, y son las propias librerías las que explican cómo entraron en dicho mundo y qué consejos les darían a las próximas. En dicha lista se nombra a Aimee Peake, propietaria de “Bison Books” en Canadá; Karen Jakobsen propietaria de “Karen Jakobsen Art & Design Books” en Dorset (Reino Unido); las hermanas Sonia Bryant y Maria Goddard, propietarias de “Stella & Rose’s Books” en Monmouthshire (Reino Unido); Priscilla Juvelis, propietaria de “Priscilla Juvelis Rare Books” en Maine (EEUU); Marie-Luise Surek-Becker, propietaria de “Unterwegs Antiquariat” en Berlín; Charlotte Du Rietz, propietaria de “Charlotte Du Rietz Rare Books” en Estocolmo (Suecia); Bibi Mohamed, propietaria de “Imperial Fine Books” de Nueva York; Gillian McMullan, propietaria de “Any Amount of Books” en Londres.

A su vez, Heather O’Donell (comunicación personal, 22 marzo 2022) remarca que,

Everyone in publishing knows that most new books are purchased by women, who read more, on average, than men. It's not a huge leap for some of those women to start buying antiquarian books as well. Women have entered librarianship in considerable numbers, building institutional collections and seeking out under-represented material. The current presidents of ILAB (Sally Burden) and the ABAA (Sheryl Jaeger) are women dealers, and women serve on the boards of a number of national antiquarian bookselling organizations⁵.

⁴ Traducción de la autora: “Es evidente que muchas mujeres del sector se han encontrado con prejuicios, menosprecio, negatividad y, en algunos casos, acoso. Sin embargo, hemos persistido, como se dice, y gracias a nuestra nueva voz colectiva, estamos desafiando las convenciones y cambiando la naturaleza del oficio, y los días del estereotipo de librero con gabardina, desconcertado y con un aspecto algo desaliñado (también conocido como la imagen de Ronald Searle) han desaparecido.”:

⁵ Traducción de la autora: “Todos en el mundo editorial saben que la mayoría de los libros nuevos los compran las mujeres, que leen más, por término medio, que los hombres. No es un gran salto que algunas de esas mujeres empiecen a comprar también libros antiguos. Las mujeres han entrado en el mundo de las bibliotecas en un número considerable, creando colecciones institucionales y buscando material poco representado. Las actuales presidentas de la ILAB (Sally Burden) y de la ABAA (Sheryl Jaeger) son

En el caso de España, en la Asociación de Libreros de Viejo (LIBRIS) encontramos únicamente 8 librerías dirigidas por mujeres, de 37 en total, por lo que se ha podido comprobar. Estas son la librería “Delirium Books” dirigida por Susana Bardón; la “Librería Bardón” de las hermanas Belén y Alicia Bardón; la librería “Mundus Libris” de Ana Fortes; la librería “La Galatea” de Begoña Ripoll Martínez; la librería “Itziar Arranz Libros” de Itziar Arranz; la “Librería Sekhmet” de Ana Cormenzana Díaz; la “Librería Margarita de Dios” de Margarita de Dios; y la “Librería Romo”.

Se ha querido contactar con las mencionadas para conocer su opinión sobre los temas tratados en este apartado y acerca de la misoginia bibliófila, como trataremos más adelante. Con el fin de conocer de primera mano la situación de las libreras anticuarias en España. Así mismo, se ha contactado también con la librera Heather O’Donell y con Rebecca Romney. A continuación, se muestran las preguntas a través de las cuales se ha entrevistado a las libreras.

- ¿Se considera una bibliófila?
- Si comprobamos la literatura escrita sobre la bibliofilia, podemos observar que la dedicada a mujeres es muchísimo menor que la orientada hacia la bibliofilia masculina. Siendo en ocasiones complicado encontrar literatura científica sobre el tema. ¿Cree que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia?
- Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que es así?
- Centrándonos en las librerías anticuarias, ¿cree que existe cierta desigualdad en el número de mujeres que trabaja en el mundo del libro antiguo en comparación con los hombres?
- Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que no hay más mujeres dedicándose a dicho mundo?
- Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cree que existe cierta misoginia hacia las mujeres en el mundo del libro antiguo?
- Si lo desea compartir, ¿ha vivido alguna situación negativa o de menosprecio por ser mujer en el mundo del libro antiguo?
- Los gustos hacia autores masculinos en lo relacionado con el libro antiguo, que han favorecido comerciantes y coleccionistas, han dirigido el mercado anticuario

mujeres marchantes, y las mujeres forman parte de las juntas directivas de varias organizaciones nacionales de libreros anticuarios”.

hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los que han sido mayor valorados, en comparación con obras escritas por mujeres. ¿Cree que esto es así? ¿Lo ha notado usted en su librería?

- Si tiene algún comentario que quiera hacer fuera de este cuestionario acerca de bibliofilia femenina o de lo tratado con anterioridad. Siéntase libre de comentarlo.

La comunicación personal y las entrevistas de las librerías anticuarias se encuentran íntegras en el anexo. De todas ellas cabe realizar una pequeña conclusión con los resultados obtenidos. Las librerías que han colaborado con sus opiniones han sido Ana Fortes de “Mundus Libri”, Belén Bardón de la “Librería Bardón”, Natibel Marquina de la librería “Hesperia Libros”, Begoña Ripoll Martínez de la librería “La Galatea”, Heather O’Donell de la librería “Honey & Wax” y Rebecca Romney de la librería “Type Punch Matrix”.

Todas ellas se consideran bibliófilas -aunque en ocasiones exista confusiones con el término- por lo que se confirma que la librera es previamente, por herencia familiar o de forma personal, bibliofilia y su pasión por los libros les ha llevado a trabajar como librerías anticuarias. La mayoría de ellas creen que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia por diversos motivos y otras consideran que no es tanto invisibilidad, sino que ha habido muy pocas por lo que suponía el tener una biblioteca. Todas ellas afirman la existencia de desigualdad en el número de mujeres que trabajan en el mundo del libro antiguo, debido a que la bibliofilia es desconocida a los jóvenes al ser un sector cerrado, por la tradición masculina en la profesión y por la imagen que la mujer daba trabajando como librera anticuaria tiempo atrás. De gran interés son las vivencias que relata Begoña Ripoll. Sin embargo, hay una librera que afirma que no existe desigualdad, y que a día de hoy son más las mujeres propietarias de librerías anticuarias. Casi ninguna de las encuestadas ha sufrido una situación negativa o de menosprecio por ser mujer, pero sí que se indica que generalmente los clientes masculinos suelen acercarse antes a los libreros que a ellas porque les inspiran más confianza. Sin embargo, Rebecca Romney relata unas vivencias muy denigrantes y desagradables a las que se ha visto expuesta, donde desmerecen su trabajo por no contar con un hombre, no le reconocen sus propios logros, le acusan de tener popularidad por “coquetear” y por su aspecto físico y demás casos que pueden leerse en su entrevista.

5. HISTORIA DE LA BIBLIOFILIA FEMENINA

A lo largo de la historia de la bibliofilia han sido los hombres los que han predominado en todas las épocas. Pero se debe remarcar que, evidentemente, hubo mujeres bibliófilas, aunque en muchos casos no se les haya reconocido y dado la visibilidad que merecían. Durante la historia grandes bibliófilas han destacado por sus acciones, en la mayoría de veces de manera positiva, pero en ocasiones, por lo contrario. Ejemplo de ello es Diana de Poitiers, amante de Enrique II, quien en 1558 aprobó una ordenanza que obligaba a los editores franceses a entregar un ejemplar de cada libro que publicaran a las bibliotecas de Blois y Fontainebleau, lo que hizo que se añadieran unos 800 volúmenes a las colecciones nacionales francesas (Basbanes, 1995). Por otro lado, Catalina de Médicis ordenó confiscar la biblioteca del mariscal Strozzi cuando este murió, aunque Rosenbach sugirió perdonarla porque consideraba que era una auténtica bibliófila (*Ibidem*).

A pesar de lo mencionado, cabe entender que el número de mujeres bibliófilas a lo largo de la historia nunca ha superado al de hombres ni ha estado igualado, al igual que el volumen de sus bibliotecas, por varias razones que hemos analizado anteriormente. Como declaró Mary Hyde Eccles -bibliófila americana- en la inauguración de la exposición “Fifteen Women Book Collectors” organizada por la sociedad bibliófila “Grolier Club” en 1990,

The fascinating question raised by all this is why, in five centuries, in six countries, do there seem to have been so few women book collectors? The answer is obvious: a serious collector on any scale must have three advantages: considerable resources, education, and freedom. Until recently, only a handful of women have had all three, but times are changing!⁶
(Basbanes, 1995, p. 48)

Para comprender la bibliofilia femenina es necesario hacer un repaso a lo largo de la historia en sus diversas épocas, desde la Edad Antigua hasta la Edad Contemporánea. Una trayectoria que tarda más tiempo en coger fuerza, a diferencia de la bibliofilia masculina. En la Edad Antigua se hace muy complicado hablar sobre la mujer y la bibliofilia, debido a que no hay estudios sobre el tema ni tampoco han llegado fuentes que atestiguaran sus bibliotecas. A pesar de ello, tenemos constancia de la existencia de escritoras y grandes

⁶ Traducción de la autora: “La fascinante pregunta que plantea todo esto es ¿por qué, en cinco siglos, en seis países, parece haber habido tan pocas mujeres coleccionistas de libros? La respuesta es obvia: una coleccionista seria a cualquier escala debe tener tres ventajas: recursos considerables, educación y libertad. Hasta hace poco, sólo un puñado de mujeres tenía las tres cosas, ¡pero los tiempos están cambiando!”.

amantes de los libros que, aunque no se certifica, pudieron llegar a ser bibliófilas en su tiempo.

En el siglo XXIII a.C. destaca la figura de Enheduanna, suma sacerdotisa y escritora acadia considerada la poetisa de la que se tiene constancia más antigua de la historia, autora de tablillas de arcilla en cuneiforme que trataban textos religiosos basados en himnos a dioses y diosas. Sobre el siglo VI a.C. se encuentra Safo de Lesbos, una poetisa lírica griega autora de la *Oda a Afrodita* y de 10.000 versos, la gran mayoría de los cuales no han llegado hasta nuestros días. En el siglo V a.C. destaca Corina, una poetisa lírica griega conocida por sus odas y por competir con ellas contra el poeta Píndaro. En el siglo I encontramos a Julia Balbilla, una noble romana y poeta que, mientras se encontraba en Egipto al formar parte de la corte de Adriano, inscribió tres epigramas; Pánfila de Epidauro, la primera mujer historiadora grecorromana de la que se tiene constancia, de origen egipcio, y que durante el reinado de Nerón escribió su obra más conocida *Comentarios históricos*, una colección de anécdotas históricas; y Sulpicia la Menor, una poetisa romana del reinado de Domiciano que escribió un gran volumen de poemas. En el siglo III destacaron Afira bint ‘Abbad, una poetisa árabe; santa Perpetua y santa Felicidad, mártires cartaginesas; y Cleopatra la Alquimista, escritora del Egipto romano que escribió el manuscrito *Chrysopoeia* sobre la fabricación del oro.

En el siglo IV destacaron Aconia Fabia Paulina, una noble romana; Emilia Hilaria, una médica galorromana que escribió libros acerca de la ginecología y la obstetricia; Egeria, una escritora hispanorromana autora de *Peregrinatio o Itinerarium Egeriae*; Hypatia, filósofa, astrónoma y matemática griega natural de Egipto que escribió sobre geometría, álgebra y astronomía; la princesa Iwa, una poetisa y emperatriz japonesa cuyos poemas se incluyen en el Kojiki, el libro más antiguo que se conserva sobre la historia de Japón; Metrodora, una médica griega autora del texto médico más antiguo conocido escrito por una mujer, que trata los cuidados y las enfermedades de las mujeres; y Faltonia Betitia Proba, una poeta italiana autora del *Cento Virgilianus de laudibus Christi*, una epopeya con relatos sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Como se ha mencionado, no se tiene constancia de que dichas mujeres fueran bibliófilas, pero sí se conocen los escritos de las mismas y la relación que poseían con los libros. Lo que puede derivar a que estas pudieran tener sus propias bibliotecas privadas, convirtiéndolas en bibliófilas.

Durante la alta Edad Media resulta complicado conocer estudios que hablen acerca de bibliófilas y apenas se encuentran registros de libros que sean propiedad de mujeres, pero del siglo IX hasta el siglo XV encontramos pruebas evidentes de mujeres europeas laicas de clase alta que leían y poseían libros (Groag, 1982). A continuación, se presenta una tabla de 242 mujeres laicas europeas del siglo IX al XV y el número de libros que poseían en sus bibliotecas. Identificadas todas ellas a través de catálogos de bibliotecas, testamentos medievales, inventarios y dedicatorias a mecenas.

Nº libros	SIGLOS							Todos los siglos
	S. IX	S. X	S. XI	S. XII	S. XIII	S. XIV	S. XV	
1 libro	3	3	6	9	12	41	76	150
2-10 libros	1	-	5	6	3	6	29	50
11-50 libros	-	-	-	-	-	7	13	20
51-200 libros	-	-	-	-	-	1	13	14
Sin especificar	6	1	-	1	-	-	-	8
Total	10	4	11	16	15	55	131	242

Tabla 3. «Mujeres laicas europeas identificadas propietarias de libros, 800-1500 d.C.». Elaboración basada en Groag, 1982, p. 745.

En el siglo XIV las únicas mujeres que podían permitirse comprar un libro para su biblioteca eran aquellas pertenecientes a la nobleza o la alta burguesía. Mientras que una trabajadora agrícola burguesa del sur de Francia hubiera tardado unos catorce días de trabajo en ganar el dinero suficiente para comprarse el libro más barato de la biblioteca de la Condesa de Artois y más de un año de trabajo para poder comprarse uno de los libros más lujosos (Groag, 1982).

Pero la prueba más clara de adquisición de libros por parte de las mujeres laicas medievales proviene de los legados de padres o maridos. En estos legados era posible que el destinatario del mismo eligiera los libros de su predilecto, de esta forma se puede conocer la preferencia de una mujer por un libro en concreto (*Ibidem*). Algunos ejemplos de legados son el de Gisela, hija de Luis el Piados, del siglo IX, que heredó la biblioteca de su marido, al igual que sus tres hijas; los grandes volúmenes de la colección del duque de Berry que fueron heredados por mujeres en 1416, concretamente su hija Bonne, condesa de Saboya, se quedó con las conocidas *Tres Riches Heures*; o Ana de Bretaña, quien heredó la biblioteca de sus maridos, Carlos VIII y Luis XII (Groag, 1982).

La herencia de libros por parte de las mujeres proviene del *Sachsenspiegel*, una colección de leyes sajonas recopiladas en 1215 por E. Repgow que reflejaban las costumbres sociales de la época y en las cuales se indicaban los objetos que debían ser heredados por las mujeres, entre los cuales se encontraba la llamada “gerade” donde se incluían los libros (*Ibidem*). Por lo que en la Edad Media resultaba común que las mujeres heredaran las bibliotecas de los familiares varones y pasaran a ser dueñas de grandes bibliotecas privadas, aumentando con ello su labor como bibliófilas.

Cabe mencionar que, en el siglo XIV, se hallan registros que atestiguan la existencia de bibliófilas que no solo poseían libros, sino que crearon bibliotecas compuestas por una gran cantidad de volúmenes. Un ejemplo es la condesa de Artois, quien encargó 30 libros entre 1300 y 1330, una cantidad inmensa teniendo en cuenta la sociedad de la época (Richard, 1886, citado por Groag, 1982). Dicha condesa no coleccionaba libros por el mero hecho de tenerlos como objetos de lujo, sino que se conoce que incluso pagó una gran cantidad de dinero por un escritorio que le permitía leer su biblioteca con más comodidad (Groag, 1982).

En la Edad Media encontramos además una gran cantidad de representaciones iconográficas en manuscritos devocionales que muestran a mujeres leyendo. Una de las más conocidas es la iluminación que aparece en el manuscrito *Codex Vindobonensis 1857* de 1470, donde se representa a María de Borgoña leyendo mientras se encuentra sentada en la ventana de una iglesia gótica, en cuyo fondo se aprecia a una virgen.



Figura 6. «Mary of Burgundy's Book of Hours». Fuente: Web Gallery of Art.

Durante la Edad Moderna no se encuentran apenas catálogos de bibliotecas de bibliófilas, y la mayoría de los estudios sobre las mismas se han realizado a través de fuentes como testamentos, inventarios *post mortem*, escrituras de dotes y arras e inventarios de matrimonio. Durante este periodo, aquellas mujeres que poseían libros no los tenían guardados en un espacio propio, sino que eran guardados en arcas o mezclados con otros ajuares, debido al pequeño volumen de la colección (Val, 2017). La media de libros que una bibliófila tenía oscilaba entre uno, dos o media docena en casos excepcionales, una biblioteca escasa pero que, a diferencia de la de los hombres, era usada de forma constante y cotidiana (*Ibidem*). En el siglo XVI, la media de libros que poseía una bibliófila perteneciente a la nobleza rondaba los 16 (Baranda, 2017). Como menciona Nieves Baranda (2017), “las mujeres de la Edad Moderna también fueron coleccionistas, pero las reglas que regirán sus conductas fueron distintas de las que caracterizaron a los hombres, que son las que históricamente se han entendido como generales” (p. 17).

Al igual que en la Edad Media, en la Edad Moderna muchas bibliófilas heredaron las bibliotecas de sus maridos, padres u otros familiares. Esto hace que “los volúmenes de esas bibliotecas no tienen por qué coincidir del todo con los gustos lectores de las mujeres que los heredan” (Val, 2017, p. 14). En esta época, las bibliotecas de profesionales dedicados a la medicina y a la abogacía solían ser muy numerosas, por ello es común que las mujeres viudas de estos hombres tuvieran bibliotecas de gran volumen orientadas a las temáticas mencionadas (Val, 2017). En el caso de las reinas y mujeres nobles, además de heredar las bibliotecas de sus casas, tenían el lujo de poder comprar o encargar volúmenes para su biblioteca. Lo que se demuestra a través de numerosas dedicatorias a reinas y nobles en libros, manifestando a su vez un aumento de la lectura femenina (*Ibidem*).

En el siglo XVI encontramos inventarios de bibliotecas de mujeres, pero resulta extraño encontrar una reivindicación en los mismos por parte de la dueña de la biblioteca, habiendo pocos casos documentados (Cátedra y Rojo, 2004). Siendo esto más común en la bibliofilia masculina. Una de las pocas mujeres de dicho siglo que reivindicó la posesión de sus libros es Elena Velázquez, esposa de un platero, pues en el cuerpo de un inventario de bienes se puede leer escrito por ella misma la frase “Mis libros” (*Ibidem*). Ya en el siglo XVII las bibliotecas de las bibliófilas crecen en volumen, debido al aumento de la alfabetización y de la oferta libraria (Baranda, 2017).

Como menciona María del Val González de la Peña (2017),

[...] las bibliotecas y lecturas femeninas en la Edad Moderna no solo sirvieron para el aprendizaje moral, intelectual, o para conducir comportamientos. En muchos casos, estos libros valieron también como evasión, retiro, placer y entretenimiento, en esa búsqueda de, autonomía, independencia y libertad por parte de algunas mujeres (p. 17).

Hasta el siglo XVIII, las grandes bibliotecas son ajenas a cualquier intervención femenina y las bibliotecas privadas de las bibliófilas debían ser mostradas de forma cautelosa por no estar bien vistas, causado por motivos de estereotipos de género (Baranda, 2017).

A partir de la Edad Contemporánea las mujeres empiezan a tener su propia libertad financiera, social y académica para poder convertirse en auténticas bibliófilas con sus propias bibliotecas. Por ello en el siglo XIX aparecen mujeres como Frances Mary Richardson Currer, cuya biblioteca fue considerada como una de las mejores bibliotecas domésticas de Europa (Peter Harrington, 2019). A pesar de ello y de haber comentado que la mujer empieza a adquirir mayor reconocimiento y libertad, Currer no salió publicada en ninguno de los famosos almanaques de Dibden, donde aparecían los bibliófilos más notables de la época (*Ibidem*).

En el siglo XX el papel de editoras e intelectuales en las grandes capitales europeas empieza a facilitar el camino a las bibliófilas. En París la bibliofilia entre mujeres se empieza a extender desde finales del siglo XIX, ejemplo de ello es la creación de “Les Cent Une”, una sociedad francesa de bibliófilas, que empezaron a publicar una obra ilustrada cada dos años y cuya presidenta era la princesa Shakhovskoy (Morató, 2019).

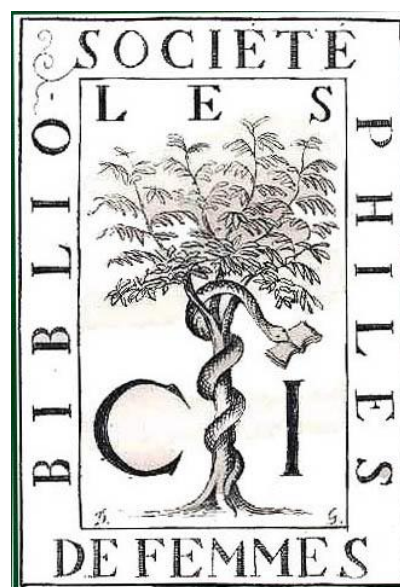


Figura 7. «Ex-libris dessiné par Galanis». Fuente: Association de femmes bibliophiles Les Cent Une.

En 1926, durante una cena donde se alababa a dicha sociedad, hubo un hombre entre los participantes, del cual Shakhovskoy relata,

Le regard de son interlocuteur en disait long sur son opinion sur l'intelligence des femmes.
Un peu froissée, la princesse déclara qu'elle fonderait une société de femmes bibliophiles.

Le monsieur répondit qu'il doutait qu'elle trouvât beaucoup de femmes intéressées par les beaux livres. "J'en trouverai non cent mais cent une" lança la princesse et elle le fit"⁷
(Association de femmes bibliophiles Les Cent Une, 2022).

En el siglo XX aparece una de las bibliófilas más reconocidas, Belle da Costa Greene, bibliotecaria personal de J.P. Morgan -empresario, banquero y coleccionista de arte americano- y primera directora de la Pierpont Morgan Library, convirtiéndose en una de las figuras más poderosas del mundo del libro en Nueva York (Peter Harrington, 2019). A su vez, en este siglo aparece una de las mayores obras sobre la bibliofilia, bajo el título *Anatomy of Bibliomania* de Holbrook Jackson. En este libro el autor menciona con sus propias palabras que "el amor por los libros es tan masculino (aunque no tan común) como dejarse crecer la barba" (Jackson, 1930, citado por Morató, 2019). Aumentando así la idea gestada a lo largo de los siglos de que la mujer no pertenecía al ámbito de la bibliofilia.

En este siglo, concretamente en 1944, Sarah Gildersleeve Fife crea el "Hroswitha Club" de Nueva York, una sociedad de bibliófilas cuyo fin era poder dar una oportunidad a mujeres para así intercambiar conocimientos sobre los libros y el coleccionismo. De hecho, en 1954 el club es objeto de un artículo del periódico americano *The New Yorker*, donde habla de los orígenes de la sociedad bibliófila, explicando que su nombre se debe a la monja alemana Hroswitha, una gran erudita y bibliófila del siglo X (Curtis, Updike y Lemon, 1957). Cabe mencionar que la sociedad bibliófila "Grolier Club" tiene una entrada en su web donde recoge la historia de esta sociedad de mujeres bibliófilas y sus registros y publicaciones desde el año 1944 a 1999.

Como se ha podido comprobar, a lo largo de la historia de la bibliofilia femenina ha habido una gran falta de visibilidad, sobre todo de aquellas mujeres que no fueron tan relevantes. Esto supone un problema a día de hoy, debido a que ha provocado que desconozcamos a muchas de ellas o no las valoremos igual que como se valora a los hombres bibliófilos. Pero en el pasado este problema afectó a las propias bibliófilas en su época, ya que estas no contaban con casi ningún referente y ellas mismas se veían solas, como seres extraños dentro de un mundo dominado por los hombres y en el que ellas no eran bien recibidas (Baranda, 2017).

⁷ Traducción de la autora: "La expresión de su cara decía mucho de su opinión sobre la inteligencia de las mujeres. Un poco ofendida, la princesa declaró que fundaría una sociedad de mujeres bibliófilas. El caballero respondió que dudaba que ella encontrara muchas mujeres interesadas en los buenos libros. "No encontraré cien, sino ciento uno", dijo la princesa, y así lo hizo".

A su vez, hemos podido observar cómo las bibliófilas han sido siempre mujeres pertenecientes a las clases altas o religiosas, pues eran las que tenían un mayor acceso al libro. Cabe indicar que dentro de la nobleza ha habido siempre una tradición familiar culta de que las mujeres tuvieran una formación elevada, lo que las incentivó a crear sus propias bibliotecas, como el caso de Isabel I de Castilla, Margarita de Austria y Mencía de Mendoza (*Ibídem*). En cambio, otras grandes bibliófilas se casaron con bibliófilos que poseían ricas bibliotecas, que fueron utilizadas, conservadas y acrecentadas por ellas, ejemplos de ello son María Petronila Niño Enríquez de Guzmán o la duquesa de Osuna (Baranda, 2017).

5.1. CARACTERÍSTICAS DE LA BIBLIOFILIA FEMENINA

Al hablar de la bibliofilia femenina hay un tema relacionado con las bibliotecas de las mismas que genera cierta controversia. Concretamente se pone en cuestión si verdaderamente se puede considerar que sus bibliotecas realmente lo son, debido al escaso número de volúmenes que estas albergan. Por ello en muchos casos se habla de la bibliofilia femenina bajo el título de “lecturas de mujeres” o de “libros de mujeres”, no haciendo referencia al termino biblioteca.

Es verdad que las bibliotecas de las bibliófilas consistían en muchos casos en un pequeño compendio de volúmenes, dos o tres o incluso un solo libro. Pero no se debería infravalorar por ello dichas bibliotecas, debido a que debe tenerse en cuenta las dificultades por las que las mujeres han pasado a la hora de relacionarse con el libro, como ya se ha analizado. Es evidente que las bibliotecas femeninas nunca se han podido comparar en volumen a las bibliotecas de los hombres. Pero ello no significa que carezcan de valor.

A día de hoy no se ha llegado a un acuerdo en los estudios existentes sobre cuántos volúmenes hacen falta para denominar una biblioteca por su nombre. Ha habido algunos estudiosos que han fijado un número, en el caso de Jayne (1983, citado por Cátedra y Rojo, 2004), este remarca que 15 deben ser los libros que necesita una biblioteca para poder nombrarse así. Aunque en dichos estudios sobre las bibliotecas no se suelen tener en cuenta las bibliotecas de mujeres. Debiendo haber una separación clara entre ambas, pues no se rigen por los mismos principios. Además, como remarcan Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo (2004), “[...] la relación intensiva más que extensiva con el libro de parte

de las mujeres es una característica que, aunque compartida con buena parte de los laicos masculinos no profesionales, podría ser considerada propiamente femenina” (pp. 70-71).

La biblioteca de una bibliófila en un principio debería estar creada por y para ella. Pero hay casos en los que las bibliotecas resultan sospechosas, en el sentido de que se encuentran lecturas que en un principio no corresponden a las preferidas por las mujeres de la época. Esto se debe a que, en algunos casos, como hemos mencionado, hubo mujeres que heredaron las bibliotecas de sus maridos y, por tanto, sus gustos literarios. Por ello hay estudiosos que prefieren separar la posesión a la hora de acumular bibliotecas de mujeres (Cátedra y Rojo, 2004). Como por ejemplo la biblioteca de Catalina López, viuda de un boticario, en la que podemos encontrar los *Mesués*, *Pandectas* o *Modus Faciendi* de Laredo, libros propios de farmacéutico; el *Virgilio* latino que poseía la comadrona María Álvarez; o los libros que poseía Francisca González, posadera que en ocasiones cobraba a sus huéspedes con los bártulos -obras de Bartolo de Saxoferrato- y latines jurídicos que poseían (*Ibídem*).

Cuando hablamos de bibliotecas de mujeres debe tenerse en cuenta las profesiones de las mismas, puesto que hay mujeres en cuyos inventarios *post mortem* se hallan libros pero que no componían una biblioteca como tal. Por ejemplo, aquellas mujeres dedicadas al comercio, como el caso de Juana de Rosales, que disponía de una tienda, en cuyo inventario se registran 139 libros de navegación y 80 mapas y vistas de ciudades (Cátedra y Rojo, 2004). Libros y mapas que, muchas veces, se depositaban en las tiendas como moneda de cambio.

Hay numerosas bibliófilas que no poseyeron sus propias bibliotecas, sino que usaron las de propiedad masculina. Un ejemplo de ello es Luisa Carvajal y Mendoza que, al ser huérfana y convivir con su tío, el Marqués de Almazán, esta se benefició de su biblioteca durante su formación y para la oración (*Ibídem*). Otras bibliófilas conformaron sus propias bibliotecas a través de la selección de obras que constituían las bibliotecas de sus maridos, como el caso de Catalina Ibáñez, viuda de Lorenzo Ordóñez, quien formó una biblioteca a partir de la selección de obras de su marido cuando este murió (Cátedra y Rojo, 2004).

Cuando se habla de bibliotecas de bibliófilas en muchos casos se suele poner en duda su propiedad, a diferencia de cuando se hacen inventarios de bienes pertenecientes a hombres casados, puesto que siempre se tiende a relacionar la propiedad de dicha biblioteca con el marido dentro de la pareja, poniendo en duda si verdaderamente es de

propiedad exclusiva de la mujer o si es del matrimonio (Álvarez, 2004). Estas dudas se acrecientan cuando el inventario de bienes se hace conjunto entre los cónyuges, pero como remarca Carmen Álvarez Márquez (2004), “[...] en ambos casos -propiedad exclusiva de uno de los cónyuges o compartida- los dos tuvieron la oportunidad de disfrutar de los bienes, en este caso, de la lectura de los libros inventariados” (p. 20). Incluso en alguno de los inventarios se puede ver cómo, a la muerte de él, ella selecciona una serie de libros, desechando otros que seguramente no le interesaban, y todo ello de acuerdo con un criterio que parece seguro por parte de la mujer y que implica que algunos libros de la biblioteca del marido fueran usufructuados antes de la muerte de éste (Cátedra y Rojo, 2004).

Conforme a lo mencionado, la principal cuestión que plantea Nieves Baranda (2017) en torno a las bibliotecas femeninas es la “imposibilidad de identificar una biblioteca diferenciada, intelectualmente segregable de los libros que podría tener su entorno masculino” (p. 15). Puesto que en muchos inventarios de mujeres encontramos libros con una orientación más masculina, como pueden ser los de temática de cuentas o derecho, junto con otros de uso femenino, como los libros de devoción o de hagiografía (Dadson, 1998, citado por Baranda, 2017). Aunque cabe señalar que esto tampoco debe aplicarse en todos los inventarios de bibliotecas de mujeres, ya que no nos debemos basar únicamente en discernir entre materias masculinas y femeninas, puesto que entonces nos asimilamos a las costumbres misóginas de la bibliofilia, y no debemos diferenciar materias y género. Puesto que, aunque es verdad que hubo en la historia libros de preferencia femenina y otros de preferencia más masculina, también hubo mujeres que se interesaron por materias que en su época pudieron estar relacionadas con los hombres y fueron pioneras por ello. De tal forma que se debe ir con cuidado a la hora de discernir materias, puesto que se corre el riesgo de restar valor a la biblioteca de una bibliófila que se arriesgó o fue contraria a la doctrina y costumbres de su época.

Factores que definen a cualquier bibliófilo, tales como el tamaño de su biblioteca, el nivel económico o su conocimiento intelectual, no pueden ser utilizados a la hora de identificar las características de la bibliofilia femenina, debido a que las sociedades en las que estas han convivido estaban limitadas por unos roles de género que las han diferenciado de los hombres y no resulta justo valorarlos desde los mismos patrones (Baranda, 2017). Cabe remarcar que las mujeres que poseían libros no los debían usar para el conocimiento o el estudio, sino que debían ser utilizados para el tema de la devoción o el entretenimiento,

así que las bibliotecas de mujeres que realmente coleccionaban libros solo eran simbólicas y reflejaban un saber sin sentido práctico o profesional (*Ibídem*).

Entre los tipos de bibliotecas que han creado las bibliófilas, se encuentra la biblioteca patrimonial, que tiene un afán coleccionista, y la biblioteca museo, aunque esta plantea dificultades conceptuales porque es una biblioteca con fines expositivos (Baranda, 2017). Las damas exhibían libros de temática orientada a la piedad y devoción, puesto que coleccionar libros de gran variedad de materias era algo considerado propiamente masculino y las mujeres debían forjar una imagen “aceptable” en la sociedad de la época (*Ibídem*).

Como hemos comprobado, las bibliotecas son heredadas, transmitidas, y las marcas de propiedad femeninas se quedan difuminadas, a no ser que se remarque su propiedad como en el caso de la condesa de Villaumbrosa, quien dejó su marca de propiedad intelectual en todos sus libros (Baranda, 2017). Por ello la pérdida de la identidad de género de muchas bibliotecas de bibliófilas es una característica que, desgraciadamente, ocurre en muchas ocasiones. Como el caso de los libros de Isabel I de Castilla, que fueron heredados por Juana de Austria y en 1574 los vendió a Felipe II, quien los integró en la biblioteca de El Escorial (*Ibídem*).

Por todo ello, la bibliofilia femenina se va a caracterizar por una escasez en sus colecciones en comparación con las de los bibliófilos, como resultado del poco esfuerzo económico y de formación que la sociedad de las distintas épocas les ha impuesto. Esto supone que en sus bibliotecas se halle una reducción de materias y de lenguas entre sus libros, siendo la temática principal, casi por obligación, la religiosa; la cual hoy en día no tiene tanto valor cultural como en su época debido al aumento del laicismo en la sociedad (Baranda, 2017). Cabe mencionar que todo lo anterior se aplica hasta la Edad Contemporánea, sobre todo hasta finales del siglo XX y el siglo XXI, puesto que, aunque es verdad que sigue habiendo diferencias entre el número de mujeres bibliófilas y hombres bibliófilos, ya no existen límites que las hagan quedar en un segundo plano y cuentan con la total libertad de coleccionar cualquier obra en sus bibliotecas.

5.2. OBJETO DE LA BIBLIOFILIA FEMENINA

A lo largo de este estudio hemos podido conocer de forma superficial cuáles han sido los principales objetos de la bibliofilia femenina. Unas veces seleccionados a su gusto y en otros casos heredados de algún familiar. El principal objeto de las mujeres bibliófilas

durante la Edad Media fueron los libros litúrgicos y religiosos y a partir de la Edad Moderna, además de los mencionados, empieza a tomar relevancia entre las bibliófilas la literatura de ficción caballeresca.

Las bibliotecas de las bibliófilas se caracterizan a su vez por tener como objeto un mayor número de libros religiosos, a diferencia de los hombres, menos variedad de materias y lenguas y se clasifican en las llamadas “librerías de romancistas”, las cuales tienen un escaso número de obras escritas en latín (Bouza, 2011 citado por Baranda, 2017). Así mismo se debe tener en cuenta que, durante mucho tiempo, las bibliotecas han sido símbolo de poder y estatus en la sociedad. Por lo que el análisis de las bibliotecas de algunas bibliófilas no resulta representativo en cuanto al objeto de la bibliofilia femenina, ya que encontramos temas como manuscritos, historiografía, linajes y determinados libros impresos ilustrados que no se corresponden con las lecturas que hoy día se pueden considerar como propias de la bibliofilia femenina (Cátedra y Rojo, 2004).

Durante el siglo XVI, como remarcen Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo (2004),

Es evidente que la mujer selecciona de acuerdo con un criterio. Eran tiempos en los que aún la lectura de la mujer no había sido limitada a consecuencia del Índice [...] y quizá la capacidad y la libertad de elección era mayor (p. 81).

Cabe señalar que las obras que nunca han sido objeto de las bibliófilas son obras en las que se habla sobre estas o textos relacionados con la polémica pro y anti-feminista (Cátedra y Rojo, 2004). Su rechazo se debe en la mayoría de veces porque eran obras escritas por hombres.

Para conocer el objeto de las bibliófilas a lo largo del tiempo han sido utilizados los inventarios de sus bibliotecas como fuente principal. Pero en muchos casos encontramos que hay un índice de fracaso elevado a la hora de identificar los libros, ya que no se aportan detalles suficientes para poder individualizarlos. En ocasiones se dispone de dos tipos de inventarios, en los que los libros son mencionados por su monto -valor- y, al ser detallados, se identifican con otros libros que encontramos en inventarios distintos, los cuales sí que están identificados (*Ibídem*). Para hacernos una idea de lo mencionado, en el gráfico que se muestra a continuación se puede apreciar el porcentaje de libros no identificables en comparación con los que sí, elaborado por Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo en su estudio sobre la bibliofilia femenina del siglo XVI.

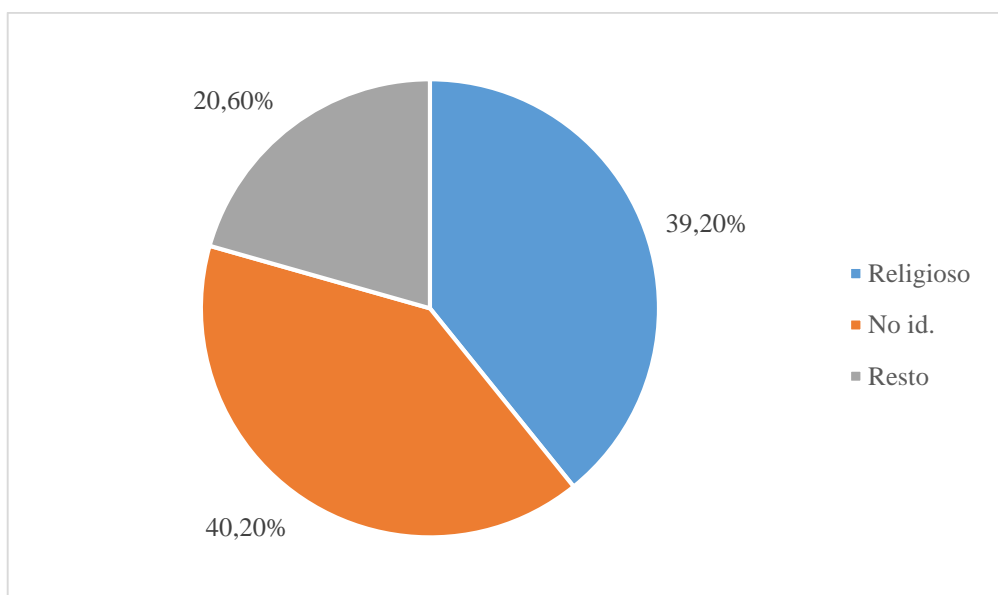


Tabla 4. «Materias (general)». Elaboración basada en Cátedra y Rojo, 2004, p. 113.

En otros casos, se da en los inventarios la censura de libros, lo que hace que no podamos saber cuáles pudieron ser las lecturas reales elegidas por las bibliófilas. Aunque esto no pasa en todos los casos, pero es algo a tener en cuenta.

Hemos comprobado que los libros religiosos han tenido un gran peso en la bibliofilia femenina como objeto principal. Sobre todo, podemos distinguir los libros orientados a prácticas litúrgicas, entre los que destacan los libros de horas; pero podemos encontrar misales, evangeliarios, breviarios romanos, salterios, diurnales, cuadregesimales, breviarios dominicanos, martirologios, *manuale*, procesionarios y *ordinarium*; libros de espiritualidad femenina, como biblias y canonística y tratados sobre liturgia, orientados a órdenes religiosas y militares, hagiografía y milagros, catequesis y doctrina cristiana, espiritualidad y oración, confesión, teología, moral y *ars bene moriendi* y exégesis y teología (Cátedra y Rojo, 2004).

Teniendo en cuenta los manuscritos e impresos, estos son muy escasos en las bibliotecas. En las del siglo XVI es donde más podemos encontrar, debido a que se puso de moda el incorporar manuscritos a las bibliotecas (*Ibídem*). Los manuscritos que adquirían las bibliófilas eran principalmente libros de memorias y recetarios, ambos de uso casi exclusivamente femenino (Cátedra y Rojo, 2004).

A su vez, encontramos como objeto una gran cantidad de libros de entretenimiento, como son los de ficción y poesía. Sobre todo, destacaron los libros de ficción caballeresca y otras ficciones, como los libros de Boccaccio -*Cien novelas*-, Cervantes -*La Galatea*-, Rojas -*Celestina*-, Segura -*Proceso de cartas*-; y la poesía, entre la que podemos encontrar

villancicos, cancioneros, coplas... a la vez que obras de grandes escritores, como fueron Dante, Garcilaso, Petrarca, etc. (*Ibídem*).

Otros libros fuera de los mencionados hasta el momento que han sido encontrados en inventarios de mujeres, menos identificativos de las bibliotecas de bibliófilas, son libros orientados a la alfabetización, gramática, escritura y estudio del latín; *auctores*; misceláneas de lecturas y ensayos; filosofía y lógica; filosofía y ética; filosofía natural y medicina; aritmética y geometría; astronomía y astrología; geografía y navegación; música; arquitectura y pintura; militar; historia y corografía; recetas y curiosidades; caza; pintura y grabados; derecho y legislación; juego y prácticas deportivas; y libros de memorias (Cátedra y Rojo, 2004). Como ha sido mencionado anteriormente, muchas bibliófilas heredaron las bibliotecas de sus maridos y, por tanto, sus temas literarios. Pero eso no quita que las mismas pudieran disfrutar también de esos libros.

A finales de la Edad Moderna, en el siglo XVIII, se les abre a las mujeres nuevas oportunidades de lectura, por lo que el objeto de la bibliofilia femenina abarca nuevos ámbitos. Destacan las suscripciones a periódicos y las novelas de temática sentimental y didácticas, no encontradas en los inventarios *post mortem* hasta la fecha. En las bibliotecas de las bibliófilas de esta época encontramos obras de moral y economía del hogar, tratados de divulgación sobre medicina doméstica y conservación de la infancia, todos ellos tanto de autores nacionales como extranjeros (Val, 2017).

Según el análisis de Arias de Saavedra (2017) sobre las bibliotecas femeninas del siglo XVIII, apartando los casos de mujeres de la realeza y nobleza, pues cuentan con volúmenes que no se pueden considerar representativos de los objetos de la bibliofilia femenina debido a su exclusividad, su contenido temático se correspondía de forma mayoritaria a lecturas de ocio. Se diferencian así de las de los hombres, que estaban orientadas a responder necesidades profesionales o sociales en su gran mayoría (Arias de Saavedra, 2017). Se pueden exceptuar a las monjas, pues eran mujeres cuyas bibliotecas se componían de lecturas religiosas obligadas, coincidiendo así con las del clero y considerándose en cierto modo como lecturas que correspondían a su profesión (*Ibídem*).

En el estudio de Arias de Saavedra (2017) se distinguen de forma genérica las siguientes temáticas como los principales objetos de la bibliofilia, en función del estudio de varios inventarios *post mortem*. Además, es también común en las damas nobles que en sus bibliotecas se encontraran obras de carácter genealógico, que trataban el linaje de la familia (Arias de Saavedra, 2017).

LIBROS DE RELIGIÓN	<ul style="list-style-type: none"> • Lectura espiritual • Teología • Liturgia
LIBROS DE HISTORIA Y PENSAMIENTO POLÍTICO	
LITERATURA	
OTROS	<ul style="list-style-type: none"> • Geografía y libros de viajes • Didáctica • Obras científicas o jurídicas

Tabla 5. «Materias bibliotecas siglo XVII». Elaboración propia basada en Arias de Saavedra, 2017, p. 68.

La materia “literatura” hace referencia a géneros como la novela, el teatro y la poesía, las materias más frecuentes en las bibliotecas. Sin embargo, no encontramos como objeto de la bibliofilia de esta época obras clásicas grecolatinas, en comparación con las bibliotecas de los hombres, lo que se debe a que las mujeres no estudiaban latín, salvo en exceptuadas ocasiones (Arias de Saavedra, 2017). Destacaban sobre todo obras literarias del Siglo de Oro, como las de Cervantes y Quevedo en España.

No obstante, en una investigación realizada por Natalie Saturnia (2018) acerca de las bibliotecas de mujeres inglesas del siglo XVIII, como Lady Mary Wortley Montagu o Elizabeth Vesey, descubrió que, en comparación con las bibliotecas de mujeres españolas, se notaba una falta de literatura de ficción, componiéndose principalmente de textos de viajes.

Ya en la Edad Contemporánea no se tienen tantos estudios de inventarios de bibliófilas, en comparación con la época anterior. Se siguen manteniendo las materias mencionadas con anterioridad y, poco a poco, la bibliófila ya no se diferencia del hombre en cuanto al objeto. La mujer adquiere la libertad de poder crear una biblioteca con las más variadas materias. Puesto que ya solo dependerá de los gustos de cada bibliófila.

Se puede observar de esta forma cómo a lo largo de la historia el objeto de la bibliofilia ha ido cambiando en función de la libertad y alfabetización que la mujer ha ido adquiriendo a lo largo del tiempo. Es destacable como casi hasta el final, e incluso a día de hoy, la materia religiosa ha sido el principal objeto de la bibliofilia femenina. Pues podemos encontrar obras de esta materia en todos los inventarios *post mortem* analizados. Por otro lado, es interesante cómo van surgiendo nuevos géneros que empiezan a convertirse poco a poco en objetos de las bibliotecas de bibliófilas. La literatura de ficción

y las novelas, prohibidas a las mujeres durante un largo tiempo, se convierten en objeto de peso dentro de sus bibliotecas. A su vez encontramos materias calificadas en muchos casos como “otros”, donde podemos encontrar objetos no tan característicos de la bibliofilia femenina pero que en ocasiones formaban parte de sus inventarios. Hubo casos en los que libros de ese estilo procedían de herencias de los maridos, pero también pudo ser que fueran obras de preferencia de una mujer en concreto. Para concluir, el objeto de la bibliofilia ha ido evolucionando hasta llegar a convertirse en un objeto no específico ni definido, puesto que a día de hoy hay tantos objetos para la bibliofilia femenina como bibliófilas existentes.

5.3. LA MISOGINIA BIBLIÓFILA

A lo largo de la historia ha habido más hombres que mujeres en el mundo de la bibliofilia, ya que, como hemos podido observar, estos han tenido más oportunidades de desarrollar dicha afición en comparación con las mujeres. Pero las bibliófilas siempre han estado presentes en mayor o menor medida, pues como remarca Heather O'Donnell (comunicación personal, 22 marzo 2022) “as long as there have been books, women in a position to own them have loved them⁸”.

La gran bibliófila del siglo XX, Mary Hyde Eccles, la primera mujer elegida para formar parte del Grolier Club, señaló que una bibliófila debía tener tres cosas: recursos, educación y libertad, pero que solo unas pocas lo poseían. Pero los tiempos han cambiado, por lo que a día de hoy la relación mujer-bibliofilia ya está aceptada y superada. Aunque siguen existiendo desigualdades dentro del mundo de libro antiguo y cierta misoginia bibliófila.

Hemos podido comprobar que a lo largo de la historia las bibliófilas no han tenido la representación ni los mismos derechos que sus compañeros bibliófilos. A su vez, se ha expuesto la poca existencia de mujeres que trabajan como librerías anticuarias y en el mundo del libro antiguo. Existe una misoginia bibliófila provocada desde el comienzo de la afición que ha dado como resultado que a la mujer no se le haya permitido desarrollarla con la misma libertad que a los hombres, pues como remarca Albert Cim (1919), “de tout

⁸ Traducción de la autora: “desde que existen los libros, las mujeres en posición de poseerlos los han amado”.

temps les bibliographes se sont montrés sévères à l'égard des femmes, et les ont considérés comme d'instinctives et irréductibles ennemies des livres⁹” (p. 1).

La misoginia es el desprecio u odio hacia las mujeres, de tal forma que la misoginia bibliófila es aquel desprecio hacia las mujeres bibliófilas o hacia la intención de las mujeres a relacionarse con el libro. En textos antiguos se puede comprobar cómo siempre se compara a la mujer con el mayor enemigo de los libros y de los bibliófilos, ya que estas no están en un plano intelectual suficiente como para poder desarrollar la afición de la bibliofilia. En 1877 Paul Eudel, un inspector de librerías de Nantes declaró en la revista *Le Figaro* que las mujeres eran enemigos declarados de los libros (Silverman, 2008). Durante muchos años la mujer ha sido considerada como un estorbo dentro del mundo del libro y, sobre todo, de la bibliofilia. Uzanne incluso llegaba a considerar que la mujer a lo largo de la historia había declarado una hostilidad hacia los libros, lo que las convertía en “bibliófobas” (*Ibidem*).

Dicha misoginia no es algo reciente, sino que tiene una larga historia, cuyos orígenes empiezan desde el propio *Philobiblion* en el siglo XIV, donde Richard de Bury (1344, citado por Silverman, 2008) dice sobre las mujeres en su obra que,

Always jealous of the love of us [books], and never to be appeased, at length seeing us in some corner protected only by the web of some dead spider. [W]ith a frown [she] abuses and reviles us with bitter words, declaring us alone of all the furniture in the house to be unnecessary, and complaining that we are useless for any household purpose, and advises that we should speedily be converted into rich caps, sendel [sic] and silk and twice-dyed purple, robes and furs, wool and linen¹⁰ (p. 166).

En 1881 Andrew Lang escribe la obra *Woman, often jealous of the book, is a Bibliophobe by instinct*, donde cita el propio Lang (1881, citado por Hastings, 2014)

Almost all women are the inveterate foes ... of books worthy of the name. First, they don't understand them; second, they are jealous of their mysterious charms; third, books cost

⁹ Traducción de la autora: “Los bibliógrafos siempre han sido severos con las mujeres, y las han considerado enemigas instintivas e irreductibles de los libros”.

¹⁰ Traducción de la autora: “Siempre celosa de nuestro amor [por los libros], y nunca apaciguada, al final nos ve en algún rincón protegidos sólo por la tela de alguna araña muerta. [Con el ceño fruncido [nos] abusa y vitupera con palabras amargas, declarando que sólo nosotros, de todos los muebles de la casa, somos innecesarios, y se queja de que somos inútiles para cualquier propósito doméstico, y aconseja que nos convirtamos rápidamente en ricos gorros, sendel [sic] y seda y púrpura dos veces teñida, túnicas y pieles, lana y calen”.

money; and it really is a hard thing for a lady to see money expended on what seems a dingy old binding, or yellow paper scored with crabbed characters¹¹.

El propio Holbrook Jackson (1932, citado por Hastings, 2014) -reconocido bibliófilo- en su obra titulada *The Fear of Books* remarca que, “there is a significant and instinctive enmity between women and books¹²”. Unos años más tarde Anne Lyon Haight escribe en 1937 la obra titulada *Are Women the Natural Enemies of Books?*, donde refutaba las ideas misóginas de la bibliofilia a través de una obra donde exponía a bibliófilas notables (*Ibídem*). Aunque estos intentos de las mujeres por defender la bibliofilia femenina eran superados en la mayoría de los casos por el auge de bibliófilos calificándolas como enemigas del libro.

Fue tal la idea de que las mujeres eran enemigas acérrimas de los libros que incluso se llegó a constituir una categoría literaria muy pequeña destinada a aquellas obras dedicadas a despreciar a las mujeres bibliófilas y advertir del peligro del contacto entre la mujer y el libro (Silverman, 2008), convirtiendo la bibliofilia en un propósito legitimado como algo propiamente masculino a lo largo del tiempo al ser libros de hombres creados por y para hombres. Así se provocó que dicho mensaje misógino calara en las mujeres y estas tuvieran miedo a sentirse libres de leer y coleccionar libros.

Los escritores de los siglos XIX y XX seguían coincidiendo con los pensamientos misóginos acerca de la bibliofilia, describiendo a las mujeres como enemigas del libro, celosas de él e incapaces de comprender la afición de sus maridos (Hastings, 2014). Hoy en día nadie se sorprende de que una mujer lea o tenga su propia biblioteca como bibliófila, pero sigue habiendo situaciones en las que, como remarca Heather O’Donell (comunicación personal, 22 marzo 2022), “[...] some are still surprised by a woman who collects antiquarian books, or a woman who deals in them¹³”. Además, sigue habiendo misoginia relacionada con que las mujeres se dediquen al comercio del libro antiguo. O’Donell (comunicación personal, 22 marzo 2022) desde su experiencia explica que,

Most high-profile collectors and dealers are men, and there are still tired jokes about wives as the "enemies" of books. Women collectors are often treated with polite condescension, or

¹¹ Traducción de la autora: “Casi todas las mujeres son enemigas empedernidas... de los libros dignos de ese nombre. En primer lugar, no los entienden; en segundo lugar, están celosas de sus misteriosos encantos; en tercer lugar, los libros cuestan dinero; y realmente es muy duro para una dama ver cómo se gasta el dinero en lo que parece una vieja y sucia encuadernación, o en un papel amarillo marcado con caracteres raídos”.

¹² Traducción de la autora: “Hay una enemistad significativa e instintiva entre las mujeres y los libros”.

¹³ Traducción de la autora: “[...] algunos todavía se sorprenden de una mujer que colecciona libros antiguos, o de una mujer que comercia con ellos”.

simply ignored, when they begin to build their collections. Women dealers are often welcomed into the trade as assistants, but not as partners or colleagues¹⁴.

La librera anticuaria Ana Fortes, directora de la librería “Mundus Libri” comenta que, aunque ella no ha detectado ningún sentimiento contrario por parte de su clientela por el hecho de ser mujer y trabajar en el mundo del libro antiguo, “sí sucede algo curioso, pero creo que es instintivo; cuando en una feria estamos hablando con algún cliente y se acerca otra persona a preguntar algo suele dirigirse a él por ser hombre más que a mí; supongo que obedece a la costumbre de ver libreros masculinos” (Fortes, comunicación personal, 22 marzo 2022). Así mismo, Belén Bardón, propietaria de la conocida “Librería Bardón” explica sobre el tema que “en alguna que otra ocasión notabas que el cliente buscaba siempre la aprobación a lo que yo podía decir o hacer, en mi padre (que es quién llevaba la librería y a quien todo el mundo conocía). El hecho de que preguntaran siempre, ¿pero puedo hablar con el Sr. Bardón? Dejaba en al aire la duda acerca de que yo pudiera aconsejarle o conocer algo igual de bien que él” (Bardón, comunicación personal, 1 abril 2022).

Como se ha podido comprobar, la misoginia hacia las bibliófilas ha existido desde el comienzo de su historia y ha repercutido hasta día de hoy. Puesto que, aunque es cierto que antiguamente era mucho más notable, hoy en día se siguen apreciando detalles que guardan similitudes con lo explicado. Al ser un mundo principalmente dominado por hombres, la mujer debe abrirse paso e, injustamente, se ve obligada a tener que remarcar sus conocimientos acerca del libro y su afición para poder ser reconocida como una auténtica bibliófila.

6. GRANDES BIBLIÓFILAS

A continuación, se recoge a modo de análisis un listado ordenado cronológicamente de bibliófilas destacadas, pertenecientes a Europa y norte América, que mostraron su pasión por los libros. Antes de comenzar cabe señalar que en dicho análisis se ha visto oportuno no recoger la Edad Antigua, que abarca del siglo IV a.C. hasta el V, debido a que no se tiene constancia ni existen pruebas escritas de bibliófilas en dicha época. Pues, como ha sido mencionado anteriormente, no encontramos testimonios escritos de bibliotecas de

¹⁴ Traducción de la autora: “La mayoría de los coleccionistas y marchantes de alto nivel son hombres, y todavía se hacen bromas sobre las esposas como “enemigas” de los libros. Las mujeres coleccionistas suelen ser tratadas con educada condescendencia, o simplemente ignoradas, cuando empiezan a crear sus colecciones. Las mujeres marchantes suelen ser acogidas como asistentes, pero no como compañeras o colegas”.

bibliófilas, únicamente de escritoras que pudieron serlo, pero sin pruebas fiables. Por lo que se ha considerado no recoger dicha época.

Cabe señalar que esta es una selección representativa de bibliófilas que se ha intentado elaborar con la mayor exhaustividad posible. Pero no aparecen representadas todas las bibliófilas que existieron en las diversas épocas. Para contemplar más bibliófilas cabe destacar el “Women Bibliophiles Project” creado por Emiko Hastings que, a través de una beca concedida en 2012 por el Grolier Club de Nueva York, llevó a cabo el proyecto “Mighty Women Book Hunters: A History of American Women Book Collectors”, donde recoge un listado de bibliófilas estadounidenses y la bibliografía representativa de cada una de ellas. A su vez, ofrece un listado de obras generales sobre mujeres bibliófilas y obras seleccionadas sobre mujeres estadounidenses dentro del comercio del libro. Por otra parte, destacar la obra de Albert Cim de 1919 titulada *Les femmes et les livres* donde recoge una gran cantidad de mujeres bibliófilas francesas desde el siglo VI hasta el siglo XX, donde tienen una importante representación las mujeres de la casa de Lorena, la casa de Borbón, la casa de Saboya y la casa de Austria. Por último, la obra de Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo de 2004 titulada *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI* donde recogen una gran representación de mujeres bibliófilas españolas de dicho siglo.

6.1. EDAD MEDIA (S. VI – S. XV)

En la cultura francesa se mencionan a bastantes bibliófilas pertenecientes a la Edad Media, muchas de ellas santificadas. Un ejemplo de ello es Santa Gertudris de Nivelles (626-659) quien estableció un convento en el castillo de sus padres -el castillo de Hohenbourg- e impuso a las monjas la obligación de copiar manuscritos y adornarlos con miniaturas (Cim, 1919). Otro ejemplo es Santa Viborada (S.IX-926) -la primera mujer canonizada por el Vaticano- de quien se dice que es la patrona de bibliotecarios y bibliófilos (*Ibídem*). Por otro lado, se destaca a Herrada de Landsberg (¿-1195), quien compuso y caligrafió el célebre *Hortus deliciarum* [Figura 8], una enciclopedia del conocimiento humano desde el punto de vista religioso, compuesta de una gran cantidad de dibujos y figuras de colores que constituía la joya más preciada de la Biblioteca de Estrasburgo (Cim, 1919).



Figura 8. «Depiction of hell from the hortus deliciarum (1180)». Fuente: The World History and Compendium.

Judith de Flandes (1033-1094) fue una destacada mujer perteneciente a la nobleza del siglo XI y conocida por ser mecenas de las artes, quien en 1051 se casó con Tostig, uno de los hombres más ricos de la Inglaterra de dicho siglo (British Library, s.f.). Judith fue una gran bibliófila que recopiló y encargó durante su vida muchos libros y manuscritos iluminados. Se tiene conocimiento de la existencia de cuatro libros de evangelios de lujo, escritos y decorados en Inglaterra (*Ibidem*).

Tras el fallecimiento de Tostig, en 1070 Judith se casa con Welf, duque de Baviera, y se trae consigo los libros de los evangelios, los cuales fueron donados tras su muerte en 1094 al monasterio de Weingarten, fundado por su marido (British Library, s.f.). Este monasterio se convirtió en el siglo XII en un importante centro de iluminación de obras, y sus evangelios conservados ahí influyeron en el estilo decorativo desarrollado (*Ibidem*). Cabe señalar que hoy en día se conservan dos de esos evangelios en la Biblioteca Pierpont Morgan.



Figura 9. «Gospels of Judith of Flanders (MS M.708)». Fuente: The Morgan Library & Museum.

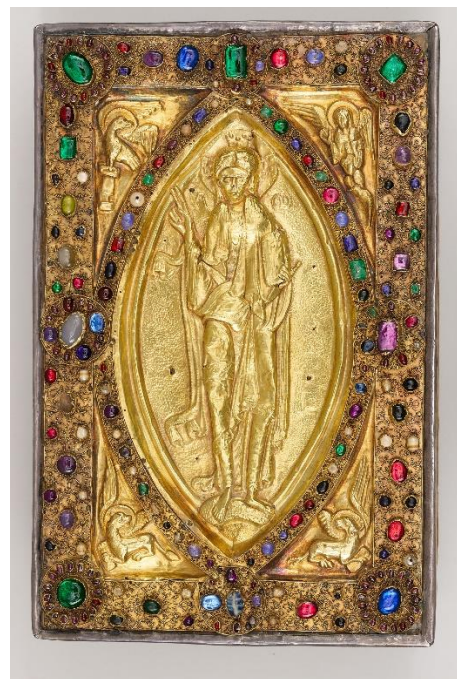


Figura 10. «Gospels of Judith of Flanders (MS M.709)». Fuente: The Morgan Library & Museum.

Estar casada con Tostig le permitió llevar a cabo muchas donaciones a iglesias y conventos; así mismo Judith mostró siempre un interés continuo hacia las fundaciones religiosas (Harrsen, 1930). Como muestra de agradecimiento por su buena voluntad hacia dichas fundaciones, recibió muchas ofrendas que, en su mayoría, adoptaron la forma de buenos libros, como los manuscritos expuestos anteriormente (*Ibidem*). Estos formaban el núcleo de la biblioteca de Judith.

El manuscrito 709 [Figura 10] contiene iluminaciones del estilo New Minster de los años 1020-30 y está compuesto por una portada de oro con una figura del redentor en una mandorla (Harrsen, 1930). Aunque se dice que este fue realizado para ella, los expertos asumen que, al estar fabricado una década antes del nacimiento de Judith, no creen que fuera hecho para ella ni que se encuentre representada arrodillada a los pies de la cruz (*Ibidem*). Por otro lado, el manuscrito 708 [Figura 9] data de 1050-60 y se ejecutó en el *scriptorium* del monasterio de Thorney en Cambridgeshire, de influencias flamencas (Harrsen, 1930). Se encuentra encuadernado con una cubierta de plata dorada enjoyada sobre la que se hallan dos figuras de Cristo. Dicho manuscrito tiene gran importancia histórica, debido a que contiene una anotación posterior a la abadía donde se realizó en la cual se establece la relación con Judith (*Ibidem*). Otro manuscrito que formaba parte de su biblioteca es el conocido como Aa 21, conservado en la Standische Bibliothek de Fulda, un libro de evangelios muy personal donde se remarcen las donaciones que Judith

realizó al monasterio de Weingarten y las reliquias y objetos de arte que recibió a cambio (Harrsen, 1930).

Leonor de Sicilia (1325-1375), tercera esposa de Pedro IV de Aragón, se considera la iniciadora, junto a su marido, de una saga de reyes amantes de los libros en el trono de Aragón hasta los reyes católicos (Carvajal, 2015). La reina contaba con una colección de 20 ejemplares bellamente iluminados y encuadernados, compuesta de misales, salterios, libros de oficios, un breviario, un libro de himnos, un santoral, un *Flos Sanctorum*, un *Vitas Patrum*, una *Summa Colleccionum* y cuatro libros de horas (*Ibidem*). Su forma de adquisición más habitual fue el encargo, aunque también se registran compras y regalos que recibió del rey Pedro IV (Carvajal, 2015). Su biblioteca fue notable en comparación con las de otras reinas contemporáneas y su legado bibliófilo perduró durante generaciones.

Violante de Bar (1365-1431), nuera de Leonor y esposa de Juan I de Aragón, fue una destacada bibliófila cuya biblioteca se formó a través de los préstamos voluntarios y forzosos (*Ibidem*). Se sabe que albergó un *Salterio*, unas *Horas de Madona Santa María* y unas *Horas petitas*; además encargó un *Tratado sobre confesión* y una biblia en romance (Carvajal, 2015). A su vez, muchas obras provinieron del préstamo gracias a su relación con su tío el Duque de Berry, gran bibliófilo, que movió una gran cantidad de libros entre las cortes y de los cuales recibió un ejemplar del *Roman de la Rose* (*Ibidem*). Violante tomó en préstamo muchas obras pertenecientes a amigos y familiares para conformar su biblioteca; también pidió libros a particulares para copiarlos y después devolvérselos (Carvajal, 2015). Pero en 1391 la reina sustrajo varios libros de la biblioteca del castillo de Caspe contra la voluntad de los frailes que ahí estaban, copiando así la actitud que adoptaba su marido en ocasiones (*Ibidem*). A pesar de lo mencionado, como remarca Helena Carvajal (2015),

La suma de las referencias a los libros de Violante arroja una cifra que sorprendentemente parece algo reducida para la consideración de reina bibliófila que la historiografía le ha venido atribuyendo. Además, resulta difícil establecer la naturaleza del vínculo de Violante con estas obras que encargó y pagó en escasas ocasiones y que, sin embargo, en otras muchas tomó prestadas, mostrando quizá un mayor interés por la lectura que por la posesión material de los libros (p. 311).

Gabrielle de la Tour (1420-1486) fue la hija mayor de Bertrand V de La Tour, conde de Boulogne-Auver, y esposa de Luis de Borbón Montpensier. A su vez es nuera de Marie de Berry, hermana de la bibliófila Louise de Créquy, a través de la cual empezó a adquirir un gusto por los manuscritos (Beaune y Lequain, 2000). Conocemos su biblioteca gracias a que Charrier de Thouars conservó el inventario, redactado en 1474 por Jeanne de Cousan, prima abuela de Grabielle, y los señores Bourbonnais de Chezelles y Neuve Église (*Ibidem*). La biblioteca se encontraba en el gabinete de Gabrielle y en el inventario de la misma no se utiliza ninguna clasificación temática, sino que encontramos libros en pergamino, en papel, libros en papel más pequeños y libros en latín pertenecientes al difunto Louis Monseigneur (Beaune y Lequain, 2000). En el gabinete se conservan 41 libros de 203 y se desconoce el principio de remisión, a su vez la proporción de libros en pergamino y en papel es la misma (*Ibidem*).

El inventario está redactado con vistas a la sucesión y en un orden inspirado en el valor de los libros, con indicaciones acerca de las iluminaciones y las cubiertas de las obras (Beaune y Lequain, 2000). La biblioteca se caracteriza por el elevado número de manuscritos que alberga, un total de 203, de los que habría restar los heredados de Luis II (*Ibidem*). Sus libros se encuentran en francés, mientras que los de Luis II están escritos en latín, y se componen de libros de lógica, de derecho civil o *Decreto*, cuatro libros de las *Sentencias Lombardas* de Pedro Lombardo, un *Antiguo Testamento* incompleto y tres clásicos, de los cuales solo pertenece a Gabrielle la *Metamorfosis* de Ovidio (Beaune y Lequain, 2000).

La biblioteca de Gabrielle no corresponde al modelo típico de biblioteca de mujer, ya que en ella encontramos únicamente tres libros de horas, pocas obras de moral y un libro lacónico de Gerson; pero sí que se hayan muchos libros de historia y poesía (*Ibidem*). Por otro lado, encontramos un reducido número de obras clásicas, al igual que obras sobre la historia universal, que se reducen a dos, las *Chroniques universelles* de Martin le Polonais y el *Miroir Historial* de Vincent de Beauvais; sin embargo, la biblioteca alberga bastantes obras orientadas a la historia antigua, como *Faits des Romains* de César, *Décades* de Tito Livio, *Stratagèmes* de Frontin y *Mystère de la destruction de Troie* de Jacques Millet; pero casi ninguna dedicada a la historia bíblica (Beaune y Lequain, 2000). Los libros de historia conforman el núcleo de la biblioteca de Gabrielle y se dividen en dos categorías, historia nacional, donde encontramos la historia familiar de los Borbones, y la historia de la familia de La Tour (*Ibidem*).

La segunda categoría más representativa de la biblioteca de Gabrielle, y que no se encuentra en muchas bibliotecas de bibliófilas, es la historia de las mujeres; concretamente Gabrielle poseyó una gran cantidad de historias de la vida de santas (Beaune y Lequain, 2000). Se cree además que su biblioteca pudo tener un uso familiar, debido a que se encuentran obras que no le pertenecían, como son los libros en latín y estatutos de órdenes del rey (*Ibídem*). Tras la muerte de Gabrielle, su biblioteca fue heredada por su hermano Gilbert de Bourbon Montpensier y más tarde por su hijo Charles (Beaune y Lequain, 2000).

Isabel I de Castilla (1451-1504) es reconocida como una de las grandes bibliófilas, debido en gran medida a su afán de proteger la cultura. El coleccionismo de Isabel I se basaba en obras de contenido religioso, reflejando una bibliofilia basada en la abundancia y diversidad material y en la existencia de repeticiones de ejemplares (Baranda, 2017).

Se conoce la existencia de tres inventarios de su biblioteca, uno de ellos se encontraba en el Alcázar de Segovia, otro estaba a cargo de su camarero Sancho de Paredes y el tercero contenía información sobre su cámara tras su muerte en 1504 (Gonzalo, 2005). El primero de los inventarios remarca la existencia de obras jurídicas e históricas manuscritas que formaban parte del tesoro real y componían una biblioteca patrimonial dinástica, que más tarde sería heredada y conservada por los sucesivos reyes (*Ibídem*). El segundo inventario nos informa acerca de obras de carácter gramatical, filosófico y litúrgico -manuscritas e impresas- que fueron propiedad del príncipe Juan, su hijo (Gonzalo, 2005). Es el tercero de los inventarios el que nos informa de obras que realmente fueron de propiedad de la reina, de las cuales el 90% son libros litúrgicos y de devoción (*Ibídem*).

La reina conocía su biblioteca y la riqueza de la misma, por lo que quiso que estuviera en la familia y que fuera conocida y utilizada por sus descendientes. De hecho, la profesora Ruiz García, descubrió que la reina proporcionó a sus hijas María -quien recibió 23 obras- y Catalina -quien recibió 22 obras- una colección de libros entre 1500 y 1501 para educarlas en conceptos de cultura femenina con el fin de que se instruyeran tras irse de España al casarse con sus prometidos (Gonzalo, 2005). Entre los libros que dio a sus hijas se encuentran las *Epístolas* de San Jerónimo, *Diálogos* de San Agustín, *Libro de las donas* de Francesc Eiximenis... reflejando así el afán de la reina por educar a sus hijas a través de la lectura, de un “prototipo literario” (*Ibídem*).

La mayor parte de la biblioteca quedó en herencia de la catedral de Granada y el resto fue vendido en almoneda, ya que su hija Juana no se encontraba capacitada mentalmente para poder heredarla (Gonzalo, 2005). Los pocos familiares que conservaron libros de la reina fueron Margarita de Austria, el infante Fernando de Austria y Juana de Aragón (*Ibídem*). Se sabe además que la biblioteca de la Reina, constituida en el monasterio de San Juan de los Reyes, superó los 400 volúmenes, muchos de ellos provenientes de las bibliotecas de los reyes Juan II y Enrique IV (Rodríguez de la Peña, 2010). Aunque se conoce que los libros que verdaderamente fueron de su uso personal sumaban los 101 volúmenes, los cuales se agrupaban en cuatro secciones: sagradas escrituras, libros de rezo, obras de espiritualidad y doctrina cristiana y otras, entre los que se encuentran libros de leyes (Ruiz, 2004, citado por Baranda, 2017).

Aunque investigadores como la Doctora Elisa Ruiz consideran que la reina Isabel reunió un patrimonio librario, no una biblioteca, al estar formada por un conjunto de libros de diversa procedencia y destinados a funciones diferentes (Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, s.f.). Nieves Baranda (2017) concuerda con ello y dice que,

[...] cada uno de los fondos que constituyen el inventario de sus libros tuvo un origen, una función y nunca llegaron a conceptuarse como un conjunto unitario al servicio de unos intereses intelectuales (p. 38).

Algunas de las obras que pertenecieron a la reina se hallan hoy en día en la Biblioteca de la Universidad Complutense, entre las que se encuentra *De laudibus Crucis* de Rabano Mauro; *Vita sancti Isidori* de Lucas de Tuy; *De la esp[h]era, con otros tratados de astrología*, proveniente de los *Libros del saber de astronomía* de Alfonso X el Sabio; *Concordia Bibliae*; *Corónicas de ciertos reyes de España*; *Homilias de san Gregorio*; *Defença divina*; y *De Apocalisi* (Sánchez, 2005). Destaca entre las pertenencias a su biblioteca el conocido como *Breviario de Isabel la Católica*, un breviario iluminado elaborado por Francisco de Rojas en 1497.

Ana de Bretaña (1477-1514), esposa de Carlos VIII, contaba con una biblioteca de 13.500 volúmenes, entre los que se encontraban obras de su marido, y destacando sobre los demás el libro de horas creado para ella, titulado *Grandes horas de Ana de Bretaña* [Figura 11] (Cim, 1919). Ana tuvo como fascinación proteger a las mujeres frente a los ataques de los hombres, y quería que todas las mujeres de la sociedad pudieran tener el mismo respeto y estima que había adquirido ella en la corte (*Ibídem*). Para ello instruyó a sus poetas para que vengaran a las mujeres en sus versos, escribiendo represalias contra

todos los libros satíricos hechos con odio o desprecio hacia la mujer, sobre todo contra el *Roman de la Rose* (Cim, 1919).



Figura 11. «Horae ad usum Romanum, dites Grandes Heures d'Anne de Bretagne» de Bibliothèque Nationale de France. Fuente: Gallica.

Margarita de Navarra (1492-1549) reunió una biblioteca con las características propias de los eruditos de las letras del siglo XVI, pues era tanto una biblioteca privada como un estudio (Plantey, 2016). En su biblioteca se puede revelar el vínculo intelectual y espiritual que la princesa mantenía con sus parientes, ejemplo de ello es que conserva un libro de oraciones de su padre; a su vez, su biblioteca y gabinete eran lugares dedicados al estudio y a la meditación religiosa (*Ibidem*). En esta se albergaban libros heredados de Catalina de Foix-Béarn y Ana de Albret, llegando a estar formada por 300 volúmenes al final de su reinado (Plantey, 2016).

Las encuadernaciones estaban en su mayoría recubiertas de cuero de colores y de terciopelo, cubiertas de satén y hebillas de oro, correas de cuero y elementos decorativos de plata (*Ibidem*). Dicho cuidado y dedicación a la hora de adornar los libros tenía como fin el que formaran parte de la decoración de la sala. El núcleo de su biblioteca es una biblia dividida en siete piezas, aunque como menciona Damien Plantey (2016),

Les mentions de titres de la Bible, avec aussi celle du Nouveau Testament, représentent les seules mentions de contenu de la librairie. Mais la correspondance de Marguerite de Navarre,

qui tisse un riche réseau épistolaire et poétique, montre que la reine possède dans sa librairie les nouveautés littéraires notamment en provenance de la péninsule italienne¹⁵.

La biblioteca se encontraba enriquecida por obras de poetas italianos como Niccolò Martelli, Bartolomeo Panciatichi... todo lo mencionado hizo que la biblioteca de Margarita de Navarra constituyera un centro intelectual y poético centrado en el debate, la lectura y la conservación, convirtiéndose en el centro cultural de la corte (Plantey, 2016).

6.2. EDAD MODERNA (S. XVI – S. XVIII)

Durante la Edad Moderna podemos encontrar un resurgir en la bibliofilia femenina, debido a la gran cantidad de testimonios existentes que presentan a grandes bibliófilas y sus bibliotecas. Un ejemplo de ello fue María de Hungría (1505-1558), hija de Juana la Loca y sucesora de los Reyes Católicos, quien heredó la biblioteca de su tía Margarita de Austria y, tras instalarse en Guadalajara y más tarde en Cigales con su biblioteca, esta fue incrementada con diversas adquisiciones, como la biblioteca de su médico Daniel van Vlierden en 1557 (Gonzalo, 2009a). Tras su muerte, su biblioteca fue llevada en su totalidad a la Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial, al heredarla el rey Felipe II y Juana de Austria (*Ibidem*).

Tenemos constancia de su biblioteca gracias a inventarios conservados, el primero de los mismos data del año 1550 y en él se mencionan 70 volúmenes -sin contar los de su tía Margarita-, pocos volúmenes si tenemos en cuenta a la persona, pero hay que tener en cuenta que es a finales de su vida cuando empieza a realizar compras masivas de obras, ya que el resto de su vida se pasó preservando el legado de su tía (Gonzalo, 2009a). De hecho, al mudarse a España no se llevó consigo los libros de su tía, pues los consideraba ligados a Borgoña, y los trasladó al castillo de Turnhout, donde se redactó un acta de entrega y un inventario al mismo tiempo, en el cual se nos informa de la existencia de 333 artículos (*Ibidem*). De su estancia en España se conservan una gran cantidad de inventarios de su biblioteca, conservados en el Archivo General de Simancas, en el cual se encuentra el *Ynventario de los bienes que quedaron de la serenísima Reyna de Vngria*

¹⁵ Traducción de la autora: “Las referencias a los títulos de la Biblia, junto con los del Nuevo Testamento, son las únicas referencias al contenido de la biblioteca. Sin embargo, la correspondencia de Margarita de Navarra, que teje una rica red epistolar y poética, demuestra que la reina disponía de nuevas obras literarias en su librería, especialmente de la península italiana.”.

y *Bohemia que esté en gloria*, donde se nos informa sobre la compra de obras por parte de la reina y la localización de sus fondos (Gonzalo, 2009a).

La bibliofilia de María de Hungría se puede dividir en diversas etapas, una primera etapa en la cual María se muestra como heredera de la bibliofilia de su tía Margarita, basada en códices ricos y antiguos; una segunda etapa entre 1531 y 1554 en la que se convierte en defensora de un humanismo áulico relacionado con las ideas de Erasmo, marcada por la tendencia a lecturas de poesía, historia natural y teología; y una tercera etapa a partir de 1555 caracterizada por reunir una biblioteca de impresos franceses (*Ibidem*).

En la primera etapa destaca un libro de Horas de 1510 iluminado y escrito en los Países Bajos, conocido como el *Libro de Horas del Colegio del Patriarca*; un *Tripartitum opus iuris consuetudinarii inclyti regni Hungariae* de 1517 hecho en Viena por Stephan Werböczy; un *Misal de Matías Corvino*, iluminado por Francesco di Attavante; un *Libro de horas* en griego; el *Evangelarium*; la *Viuda cristiana*; las *Paraphrasis* de Erasmo; las *Philippicae* de fray Alonso Ruiz de Virués; etc. (Gonzalo, 2009a). En la segunda etapa María empieza a adquirir bibliotecas privadas ajenas, comprando libros pertenecientes a Philippe de Croÿ; el duque de Aarschot -comprado en almoneda-, de cuya biblioteca fueron comprados los seis volúmenes de las *Anciennes cronicques d'Angleterre*; Francisco de Borgoña, del cual se obtuvo una edición francesa de la exposición de Primasio sobre las cartas paulinas; etc. (*Ibidem*). A su vez, en esta época Fernando le manda a su hermana una colección de monedas antiguas, lo que hace que María decida impulsar un coleccionismo relacionado con la numismática (Gonzalo, 2009a).

En su tercera etapa, cuando María renuncia el gobierno de los Países Bajos y decide irse con su hermano a España, deja en Flandes gran parte de los códices heredados de Margarita de Austria por no querer separar el valor dinástico de dicha biblioteca (*Ibidem*). Sin embargo, sí que llevó consigo su biblioteca personal, que quedó muy escasa al deshacerse de los códices de su tía, según el inventario de 1550 ya mencionado, María tenía únicamente 70 volúmenes en su biblioteca, lo que contrasta con su figura como una de las mayores representantes de la bibliofilia de la casa de Austria (Gonzalo, 2009a). Esto se debe a que María y sus damas practicaban el modelo de lectura colectiva femenina, por lo que esta no tuvo la necesidad de comprar nuevos libros ya que contaba con colecciones de literatura, entre las que se encontraba el *Champion des dames* de Martín le Franc o la *Histoire du bon roy Alixandre* (*Ibidem*). Con la pérdida de los códices, en 1555 empieza a reunir importantes impresos franceses con motivo de su retiro

en España; esta nueva biblioteca fue adquirida a través de la compra al librero bruselense Nicolás de Torcy y en el mercado parisino a través de su médico Daniel van Vlierden (Gonzalo, 2009a).

Los libros de María tenían una amplia temática, entre las que se encuentran obras de teología, espiritualidad, historia, filosofía moral, filosofía natural, poesía y música; a su vez, María se interesó por América y poseyó libros relacionados con las Indias españolas; y por la historia de su época, pues encontramos obras como *La historia de las Indias y La conquista de Mexico* de López de Gómara (*Ibídem*). En su afán de construir un nuevo palacio de Binche, hizo un diseño hortícola que le hizo coger aprecio a las disciplinas naturales, de ahí que entre sus libros se encuentre *Les treze livres des choses rustiques* de Palladio Rutilius y *Les doze livres des choses rustiques* de Columela (Gonzalo, 2009a). En España María adquirió más libros que los proporcionados por su médico, a veces obtenidos de una manera ilícita, pues se sabe que sustrajo libros de la almoneda de su hermana (*Ibídem*). Antes de su muerte, en 1555 María redactó dos testamentos en los cuales nombró como heredero único al rey Felipe II (Gonzalo, 2009a).

Mencía de Mendoza (1508-1554) heredó su afición por los libros de su linaje familiar, pues era bisnieta de Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, y nieta de Pedro González de Mendoza (Baranda, 2017). De dicho linaje le viene la conciencia por la cultura, basada en obras artísticas, el mecenazgo y los libros; a ello se suma su estatus social, la formación de alto nivel que le fue proporcionada, su riqueza y un carácter fuerte e independiente (*Ibídem*). Al morir su padre en 1523 hereda con 15 años el mayorazgo, convirtiéndose en la mujer más rica de Castilla, y en 1524 se casa con Enrique III de Nasau, Señor de Breda, sin tener que ceder su patrimonio, y fue este quien le puso en contacto con los varios países europeos (Baranda, 2017).

El inventario de compras y encargos de Mencía en su estancia en Flandes y en España refleja un gusto por la cantidad y la calidad de sus obras, donde destacan doce libros de horas maravillosamente iluminados, de los cuales se dice que eran (Hidalgo, 1997),

[...] todos de pergamino e iluminados, con cubiertas muy ricas, guarnecidas de oro o de plata dorada, con esmaltes y broches de cierre de oro. Dos de ellos se describen como horas grandes, de los que uno lleva las armas de Nápoles. Otro libro presenta en sus cubiertas la justicia, en un lado, y la caridad, en otro. De un nuevo ejemplar se dice que es obra a la romana, de otro que lleva unas armas con un toisón y, por último, hay unas horas des encuadernadas (p. 178).

En 1537 entabla una relación con Luis Vives, quien le enseña latín y cultura clásica y le presenta a intelectuales del entorno; a su vez, en 1540 se casa con Fernando de Aragón y se instala en Valencia, donde desarrolla un programa cultural erasmista junto con intelectuales del momento, lo que se atestigua a través de las obras que le dedicaron Hernán Ruiz de Villegas, Miguel Jerónimo Ledesma, Juan Bautista Anyés, etc. (Baranda, 2017).

La biblioteca de Mendoza fue una de las más importante de la España del momento, en el inventario de 1555 se registran 949 entradas de una temática relacionada con los gustos e intereses basados en su trayectoria intelectual, pues encontramos mayormente obras de Erasmo de Róterdam, Juan Luis Vives y, en menor parte, Guillermo Budé (*Ibídem*). Albergaba un gran número de obras religiosas, de espiritualidad erasmista, lecturas religiosas femeninas, clásicos de la antigüedad greco-latina como Virgilio o Plinio, de humanistas y autores italianos como Boccaccio o Ariosto, tratados de arquitectura y obras de ficción y libros de caballerías, siendo esto contrario a la doctrina de Luis Vives conforme a las lecturas que consideraba que eran de mujeres (Baranda, 2017). Por otro lado, encontramos obras de interés femenino, como libros dedicados a la Querella, la *Noblesse de sexe feminee*, *De mulieribus claris* de Boccaccio o *Ilustres mujeres* de Plutarco (*Ibídem*). Como menciona García Pérez (2006, p. 126, citado por Baranda, 2017),

Mencia llegó a formar una biblioteca en la que convivían obras en ocho lenguas distintas: latín, italiano, alemán, francés, griego, castellano, catalán y portugués; y de las materias más dispares: historia o literatura -que constituían el número mayor de ejemplares- medicina, derecho, matemáticas, religión, filosofía, cosmografía o Bellas Artes (pp. 55-56).

Tras la muerte de Mencia sus libros pasaron a formar parte de Luis de Requesens y de su hija María de Mendoza, aunque desgraciadamente la colección acabó desvaneciéndose debido a expurgos inquisitoriales (Baranda, 2017).

Catalina de Silva (1510-1576), madre de la princesa de Éboli, tuvo una biblioteca de 288 libros con una sección literaria importante, consistente en 17 libros de caballerías y clásicos como la *Celestina*, *Cárcel de amor* o el poemario *Floresta de varia poesía* de Ramírez Pagán (*Ibídem*). Se encontraban otras obras de historia y política, textos legales, obras de devoción, clásicos y textos relacionados con la gramática, diccionarios o manuales para aprender latín (Baranda, 2017).

Un aspecto destacable de su biblioteca es que cuenta con más de un ejemplar de alguna de sus obras y muchos libros se encuentran en mal estado, esto y el hecho de que estuviera custodiada por dos damas de Catalina y que el inventario de la biblioteca se hiciera en un traslado a la corte, hace que pueda pensarse que sus libros no fueran usados por un grupo de personas en un ámbito cortesano, llegando a plantearse si en verdad fue una verdadera bibliófila (*Ibídem*).

Catalina de Medici (1519-1589) tuvo una de las bibliotecas más destacables del siglo XVI, no solo por el tamaño de la misma sino por la preeminencia de Catalina en Francia durante los conflictos sucedidos en esa década (Weber, 1949). Catalina de Medici fue una de las bibliófilas más notables del renacimiento francés y tenía un gusto exquisito por el arte y la literatura, aparte de ser una mecenas del aprendizaje (*Ibídem*). Se rodeó de grandes figuras de la literatura francesa de su época, como Amyot, Dorat, Montaigne y Ronsard (Weber, 1949).

Para aumentar su colección, se quedó en 1558 con toda la biblioteca de su primo Pierre Strozzi, prometiendo que la pagaría, pero no llegando a hacerlo (*Ibídem*). Su biblioteca contaba con 4.500 volúmenes, de los cuales un total de 776 eran manuscritos griegos y latinos que, tras su muerte, pasaron a formar parte del bibliotecario Jean Baptiste Benciveni, quien realizó un inventario de los mismos (Weber, 1949). En el inventario se hace un análisis de la colección de Catalina, donde se nos da a conocer las diversas materias que la componían: teología, filosofía, poética, retórica, gramática, matemáticas, historia, medicina y derecho; y una subdivisión de manuscritos latinos, griegos y hebreos (*Ibídem*). La tabla siguiente representa la temática de la colección de dichos manuscritos, importante tanto por su volumen como por la calidad de los mismos.

MATERIA	VOLÚMENES
Teología	231
Filosofía	134
Poética griega, retórica y gramática	143
Poética latina, retórica y gramática	43
Historia griega y romana	61
Medicina griega y romana	69

Tabla 6. «Biblioteca de Catalina de Medici». Elaboración propia basada en Weber, 1949, p. 91.

La biblioteca se ubicaba en el castillo de St. Maur-des-Fossés y concentraba autores clásicos y contemporáneos, incluyendo primeras ediciones, muchos de ellos eran italianos como Dante, Boccaccio, Ariosto y Maquiavelo y otros eran franceses (Weber, 1949). Se incluían temas de arquitectura con obras de Marco Vitruvio, Sebastiano Serlio y Leone Battista Alberti; escritos sobre astrología, con obras de Leopoldo sobre el estudio de las estrellas y de astrólogos reconocidos; tratados sobre ciencias naturales, como el de la *Historia Natural* de Plinio; poesía y romances caballerescos; y trabajos sobre historia, que superaban los 500 volúmenes (*Ibidem*). Algunos libros estaban hechos de vitela y encuadernados y ornamentados con miniaturas, como la traducción de Raoul de Presles de la *Ciudad de Dios* de Agustín, los *Discours astronomiques* de Jacques Bassantin [Figura 12] y la encuadernación en marroquín cítrico labrada en plata y oro de *La Cyropédie*, traducida de Jenofonte e impresa en Lyon por Jean de Tournes en 1555 (Weber, 1949).



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Figura 12. «Astronomique discours» de Bibliothèque Nationale de France. Fuente: Gallica.

Cuando Catalina muere en 1589 deja enormes deudas que hacen que sus acreedores se vean obligados a llevar a cabo un inventario de sus posesiones para poder liquidar sus obligaciones financieras (*Ibidem*). Pero gracias al bibliófilo Auguste de Thou, la

biblioteca de Catalina se llega a salvar de la dispersión total, este recibe en 1594 una carta que le obligaba a devolver la colección a la Corona, los acreedores se negaron y no es hasta 1599 con la intervención del Parlamento de París cuando la colección pasa a formar parte definitivamente de la colección real, que se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional Francesa (Weber, 1949).

Juana de Austria (1535-1573), hermana de Felipe II, contaba con una biblioteca compuesta por obras de su madre, Isabel de Portugal, legadas a su vez de Isabel la Católica, Juana la Loca y María de Hungría (Baranda, 2017). Su bibliofilia se desarrolló más adelante, ya que en un principio no fue educada de una manera letrada, sino con el fin de convertirla en una piadosa esposa aficionada a la música, la poesía y los juegos de cartas (Gonzalo, 2009b). Tras la muerte de su marido Juan de Avis en 1554, regresa a España para hacerse cargo del gobierno y en 1562 se retira al monasterio de las Descalzas Reales, creado por ella, donde reunió hasta su muerte una gran biblioteca, cuya base se formaba por los libros heredados de su madre (*Ibídem*).

Juana de Austria se dedicó a una bibliofilia artística, esta es descrita por Gonzalo Sánchez-Molero (2009b) como,

[...] su bibliofilia respondió al modelo femenino de lectura imperante en la España de la época, donde lo devoto primaba sobre otras consideraciones mundanas, una faceta que se acentuaría durante su retiro monástico, pero estas lecturas religiosas siempre se alternaron con un fuerte componente dinástico, que se correspondía con su posición en la Corte y dentro de la jerarquía familiar (p. 1646).

Existen dos inventarios de la biblioteca de Juana de Austria, el primero de ellos se compila en Lisboa en 1553, donde se informa de las posesiones que trajo a España cuando contrajo matrimonio; el segundo inventario se redactó tras su muerte en 1573 y fue publicado en 1914 por Pérez Bastor; y además se cuenta con la documentación procedente del archivo de las Descalzas Reales, el cual ha sido catalogado y microfilmado por Patrimonio Nacional (Gonzalo, 2009b).

Gonzalo Sánchez-Molero (2009b) divide la bibliofilia de Juana en diversos periodos, libros adquiridos con un propósito pedagógico (1540-1548), donde se encuentran obras como *Abecedario en greguo*, *artes de Lebrixe*, *liuros de Infante*, *Exercitamenta Gramaticae*, etc.; libros comprados o heredados para enriquecer su cámara (1548-1554), donde encontramos obras como el *Bosco deleitoso*, el *Libro de origen dos turcos he de seus Emperadores*, etc.; libros adquiridos durante su etapa como gobernadora de Castilla

(1554-1559); y libros de su biblioteca “conventual” (1560-1573). En el inventario *post mortem* se aprecia la afición que Juana tenía por la música, pues se hayan varias decenas de impresos y manuscritos musicales de autores como Cristóbal de Morales, Josquin Despres, Peter Colin, etc. (Gonzalo, 2009b).

Catalina de Zúñiga y Sandoval (1555-1628), hermana del Duque de Lerma, esposa del VI conde de Lemos y camarera mayor de la reina Margarita de Austria, reunió una biblioteca de 202 volúmenes, componiéndose en un 70% de temática religiosa, devota o espiritual (Baranda, 2017). A su vez, la biblioteca estaba dotada de un carácter moderno, pues encontramos títulos relacionados con la arquitectura, caligrafía, didáctica, humanística, estampas, emblemas, máquinas e instrumentos, música, danza, política y geografía, que dan a conocer las inquietudes de la nobleza en el siglo XVII (Enciso, 2002, citado por Baranda, 2017).

Margarita de Austria (1584-1611) dejó al morir una magnífica biblioteca, cuyo inventario nos informa de que estaba compuesta por 358 volúmenes, aunque este no era un inventario común, debido a que estaba realizado bajo el título *Quaderno de las cosas que recivió Hernando Despejo de la almoneda de los bienes de la Reyna [Doña Margarita], nuestra señora, que aya gloria* (Bouza, 2011). Dicho inventario surge debido a que, en un principio, Bernardino de Velasco se encargó de tasar los bienes para así venderlos en almoneda, pero el Duque de Lerma se opuso y ordenó crear el mencionado *Quaderno* (*Ibidem*).

La biblioteca de Margarita es la conocida como biblioteca de romancista, ya que estaba compuesta en su mayoría por obras en portugués e italiano, y un pequeño conjunto de obras en alemán y en latín (Bouza, 2011). Los clásicos como Titio Livio, Aspiano Alejandrino o Séneca aparecen todos traducidos y dominan los impresos frente a los manuscritos, aunque encontramos algunos destacables, como la *Sucesión de la casa Baviera* de Pedro Salazar de Mendoza (*Ibidem*). Se encuentran a su vez volúmenes con estampas, como la obra *Austriacae gentis imaginum*, *Le gratie d’amore* o los grabados de Adriaen Collaert en *Triumphus Iesu Christi* (Bouza, 2011). Estos libros podrían haber tenido unas bellas encuadernaciones, compuestas de terciopelo negro o carmesí o de cuero y pergamino con una panoplia colorida y cubiertas abotonadas de oro y seda y superlibros (*Ibidem*). Diego de Guzmán, en su obra *Reyna católica. Vida y muerte de D. Margarita de Austria* de 1617, indica que la reina realizaba dos modalidades de lectura, en voz alta y la silente -para sí sola- y otras circunstancias de lectura, como las lecturas de

almohadilla, que realizaba mientras hacía labores de bordado; y para acostarse y conciliar el sueño (Bouza, 2011).

El inventario también nos da a conocer la existencia de un libro de danza titulado *Le gratie d'amore* de Il Tromboe Negri; un recetario de medicina, el *Libro llamado el porqué*; un libro de música; obras de caballería; crónicas; y tratados políticos (*Ibídem*). En cuanto a la literatura devota, encontramos oficios, horas, misales, ceremoniales, confesionarios o catecismos; a su vez se encuentran obras sobre santuarios marianos, literatura hagiográfica, historias de órdenes y fundadores -jesuitas, carmelitas, dominicos, franciscanos, hospitalarios, jerónimos, benedictinos, bernardos, agustinas, mínimos- y literatura espiritual alemana, con obras como *Chronicon andecense* (Bouza, 2011). La poesía está poco representada en su biblioteca, encontramos los *Conceptos espirituales* de Ledesma, la *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca San José* de Valdivielso o el *Libro de los cuarenta cantos* de Fuentes; sin embargo, se halla una gran cantidad de títulos de historia de autores como Zurita, Mariana, Pulgar, Ocampo, Román o Sandoval, y de obras políticas como el *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano* de Pedro de Ribadeneira o la *Filosofía moral de príncipes* de Juan de Torres (*Ibídem*). Por último, los libros de Margarita conforman un conjunto singular donde destacan aspectos singulares como la existencia de pliegos sueltos o prácticas devotas en palacio (Bouza, 2011).

Catalina Vélez de Guevara y Tassis (1620-1684), IX condesa de Oñate, contó con una biblioteca formada por 653 volúmenes, aunque cabe señalar que no se sabe si dichos libros fueron de su uso personal para su disfrute o simplemente una herencia familiar (Barrio Moya, 1985 citado por Baranda, 2017). Catalina estuvo casada con Ramiro Núñez de Guzmán, quien le dejó a su muerte una biblioteca de 5.000 volúmenes que heredaría, conformada por obras en varias lenguas, religiosas, clásicos, diccionarios, libros de derecho e historia (*Ibídem*). Es destacable que su biblioteca se componga de obras en varios idiomas y de temáticas ajenas a los supuestos intereses femeninos de la época, como es la historia, política o los clásicos (Baranda, 2017).

Cristina de Suecia (1626-1689) fue una gran bibliófila que, tras asumir el poder de ser reina a los 18 años, se dedicó a formar una sólida biblioteca nacional a través de obras incautadas por sus generales durante la Guerra de los Treinta Años (Basbanes, 1995). A su vez, compró preciosos manuscritos y adquirió bibliotecas privadas de otros bibliófilos, como el teólogo francés Denys Petau o el jurista holandés Hugo Grotius (*Ibídem*). Se sabe

que incluso trajo al conocido bibliotecario Gabriel Naudé para que supervisara la instalación de su biblioteca (Basbanes, 1995). El propio Descartes acudía a la biblioteca de la reina para comentar con ella los clásicos griegos y latinos; y, a su vez, bibliófilos y otros coleccionistas de arte le regalaban libros para poder aumentar su biblioteca (Gimeno de Flaquer, 2020).

Se sabe que su biblioteca abarcaba cuatro grandes salas, donde se encontraba una gran cantidad de libros y al menos 8.000 manuscritos en latín, griego, árabe y hebreo, que fue utilizada por eruditos en las dos academias que fundó en Roma (*Ibídem*). Tras su muerte, la conocida como “Bibliotheca Alessandrina” fue trasladada a la Biblioteca Vaticana (Basbanes, 1995). Hoy día podemos encontrar libros de la reina en la Biblioteca Queriniana de Brescia (Lombardía)¹⁶.

María Guadalupe de Lencastre, Duquesa de Aveiro (1630-1715), fue una mujer ingeniosa y erudita que creó una biblioteca que reflejó dichas capacidades. Se componía de un total de 4.347 volúmenes, superaba a muchas de su época y estaba compuesta por una gran variedad de temas y lenguas entre las que se encuentra la historia, escolástica, medicina y ciencias naturales, teología expositiva, prédica, miscelánea, matemáticas y otras ciencias, moral y mística, gramática y manuscritos, humanidades, idiomas extranjeros, religión y varios (Baranda, 2017). Es destacable además que, en la España de ese momento, su biblioteca estuviera compuesta por más de un 30% de obras italianas y un 21% de obras francesas, pero ello se debe a que la duquesa hablaba seis lenguas y era una gran intelectual (*Ibídem*).

Su biblioteca estaba destinada al ocio y en la misma convivían obras religiosas, de devoción e historia y excepciones como biblias en lengua vulgar francesa o española, libros de Descartes y libros científicos de agricultura o medicina (Baranda, 2017). Tras su muerte, su hijo Joaquín de Ponce de León y Lencastre entregó la biblioteca de la duquesa al convento de franciscanos recoletos de Santa Eulalia de Marchena y, debido a la guerra y a las desamortizaciones, su biblioteca se acabó perdiendo (*Ibídem*). Pero gracias al inventario de 120 folios conservado en la Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional, se nos da a conocer su predilección por los diccionarios de griego y latín y de gramáticas en varios idiomas, incluso en idiomas nativos; su interés por la

¹⁶ Es de interés el video en el cual Ennio Ferraglio, director de la Biblioteca Queriniana, muestra algunos libros pertenecientes a Cristina de Suecia que llegaron a la Biblioteca. Se encuentra accesible en el siguiente enlace, <https://youtu.be/NjojVnzzQw>

organización e historia de las bibliotecas, encontrándose inventarios y catálogos de bibliotecas y dos manuales de biblioteconomía, concretamente el de Francisco de Araoz, *De bene disponenda bibliotheca*, y el de Louis Jacob, *Traité des plus belles bibliothèques publiques et particulières* (Moura, 2009). Su biblioteca corresponde al modelo de biblioteca barroca, pues predominan obras religiosas (*Ibidem*).

María Petronila Niño Enríquez de Guzmán, Condesa de Villaumbrosa (1640-1700), conservó y disfrutó de la biblioteca de su marido Pedro Núñez de Guzmán, pero también quiso dejar marcada su relación personal con dichos libros, puestos a nombre de su marido, a través de la inscripción “Ego Maria Petronila Niño Enrriquez de Guzman Comitissa Ville Umbrose hunc legi librum à prima usque ad ultimam paginam¹⁷” (Baranda, 2017).



Figura 13. «Condesa de Villaumbrosa. Ex-libris». Fuente: Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla.

Sor Juana Inés de la Cruz (1648/51-1695) tuvo una biblioteca que es conocida por comentarios de coetáneos a la misma, pues no se encuentran registros de inventarios, que afirman que se componía de 4.000 volúmenes de temática religiosa, lógica, retórica, física, música, aritmética, geometría, arquitectura, historia, derecho, etc. (*Ibidem*). La propia Sor Juana encomendó a su amigo, el padre José de Lombeyda, que vendiera sus libros a su muerte para así donar el dinero ganado a los necesitados, en cuyo inventario se indica que fueron 180 volúmenes y 15 rollos de escritos suyos sobre temas religiosos y profanos (Sabat de Rivers, 2002, citado por Baranda, 2017).

¹⁷ Traducción de la autora: “Yo María Petronila Niño Enríquez de Guzmán Condesa de Villaumbrosa leí este libro desde la primera hasta la última página”.

Carolina de Brandeburgo-Ansbach (1683-1737) creó una biblioteca en el palacio de St. James, y es considerada una figura destacable de la bibliofilia de la corte británica, influenciando con su pasión a Jorge III (Jay, 2006). A través de su experiencia en diversas bibliotecas de la corte alemana, Carolina decide establecer la suya propia en la corte británica; a su vez, sus progenitores tenían también un gran afecto por los libros, su padre amplió la biblioteca de la corte de Ansbach para crear una “biblioteca universal” y muchos libros que se encuentran en la Staatliche Bibliothek de Ansbach llevan el sello de su madre (*Ibidem*).

A través de la supervivencia de cinco catálogos de manuscritos podemos conocer la biblioteca de Carolina, la cual se componía de una gran cantidad de obras de teatro inglesas del siglo XVI al XVIII y sus libros fueron comprados, ofrecidos a cambio de honorarios, regalados por otros bibliófilos y de segunda mano a través de la compra de bibliotecas privadas, pues en sus libros de cuentas se rebela que entre 1730-1731 gastó unas 100 libras en la subasta de Covent Garden (Jay, 2006).

Se sabe que las bibliotecas de Carolina y su esposo Jorge estaban interrelacionadas (*Ibidem*). En el palacio William Kent diseñó dos grutas en el jardín, “The Hermitage” y “Merlin’s Cave”, ambas dotadas de libros; la biblioteca de la Cueva era muy importante y estaba dotada de un bibliotecario, el poeta Stephen Duck; y el catálogo da a conocer la existencia de libros históricos, religiosos, científicos y literarios (Jay, 2006). Duck heredó todas las posesiones de Carolina y se encargó de cuidar su biblioteca y seguir aumentándola; de hecho, un catálogo de 1741 contiene 2.827 entradas de obras y otro catálogo de 1743-1760 contiene 3.150 entradas (*Ibidem*). La biblioteca de Carolina fue creciendo bajo la tutela del rey entre 1740 y 1750, la cual estaba minuciosamente organizada y dividida por diversas materias (Jay, 2006). A continuación, se presenta un gráfico donde se muestran las materias y su representación dentro de la biblioteca de Carolina.

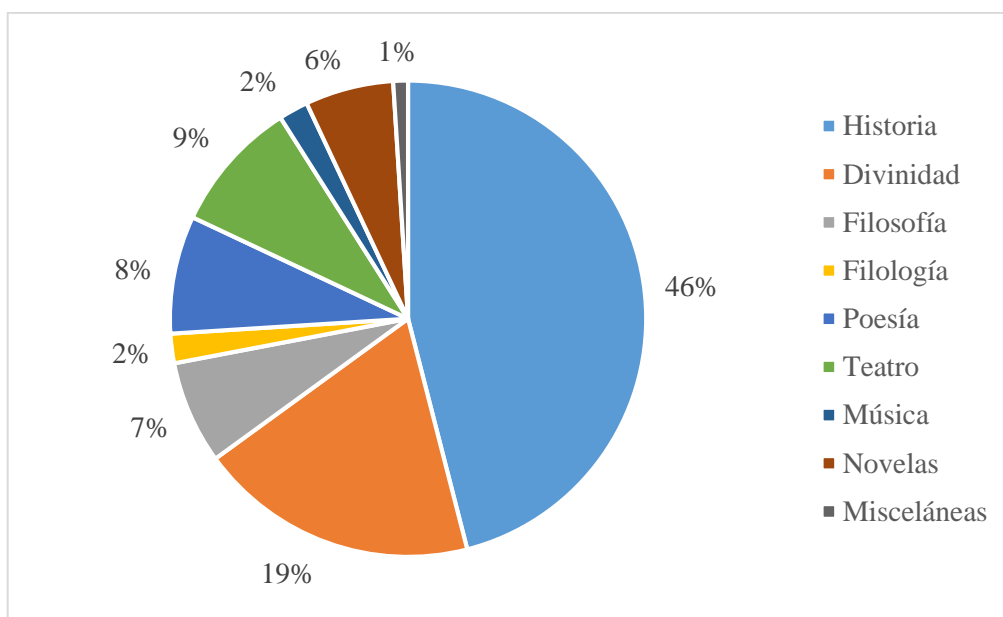


Tabla 7. «Materias Biblioteca de Carolina de Brandeburgo-Ansbach». Elaboración propia basada en Jay, 2006, p.42.

Cabe señalar que, de todas las obras, un 47% estaban escritas en francés, un 35% en inglés, un 9% en italiano, un 5% en alemán y un 3% en latín (*Ibidem*). Por lo que la biblioteca se compone de una cultura impresa contemporánea con una gran variedad de temas e idiomas, expresando un alto nivel de ambición intelectual (Jay, 2006).

Isabel de Farnesio (1692-1766) llegó a España con dos cajas de libros y a su muerte (López-Vidriero, 2016, p. 12, citado por Baranda, 2017),

Las dos cajas de libros imprecisos se habían convertido en una librería real femenina de miles de impresos, de más de un centenar de manuscritos, grabados, música y cartografía. Encuadernaciones personalizadas, armarios suntuarios (p. 72).

Su biblioteca refleja a una mujer con una cultura elevada y una afición por lo artístico en cuanto a las encuadernaciones y los suntuarios refinados, por lo que se junta el placer intelectual y el artístico (Baranda, 2017). La saga de libreros Collombat fueron los encargados de orientar las lecturas de la reina y seleccionarla, a su vez la reina pidió y compró noticias, gacetas y almanaques de toda Europa para saber qué ocurría en las cortes (*Ibidem*).

A parte de la librería institucional del palacio, la reina disponía de una biblioteca portátil que le acompañaba en sus desplazamientos (Baranda, 2017). La reina leía preferentemente en francés, de ahí que el 60% de sus libros estuvieran en dicha lengua, y las obras representan la actualidad de su época, además de recoger obras provenientes de su legado familiar (*Ibidem*). Entre las materias de la biblioteca encontramos libros de viaje, atlas, cuentos, memorias, tragedia, novela, clásicos, historia y libros de caballerías

(López-Vidriero, 2016, citado por Baranda, 2017). Tras su muerte en 1766 su biblioteca se encontraba distribuida en diversos palacios y los libros más valiosos pasaron a la Secretaría de Estado, al Real Gabinete de Historia Natural y a la Real Biblioteca Pública de Madrid (*Ibídem*).

Bárbara de Braganza (1711-1758) contaba con una biblioteca compuesta de 572 obras, que corresponden a 1.192 volúmenes, según el inventario de Juan Gómez, su librero de cámara (Arias de Saavedra y Franco, 2012). Su biblioteca se compone de obras escritas en su mayoría por autores españoles (123) y el resto son de origen extranjero (82), entre los que encontramos autores franceses, italianos, portugueses, alemanes, grecorromanos y neerlandeses (*Ibídem*).

La mayor parte de los libros están editados y encontramos cuatro manuscritos, dos en español, uno de autoría desconocida titulado *Enigmas* y otro de un tal Roelas; y los otros dos, sin autoría, en alemán, titulado *Del alma escondida thesoro*, y en italiano, titulado *Opera italiana manuscrita* (Arias de Saavedra y Franco, 2012). A continuación, se presenta una tabla con las materias que componían su biblioteca.

MATERIAS	TÍTULOS	VOLÚMENES
Teología, liturgia y devoción	243	424
Historia	106	258
Literatura	74	175
Geografía y viajes	23	82
Derecho	34	51
Pensamiento Político	21	33
Otras materias	57	124
Sin clasificar	14	45
TOTAL	572	1192

Tabla 8. «Biblioteca de Bárbara de Braganza. Distribución por materias». Elaboración basada en Arias de Saavedra y Franco, 2012, p. 533.

Entre las obras de teología encontramos títulos como *Obras* de Santa Teresa, *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, *Imitación de Cristo* de Tomás Kempis o *Año cristiano* de Croiset, entre otros; entre las obras de historia localizamos los *Annales*

Ecclesiastici de César Baronio, *Establecimiento de la Iglesia* de Montrevil, *España Sagrada* del Padre Enríquez Flórez o *Anales de Aragón* de Carrillo, entre otros; de literatura se encuentra el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *El Decamerón* de Bocacio u *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, entre otros; de derecho aparece la *Historia del Derecho real*, *Nueva recopilación de leyes*, *Tratados de paz de España* o *Institutiones Hispaniae* de Torres, entre otros; de geografía y viajes aparece *Geographia universal* de Bufier, la *Geografía histórica* de Delima, la *Geografía universal* de Nobiol o el *Atlas Curieux*, entre otros; las obras de pensamiento político se componen de *Política deducida de las mismas palabras de la Sagrada Escritura* de Bossuet, *Presas de mar* de José Antonio Abreu Bertodano, *Sólo Madrid es corte* de Castro o *Fiscal contra judíos* de José Mañer, entre otros; y otras obras como *Curso militar de matemáticas* de Arcos, *Observaciones astronómicas* de Antonio de Ulloa, la *Gramática castellana* de Gayoso o *Método de estudiar* de Freyre, entre otros (*Ibídem*).

Bárbara de Braganza atesoró una biblioteca destacable y diferente al resto de bibliotecas femeninas, pues la variedad de materias que presenta le aportan gran singularidad, como son los títulos de derecho y pensamiento político, libros de geografía, materias científicas, economía, pedagogía, etc. (Arias de Saavedra y Franco, 2012). Dando a ver que la reina disponía de su biblioteca no solo para el ocio sino también para la instrucción y el pensamiento crítico.

Agustina de Torre (1712-1784), condesa de campo de Alange, contó con una biblioteca de 1.660 volúmenes, según nos indica su testamento (Santos Aramburo, 2004, citado por Baranda, 2017). Además se cuenta con el *Índice de la Librería de la condesa de Campo de Alange* de 1779, conservado y digitalizado en la Biblioteca de la Universidad Complutense¹⁸, el cual representa la relación de sus libros, divididos en cuatro materias principales: historia, literatura, política y miscelánea (Baranda, 2017). A continuación, se muestra un gráfico con las materias mencionadas y su porcentaje dentro de la biblioteca.

¹⁸ Se encuentra digitalizado y accesible en el siguiente enlace,
http://dioscorides.ucm.es/proyecto_digitalizacion/index.php?doc=b22539840&y=2011&p=1

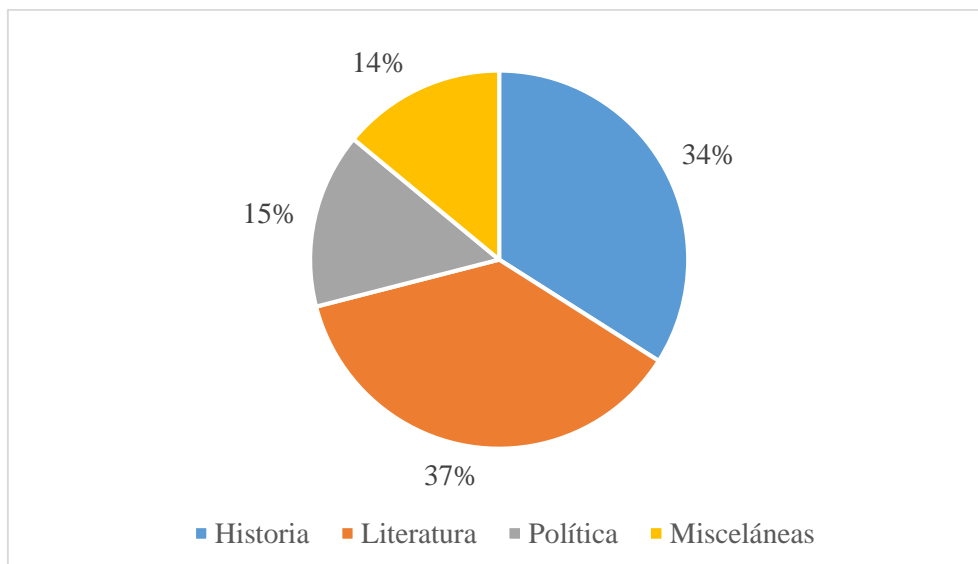


Tabla 9. «Materias de la biblioteca de la Condesa de Campo de Alange». Elaboración propia basada en Baranda, 2017, p. 84.

Es destacable que en su biblioteca se encuentren muy pocos autores coetáneos, predominando en su mayoría autores de los siglos XVI y XVII, dando a ver un interés historicista que se centra en un legado y no valora las nuevas tendencias culturales de su época (*Ibídem*). Como esto resulta extraño, se cree que el inventario puede que recoja únicamente aquellas obras que formaban parte de su biblioteca patrimonial, y que sus obras de lectura usual, que no aparecen representadas en el inventario, quedaran fuera del mismo (Baranda, 2017). La condesa de Campo Alange dejó un legado cultural que se refleja en la siguiente heredera al título, María Manuela de Negrete y Cepeda (1809-1883), quien fue también una reconocida bibliófila.

María del Padre Eterno Varona y Rozas (1716-1755) contó con una biblioteca compuesta de 488 títulos en 837 volúmenes y contaba con un gran número de obras de historia y una gran diversidad de materias, entre las que se incluyen obras literarias, emblemas, científicas, etc. (Baranda, 2017). Su bibliofilia es el resultado de un coleccionismo femenino basado en “la escasa presencia de obras en latín o de libros técnicos, que hubieran sugerido una intención profesionalizante de algún signo” (Baranda, 2017, p. 82).

Madame de Pompadour (1721-1764), amante del rey Luis XV, custodió una biblioteca de 3.525 volúmenes que llevaban las armas de Pompadour impresas en la cubierta, de la cual en 1765 Philippe Bridar de La Garde elaboró un inventario, que se encuentra a día de hoy en la Biblioteca Nacional Francesa¹⁹ (Hourcade, 2004). De su biblioteca es

¹⁹ Se encuentra digitalizado en Gallica, <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1513120p.image>

destacable su colección de revistas y publicaciones periódicas y una gran colección de memorias (*Ibídem*).

Madame du Barry (1743-1793), Marie-Jeanne Gomard Vaubernier, condesa de Barry, fue una noble francesa y la última de las amantes de Luis XV. Apenas sabía leer y escribir y Joannis Guigard comentaba que “Du Barry, aunque muy hermosa, difícilmente estaba en condiciones de formar una biblioteca por sí sola”, por lo que se valió de la ayuda de su librero (Cim, 1919). Madame du Barry se fijó en la bibliófila Madame de Pompadour y decidió traer su propia biblioteca al Palacio de Versailles [Figura 14], esta estaba formada de solo 20 volúmenes y encargó a un librero de París que formara una biblioteca con libros encuadernados con las armas de Du Barry y bajo el lema “¡Boutez en avant!” (Barry y Lacroix, 1874).



Figura 14. «Dans l'appartement de Mme Du Barry, décor de glaces en abîme pour sa bibliothèque» de Christophe Fouin. Fuente: Les carnets de Versailles.

Madame du Barry tenía prisa por crear esa biblioteca y exhibirla en palacio, por ello fue una biblioteca improvisada que albergó 1.090 volúmenes de libros de moral, filosofía, literatura, viajes e historia, erotismo, poesía, teatro y novelas (*Ibídem*). Una vez ubicada la biblioteca en palacio, Madame du Barry empezó a aprender a leer con fluidez. Pero tras su muerte, la biblioteca sufrió robos y despilfarros durante su traslado a la Biblioteca Pública de Versailles (Barry y Lacroix, 1874).

María Josefa Pimentel y Téllez-Girón, Duquesa de Osuna, (1752-1834) contó con una gran biblioteca conformada con su marido, quienes contaron con una licencia de la Inquisición para poder leer libros que formaban parte del conocido índice de libros prohibidos (Simal, 2008). La Duquesa se encargó de ampliar su rica biblioteca

patrimonial, heredada de sus antepasados, a través de compras en el extranjero (*Ibídem*). El proceso de selección de obras que llevaba a cabo la Duquesa se basaba en función de la temática, su biblioteca se conformaba de obras de historia, filosofía, economía, política, agricultura y botánica, geografía y bellas artes, entre otras; el contenido de las obras; y la calidad de su edición (Simal, 2008). Cabe señalar que la biblioteca contaba con el padre Liciniano Sáez como bibliotecario, miembro de la Real Academia de la Historia (*Ibídem*). Sus obras personales se encontraban todas marcadas con su propio supralibros.



Figura 15. «Supralibros dorado con las letras del apellido “Pimentel”». Fuente: Blog de la BNE.

Su biblioteca se nutría además de regalos y obras dedicadas, como la obra *Apología de las mujeres* traducida por Inés Joyes, o de manuscritos de obras que tuvieron dificultades para ser editadas, como *Cartas marruecas* de Cadalso (Simal, 2008). La Duquesa no solo se guardó la biblioteca para sí, sino que se sabe que esta prestó sus libros a amigos y literatos, aunque lo tuviera prohibido por su marido (*Ibídem*). Cabe destacar que la Duquesa se convirtió en la anfitriona de un salón ilustrado en Madrid, donde hombres y mujeres en igualdad de condiciones se relacionaban intelectualmente comentando temas literarios, científicos, sociales y políticos (Simal, 2008).

La reina María Antonieta (1755-1793) fue una gran bibliófila que formó dos bibliotecas, una en el Petit Trianon del Palacio de Versalles [Figura 16] y otra en el Chateau des Tuileries en París (Cim, 1919). El catálogo de la biblioteca Trianon fue publicado por Louis Lacour bajo el título *Livres du boudoir de la reine Marie-Antoinette*²⁰. La biblioteca de Trianon contenía varios miles de libros y la biblioteca del castillo de las Tullerías contenía un gran número de obras de literatura francesa, inglesa e italiana; una gran

²⁰ Se encuentra digitalizado en Google Books,
<https://books.google.es/books?id=JS1OAAAACAAJ&hl=es&pg=PP1#v=onepage&q&f=false>

colección de mapas de Francia en lienzo; obras sobre ciencia; obras de teatro; y partituras de ópera (Lacroix, 1863).



Figura 16. «La intrincada decoración de la Biblioteca de la Reina con tonos verdes y amarillo dorado servía para exhibir los libros de la colección privada de María Antonieta» de Christophe Fouin. Fuente: National Geographic.

Tras la muerte de la reina, la biblioteca de Trianon fue depositada en 1800 en la Biblioteca Pública de Versalles y los duplicados fueron vendidos; y la biblioteca del Château de Tuileries fue transportada en 1793 a la Biblioteca Nacional de Francia (Cim, 1919).

Frances Mary Richardson Currer (1785-1861) fue una reconocida bibliófila británica que en 1906 fue declarada por *Times* como la mayor coleccionista de libros, mientras que el reconocido bibliófilo Thomas Frognall Dibdin consideró su biblioteca como una de las mejores bibliotecas domésticas de Europa y una de las mejores bibliófilas europeas, cuya biblioteca dijo que albergaba 20.000 libros (Peter Harrington, 2019). Currer mantuvo contacto con grandes bibliófilos de la época, como Thomas Phillips, Richard Heber o Dibdin; de hecho, el propio Dibdin le escribió a Currer pidiéndole incluir un retrato suyo en su libro *Bibliomania*, y esta le respondió (*Ibídem*),

I don't doubt the book will be an amusing one, and to have the Portraits of Gentlemen in it is very proper, but I don't think it would be pleasant for me to be in the gallery -the only Lady- so very conspicuous!²¹

Con esta respuesta, Currer es consciente del sesgo existente entre las mujeres bibliófilas y no quiso verse expuesta por miedo a repercusiones. Su biblioteca, localizada en Eshton

²¹ Traducción de la autora: “No dudo de que el libro será divertido y de que los retratos de los caballeros serán muy apropiados, pero no creo que sea agradable para mí estar en la galería -la única dama- tan visible”.

Hall [Figura 17] fue analizada por W. Roberts en su obra de 1895 titulada *The Book Hunter in London*, donde dice de la misma que estaba especializada en historia británica y que albergaba ricos ejemplares de ciencias naturales, topografía y antigüedades (Peter Harrington, 2019). Cabe señalar que en 1820 el librero Robert Trihook compiló un catálogo de su biblioteca llamado *Catalog of the Library at Eshton Hall*.



Figura 17. «Eshton Hall Library» de CJA Stewart. Fuente: Wikimedia Commons.

Tras su muerte, la biblioteca de Currer en Eshton Hall se dispersó y muchos libros con su propio ex-libris salieron a la venta (Peter Harrington, 2019).

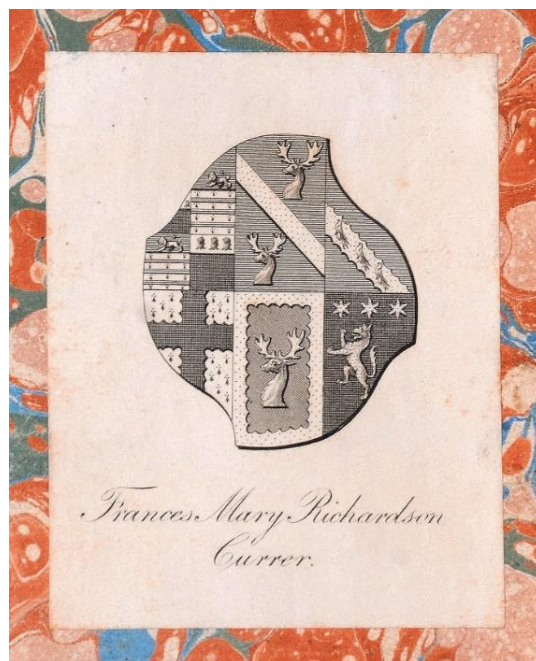


Figura 18. «The bookplate of Frances Mary Richardson Currer». Fuente: Peter Harrington.

6.3. EDAD CONTEMPORÁNEA (S. XIX – S. XXI)

En la Edad Contemporánea encontramos una pequeña pero representativa muestra de mujeres bibliófilas. Empezando por Emilia Pardo Bazán (1851-1921), novelista española, quien cultivó una biblioteca que es reflejo de sus gustos literarios y su conocimiento de la tradición literaria y de las corrientes innovadoras de su época (Servicio de Información Bibliográfica de la BNE, 2021a).

En sus apuntes autobiográficos da a conocer su interés por los libros desde una edad muy temprana, pues a los ocho años ya leía la Biblia, la *Ilíada* o el *Quijote* y, un poco más tarde, empezó a adentrarse en la literatura francesa de Alejandro Dumas o Víctor Hugo y se aficionó a la poesía de Ercilla o Zorrilla (*Ibidem*). Tras casarse y viajar por Europa, se aficionó a la literatura inglesa de Shakespeare y Byron y a la filosofía del Krausismo, Platón, Descartes o Kant, convirtiéndose en una experta de la historia de la filosofía (Servicio de Información Bibliográfica de la BNE, 2021a). No era una aficionada de la narrativa, pero al descubrir la novela se adentró en la literatura de Manzoni o Dickens, pero casi nada de novelistas españoles (*Ibidem*).

En su biblioteca podemos encontrar obras escritas en persa, croata, holandés... reflejo de su gran intelecto y afán por aprender nuevas lenguas; además se hallaban clásicos grecolatinos y autores modernos de su época (Servicio de Información Bibliográfica de la BNE, 2021a). Teniendo en cuenta los géneros, encontramos obras de religión, ciencia, libros de viajes, cocina... y en especial literatura escrita por mujeres, reivindicando el papel de Fernán Caballero y George Sand, escritoras que utilizaron pseudónimos masculinos (*Ibidem*). Su biblioteca pudo alcanzar los 20.000 volúmenes, de ellos 8.000 ejemplares se encuentran hoy en día en la Real Academia Galega y unos 3.200 se encuentran reunidos en las Torres de Meirás [Figura 19] -su residencia de verano- a la espera de ser reunidos y estudiados (Servicio de Información Bibliográfica de la BNE, 2021a).



Figura 19. «Biblioteca de Pardo Bazán en la Torre de la Quimera del Pazo de Meirás» de Conchi Paz. Fuente: El País.

La biblioteca de Emilia constituye un patrimonio bibliográfico y los libros que la componen dan a ver los intereses de la autora y sus relaciones con intelectuales de la época; muchos son primeras ediciones del Siglo de Oro español, obras francesas y españolas del siglo XIX y de principios del XX y literatura gallega; encontramos volúmenes de filosofía, historia, sociología, guías de viajes; y una serie de ensayos titulados *Essays on Social Topics*, que hablan sobre los derechos de las mujeres y la ética sexual (Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, s.f.).

Cabe destacar que en 1892 Emilia fundó la Biblioteca de la Mujer, con la finalidad de que sus compañeras pudieran acceder a la cultura y así elevar el nivel intelectual de las mujeres de su época y poder difundir ideas progresistas y respetar sus derechos, seleccionando una serie de obras fundamentales (Servicio de Información Bibliográfica de la BNE, 2021b). Por último, citar que en el portal de guías bibliográficas de la Biblioteca Nacional de España se encuentra un catálogo virtual dividido por materias de algunas obras que formaron parte de su biblioteca.

Amy Lowell (1874-1925), poetisa estadounidense, fue considerada por el Dr. Rosenbach -librero en Filadelfia- como la más grande de todas las coleccionistas americanas, afirmando que “Miss Lowell had a well defined plan in the formation of her library²²” (Basbanes, 1995). Rosenbach escribió de ella que (Basbanes, 1995),

She wanted unpublished [John] Keats material first and foremost, and the Keats manuscripts in her collection speak more eloquently of her successful endeavors than anything I can say

²² Traducción de la autora: “La señorita Lowell tenía un plan bien definido en la formación de su biblioteca”.

of her. If she desired a particular item, she would not rest until she secured it. It was not unusual for her to call me from Boston at any hour of the night to learn if I had purchased something for her at one of the auction sales. The cost was nothing, the book everything²³ (p. 47).

Amy Lowell desde joven desarrolló una afición por los libros en la biblioteca de su padre, que constaba de 7.000 volúmenes, y en la colección del Ateneo de Boston. Su biblioteca se encuentra hoy en día en una sala de la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, donde encontramos manuscritos holográficos de *On First Looking into Chapman's Homer*, *The Eve of St. Agnes* y *To Autumn*; la copia manuscrita de *Grace Before Meat* de Charles Lamb; la copia personal de *Rasselas* firmada por Samuel Jhonson; y manuscritos de Ludwig van Beethoven y George Eliot (Basbanes, 1995). Cabe señalar que Amy Lowell tuvo tanta repercusión que, en el año 1925, meses antes de fallecer, salió en la portada de la famosa revista americana *Time*.



Figura 20. «Amy Lowell Time magazine cover 1925» de TIME Magazine. Fuente: Wikimedia Commons.

Estelle Doheny (1875-1958) fue una mujer de California que formó una importante biblioteca, la cual fue vendida en la casa de subastas Christie's en 1980 por 37,4 millones de dólares, considerada la subasta de libros más lucrativa de la historia (Basbanes, 1995).

²³ Traducción de la autora: “Quería, ante todo, material inédito de [John] Keats, y los manuscritos de Keats de su colección hablan con más elocuencia de sus exitosos esfuerzos que cualquier cosa que yo pueda decir de ella. Si deseaba un artículo en particular, no descansaba hasta conseguirlo. No era raro que me llamara desde Boston a cualquier hora de la noche para saber si había comprado algo para ella en una de las subastas. El coste no era nada, el libro todo.”.

Su biblioteca se conformaba de 16.000 libros y manuscritos raros, donde se incluían incunables, biblias antiguas y manuscritos religiosos, literatura inglesa y americana y literatura relacionada con la historia de California (*Ibídem*). Tras su muerte, la biblioteca pasó a la diócesis de Los Ángeles con la que colaboraba, pues donó mucho dinero a organizaciones religiosas, bajo la condición de que se conservara por lo menos durante 25 años después de su muerte, tras ese periodo de tiempo la diócesis la mandó a Christie's para que fuera subastada y el dinero se destinó a la educación y formación de sus sacerdotes (Basbanes, 1995). Estelle Doheny tuvo un gran interés por las biblias, llegando a conseguir un ejemplar completo y en buen estado de la reconocida Biblia de Gutenberg (Carrie Estelle Doheny Foundation, 2022).



Figura 21. «The first exhibition in the Edward L. Doheny Jr. Memorial Library Treasure Room featured rare items from Carrie Estelle's literary collection». Fuente: Carrie Estelle Doheny Foundation.

Belle da Costa Greene (1883-1950) fue una bibliófila americana reconocida por ser la bibliotecaria privada de J. P. Morgan y por dirigir la Pierpont Morgan Library. Grenee compendió una de las colecciones más importantes de libros raros y manuscritos de Estados Unidos y transformó la colección privada de J. P. Morgan en un recurso público a través de la Morgan Library (The Morgan Library & Museum, s. f.).

En 1905 Grenee comenzó a trabajar como bibliotecaria privada para J. P. Morgan junto con su asistente Ada Thurston, dedicándose a tareas de administración, documentación y construcción de su colección privada de libros raros y manuscritos (*Ibídem*). De 1905 a 1908 Greene trabajó para organizar la biblioteca de Morgan y viajaba regularmente a Europa como su agente con el fin de adquirir nuevas adiciones para la biblioteca, aumentando a su vez su conocimiento sobre libros y manuscritos (Kuiper, 2022). Tras la

muerte de J. P. Morgan en 1913, Grenee continuó siendo la bibliotecaria de su hijo J. P. Morgan Jr. y creó la Biblioteca Pierpont Morgan en 1924, de la cual Grenee fue directora hasta 1948 (The Morgan Library & Museum, s. f.). El periódico *New York Times* escribió sobre ella,

The ancient librarian is always pictured as having a gray beard and as wearing a skull cap. But here is one with a vivacious laugh, with brown eyes and rosy cheeks, who speaks delectable French, and who picks up a musty tome as gracefully as a butterfly alights on a dusty leaf. And she has individual ideas – ideas which her force of persuasion and her intelligence will eventually develop, backed as she is with Mr. Morgan’s wealth²⁴. (Paranick, 2022)

Greene fue gran defensora de que las instituciones públicas brindaran a la sociedad el acceso a los libros y manuscritos, criticando la tendencia en el mundo del arte de tener que pagar grandes cantidades de dinero por artículos que no lo merecían (*Ibidem*). La misma declaró en el *New York Times* en 1911 que, “my point is [...] that there are certain books which have a standard value and which are necessities to the student for reference... When the price of these volumes is raised, you injure the general public”²⁵ (Paranick, 2022). En su defensa de convertir la colección de Morgan en una institución pública declaraba, “I care too much for the art of collecting to put rare books out of the reach of ordinary people”²⁶ (*Ibidem*).

Greene también abogó por la defensa de los bibliotecarios y, mayormente, las bibliotecarias que estaban mal pagadas en las bibliotecas públicas de Nueva York, luchando por una mejor compensación económica (Paranick, 2022). Declarando que, “the result of these low salaries is, of course, that the women who are capable of filling the responsible positions are not willing to take them”²⁷ (*Ibidem*).

²⁴ Traducción de la autora: “El antiguo bibliotecario siempre es imaginado con barba gris y con un gorro de calavera. Pero aquí hay una con una risa vivaz, con ojos marrones y mejillas sonrosadas, que habla un francés delicioso y que coge un tomo mohoso con la misma gracia que una mariposa se posa en una hoja polvorienta. Y tiene ideas individuales, ideas que su fuerza de persuasión y su inteligencia acabarán desarrollando, respaldada como está por la riqueza del Sr. Morgan”.

²⁵ Traducción de la autora: “Lo que quiero decir [...] es que hay ciertos libros que tienen un valor estándar y que son necesarios para el estudiante como referencia... Cuando se sube el precio de estos volúmenes, se perjudica al público en general”.

²⁶ Traducción de la autora: “Me importa demasiado el arte del coleccionismo como para poner los libros raros fuera del alcance de la gente corriente”.

²⁷ Traducción de la autora: “El resultado de estos bajos salarios es, por supuesto, que las mujeres capaces de ocupar los puestos de responsabilidad no están dispuestas a aceptarlos”.



Figura 22. «Belle Da Costa Greene: JP Morgan's librarian & one of the highest paid women in the US». Fuente: Library of Congress (2018).

Mary Hyde Eccles (1912-2003) fue una bibliófila americana que, junto con su marido Donald Hyde, creó una gran colección de originales de Samuel Jhonson y su círculo, considerada como la mejor y más grande colección privada del mundo sobre literatura inglesa del siglo XVIII (Redford, 2003).

Eccles declaró en una revista, “my true interest in rare books [...] began with graduate work in Elizabethan drama, and the determination . . . of studying all the plays produced in London between 1600 and 1605 in their earliest available editions”²⁸ (*Ibídem*). Tras la muerte de Mary Hyde Eccles su colección de Samuel Johnson fue donada a la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, que constaba de más de 4.000 libros y 5.500 cartas y manuscritos (Kirsch, 2004).

La biblioteca de Hyde contenía además grabados japoneses, los cuales fueron subastados en 1988 a beneficio de la Biblioteca Pierpont Morgan, además de libros ilustrados y una importante colección de Oscar Wilde, que fue donada a la Biblioteca Británica (Harvard Library, 2020). Finalmente, señalar que el Grolier Club cuenta con una entrada de la colección que conservan de Mary Hyde Eccles, la cual se compone de 7 cajas con obras, cerca de 810 fotografías, 9 diapositivas y 10 negativos (The Grolier Club, 2011).

²⁸ Traducción de la autora: “Mi verdadero interés por los libros raros [...] comenzó con el trabajo de graduación en teatro isabelino, y la determinación de estudiar todas las obras producidas en Londres entre 1600 y 1605 en sus primeras ediciones disponibles”.

Helene Hanff (1916-1997), escritora estadounidense, desde joven empezó a enviar cartas a una librería inglesa especializada en libros descatalogados -Marks & Co. Libreros- donde se autodefinía como una “escritora pobre amante de libros antiguos” y les enviaba listados con los títulos que le interesaban y remarcaba que no superasen los cinco dólares por libro (Llorente, 2019). En dichas cartas es posible conocer comentarios personales, en una ocasión declaró que sus estanterías estaban hechas de cajas de naranjas; hacía comentarios literarios; y contaba peculiaridades de un volumen en concreto (*Ibídem*). En una de las cartas, Helene Hanff declara, “te asombrará saber [escribe Helene Hanff a Frank Doel, su habitual corresponsal], de alguien como yo, que odia las novelas, que he acabado atreviéndome con Jane Austen y que me he apasionado tanto con *Orgullo y prejuicio* [...]” (Llorente, 2019).

7. CONCLUSIÓN

Las mujeres han sido consideradas desde el principio enemigas del libro, siendo vistas como uno de los peligros que padecía el marido bibliófilo. De esta manera se ha creado una misoginia bibliófila que ha perdurado durante siglos. Nada más lejos de la realidad, la bibliofilia femenina ha existido desde el comienzo de la afición, a la par que sus compañeros bibliófilos, pero en muchas ocasiones ha sido ensombrecida por los mismos. Este estudio no es representativo de todas las mujeres bibliófilas que han existido y que existen, pero sirve como muestra para dar a conocer y visibilizar la bibliofilia femenina y la gran cantidad de mujeres que disfrutaron de esta pasión, al igual que las bibliotecas de grandes bibliófilas que a día de hoy forman parte de nuestro legado cultural. Hemos podido comprobar cómo las mujeres no han podido desarrollar su afición a la par que los hombres en muchas ocasiones, debido a las condiciones sociales a las que estas se han visto sometidas y a la diferencia de género, con las consecuencias que conlleva.

Las bibliotecas de gran parte de las bibliófilas tienen una base conformada por la herencia de sus antecesores, que van ampliando para poder crear su propio patrimonio documental. Los inventarios de sus bibliotecas reflejan una gran diversidad de materias, en ocasiones no pertenecientes a las propiamente “femeninas”, lo que ha hecho que se llegue a pensar que no eran bibliotecas utilizadas por las mismas o que simplemente eran herencia de su marido, desmereciendo así su pasión y los intereses intelectuales de cada una de ellas. Aunque es cierto que en ocasiones se conservaban libros de sus maridos, esto no significa que la mujer no pudiera disfrutar de los mismos.

Es interesante cómo el objeto de la bibliofilia femenina va evolucionando en función de la libertad que esta va adquiriendo con el paso del tiempo. En la Edad Media encontramos bibliotecas compuestas en su mayoría por lecturas religiosas, consideradas como deber y única lectura correspondiente a la esposa cristiana. Mientras que en la Edad Moderna encontramos bibliotecas con libros de caballerías -prohibidos en un principio a las mujeres- y de historia, materias que resultaban extremadamente contrarias a esa supuesta doctrina femenina.

La figura de la bibliófila cumple un mismo perfil de mujer noble -generalmente intelectual- y con poder adquisitivo hasta la Edad Moderna, donde podemos ver a bibliófilas no pertenecientes a clases sociales altas que desarrollan su afición sin necesidad de gastarse grandes cantidades de dinero. Como resultado de las posibilidades

de alfabetización que van adquiriendo las mujeres de todas las clases y la libertad económica. Pero todas ellas tienen en común su pasión por los libros y la libertad y conocimiento que les otorga. Se debe coincidir, por tanto, con Nieves Baranda (2017), pues “la auténtica bibliófila no es, por tanto, una mera recopiladora de libros con una alta capacidad económica, sino una coleccionista con inquietudes intelectuales” (p. 88).

Es conveniente visibilizar los numerosos estudios e inventarios que existen sobre bibliotecas de bibliófilas, porque, a diferencia de lo que se cree, estos existen y son abundantes. En una afición dominada por los hombres, las mujeres han luchado por abrirse paso y reclamar su derecho. Por ello, aunque algunas de sus bibliotecas no se constituyan por miles de volúmenes, estas fueron formadas con la misma pasión y merecen el mismo respeto que las de sus compañeros. Así mismo, son una fuente de información importante para conocer la evolución de las conocidas como “lecturas de mujeres”. Se hace importante entonces que se trate a estas mujeres por su nombre como bibliófilas, pues en ocasiones no se les otorga dicho título y se refieren a la bibliofilia femenina como “bibliotecas femeninas” o “lecturas de mujeres” por el hecho de no haber llegado a abarcar el mismo espacio que el conseguido por los hombres.

A pesar de lo mencionado, a día de hoy las mujeres se han abierto paso en el mundo del libro antiguo y de la bibliofilia. Vemos librerías anticuarias dirigidas por mujeres e iniciativas con el fin de poner en valor el papel de la mujer en ese mundo. Por lo que, a pesar de que siguen existiendo ciertos tintes misóginos, la bibliofilia ya es una vía totalmente libre para hombres y mujeres, como debería haber sido desde el principio, ya que el amor por los libros no entiende de género.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Acocella, J. (2012, octubre 8). Turning the Page. How women became readers. *The New Yorker*. <https://bit.ly/3w2b9Fs>
- Álvarez Márquez, C. (2004). Mujeres lectoras en el siglo XVI en Sevilla. *HID*, 31, 19-40. <https://bit.ly/3LIqMJ4>
- Arias de Saavedra Alías, I. (2017). Lectura y biblioteca de mujeres en la España del siglo XVIII. Una aproximación. *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 23, 57-82. <https://bit.ly/3KxWZBb>
- Arias de Saavedra Alias, I., & Franco Rubio, G. Á. (2012). Lecturas de mujeres, lecturas de reinas. La biblioteca de Bárbara de Braganza. En I. Arias de Saavedra Alias (Coord.), *Vida cotidiana en la España de la ilustración* (pp. 505-550). Universidad de Granada. <https://bit.ly/3MNo9FW>
- Association de femmes bibliophiles Les Cent Une. (2022). *Histoire*. Les Cent Une. <https://bit.ly/3OUDNkw>
- Baranda Leturio, N. (2017). *Mujeres bibliófilas en España*. Turpin
- Barry, J. B. du, & Lacroix, P. (1874). *Catalogue des livres de Madame Du Barry, avec les prix, à Versailles, 1771 : reproduction du catalogue manuscrit original*. Auguste Fontaine. <https://bit.ly/3vBNInq>
- Basbanes, N. A. (1995). *A Gentle Madness. Bibliophiles, Bibliomanes, and the Eternal Passion for Books*. Fine Books Press.
- Beaune, C., & Lequain, É. (2000). Femmes et histoire en France au XV e siècle: Gabrielle de La Tour et ses contemporaines. *Médiévales*, 38, 111-136. <https://bit.ly/377Xswi>
- Benedetto, L. (ca. 1700-1724). Santa Catalina [Óleo sobre lienzo]. Museo Nacional del Prado. <https://bit.ly/3tHMbLA>
- Bernárdez, A. (2007). Pintando la lectura: Mujeres, libros y representación en el Siglo de Oro. *Edad de Oro*, XXVI, 67-89. <https://bit.ly/377XvrY>
- Biblioteca Digital memoriademadrid. (s.f.). La Pensadora Gaditana. Tomo III [Imagen digital]. <https://bit.ly/39SaX4l>

- Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla. (s.f.). Condesa de Villaumbrosa. Ex-libris [Imagen digital]. <https://bit.ly/3F9kz6a>
- Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla. (s.f.). *Isabel I, Reina de Castilla, 1451-1504*. Recuperado 10 de abril de 2022, de <https://bit.ly/381pYjB>
- Biblioteca Virtual de Prensa Histórica. (2011). La pensatriz salmantina: - 1777 [Imagen digital]. <https://bit.ly/379OCh6>
- Bibliothèque Nationale de France. (2013). Astronomique discours [Imagen digital]. Gallica. <https://bit.ly/3KzY4cH>
- Bibliothèque Nationale de France. (2012). Horae ad usum Romanum, dites Grandes Heures d'Anne de Bretagne [Imagen digital]. Gallica. <https://bit.ly/377gu67>
- Bolufer Peruga, M. (2007). Mujeres de Letras. Escritoras y lectoras del siglo XVIII. En R. M. Ballesteros García & C. Escudero Gallegos (Coords.), *Feminismos en las dos orillas* (pp. 113-142). Universidad de Málaga. <https://bit.ly/3Fa8ptY>
- Bouza, F. (2011). La biblioteca de la reina Margarita de Austria. *Estudis*, 37, 43-72. <https://bit.ly/38NkWal>
- British Library. (s.f.). *Judith of Flanders*. Recuperado 5 de abril de 2022, de <https://bit.ly/37TI9Id>
- Busey, N. H. (1879). The Five Baltimore Friends - M. Carey Thomas, Mary Garrett, Julia Rogers, Mamie Gwinn, Bessie King [Fotografía]. TriCollege Libraries Digital Collections. <https://bit.ly/3IIHvJK>
- Carrie Estelle Doheny Foundation. (2022). *Mrs. Doheny's Story*. <https://bit.ly/3P44uUa>
- Carvajal González, H. (2015). Bibliofilia y poder, el mecenazgo librario femenino en las cortes hispanas medievales. En M. García-Fernández & S. Cernadas Martínez (Coords.), *Reginae Iberiae: El poder regio femenino en los reinos medievales peninsulares* (pp. 301-323). Universidade de Santiago de Compostela.
- Casa-Museo Emilia Pardo Bazán. (s.f.). *Biblioteca Emilia Pardo Bazán*. Recuperado 25 de abril de 2022, de <https://bit.ly/3s7lQWf>
- Cátedra García, P., & Rojo Vega, A. (2004). *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*. Instituto de Historia del Libro y de la Lectura. <https://bit.ly/3s7fMNm>

- Checa Cremades, J. L. (2021). La bibliofilia según Duhamel. En J. L. Checa Cremades (Ed. y Trad.), *Carta sobre los bibliófilos*. Trama Editorial.
- Cim, A. (1919). *Les femmes et les livres* (E. de Boccard (ed.)). Anncienne Librairie Fontemoing et Cie.
- Coltham, D. (2018, noviembre 11). *Women in the book trade: past and present*. ILAB. <https://bit.ly/3v6bG94>
- Correa Ramón, A. (2006). El siglo de las lectoras. En M. dle P. Celma Valero & C. Morán Rodríguez (Eds.), *Con voz propia. La mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX* (pp. 29-39). Fundación Instituto Castellano Leonés de la Lengua. <https://bit.ly/3LTzrr2>
- Curtis, S., Updike, J., & Lemon, R. (1957, agosto 10). Hroswithians. *The New Yorker*. <https://bit.ly/3s8TvPc>
- Demkiewicz, J. R. (2018, julio 31). *Breaking Up the Boys Club: On Women in Rare Books*. Literary Hub. <https://bit.ly/3y7aQfp>
- Depiction of hell from the hortus deliciarum (1180) [Imagen digital]. (2019). The World History Archive and Compendium. <https://bit.ly/3IU5hJG>
- Ex-Libris dessiné par Galanis [Imagen digital]. (s.f.). Association de femmes bibliophiles Les Cent Une. <https://bit.ly/3Dh0x95>
- Fouin, C. (2020). Dans l'appartement de Mme Du Barry, décor de glaces en abîme pour sa bibliothèque [Imagen digital]. Les Carnets de Versailles. <https://bit.ly/3LDR2E9>
- Fouin, C. (s.f.). La intrincada decoración de la Biblioteca de la Reina con tonos verdes y amarillo dorado servía para exhibir los libros de la colección privada de María Antonieta [Imagen digital]. National Geographic. <https://bit.ly/3LU8Hb7>
- Gimeno de Flaquer, C. (2020). *Boceto histórico. Cristina de Suecia*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://bit.ly/3LGymng>
- Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2009a). La biblioteca de María de Hungría y la bibliofilia de Felipe II. En B. Federinov & G. Docquier (Eds.), *Marie de Hongrie. Politique et culture sous la Renaissance aux Pays-Bas* (pp. 50-67). Musée royal de Mariemont. <https://bit.ly/3a2JME8>

- Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2009b). Portugal y Castilla a través de los libros de la princesa Juana de Austria ¿Psyche lusitana? En J. Martínez Millán & M. P. Marçal Lourenço (Coords.), *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)* (pp. 1643-1684). Polifermo. <https://bit.ly/3vCAruR>
- Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2005). Isabel la Católica: su influencia en la bibliofilia regia femenina del siglo XVI. En M. V. López Cordón & G. Franco Rubio (Coords.), *VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna* (pp. 157-176). Fundación Española de Historia Moderna. <https://bit.ly/3vEO25a>
- Groag Bell, S. (1982). Medieval Women Book Owners: Arbiters of Lay Piety and Ambassadors of Culture. *Signs*, 7(4), 742-768. <https://bit.ly/3LHOZio>
- Guinot Ferri, L. (2020). Mujeres y lectura en la Edad Moderna. En M. Fargas, Peñarrocha (Ed.), *Alternativas: Mujeres, género e historia* (pp. 161-180). Edicions de la Universitat de Barcelona. <https://bit.ly/38I0BDy>
- Harsen, M. (1930). The Countess Judith of Flanders and the library of Weingarten Abbey. *The Papers of the Bibliographical Society of America*, 24(1/2), 1-13. <https://bit.ly/38JGkgS>
- Harvard Library. (2020). *Mary Hyde Eccles papers*. <https://bit.ly/3LE5aNX>
- Hastings, E. (2018, agosto 24). Women Bibliophiles Project [Entrada blog]. Adventures in book collecting. <https://bit.ly/377YXKW>
- Hastings, E. (2014, mayo 28). Are Women the Enemies of Books? [Entrada blog]. Adventures in book collecting. <https://bit.ly/3reFTlh>
- Hidalgo Ogáyar, J. (1997). Libros de horas de Doña Mencía de Mendoza. *Archivo Español de Arte*, LXX(278), 177-183. <https://bit.ly/3KB6WxR>
- Hourcade, P. (2004). Parmi les livres de Madame de Pompadour. *Versalia*, 7, 128-141. <https://doi.org/10.3406/versa.2004.1095>
- Jay, E. (2006). Queen Caroline's Library and Its European Contexts. *Book History*, 9, 31-55. <https://bit.ly/3vCKMHg>
- Kirsch, A. (2004). The Hack as Genius. Dr. Samuel Johnson arrives at Harvard. *Harvard Magazine*. <https://bit.ly/3s6zEjI>

- Kuiper, K. (2022). Belle da Costa Greene. En *Encyclopædia Britannica*.
<https://bit.ly/3F6KqMh>
- Laboratorio Contemporáneo de Fomento de la Lectura. (2020). *Mujeres y lectura*.
<https://bit.ly/38NIYDC>
- Lacroix, P. (1863). *Bibliothèque de la reine Marie-Antoinette au Petit Trianon d'après l'inventaire original dressé par order de la convention*. J. Gay.
<https://bit.ly/3Fblymt>
- Library of Congress [@librarycongress]. (2018, marzo 20). Belle Da Costa Greene: JP Morgan's librarian & one of the highest paid women in the US [Tuit]. Twitter.
<https://bit.ly/38rJxC8>
- Llorente, M. (2019, agosto 28). Helene Hanff: cartas entre bibliófilos pobres. *El Mundo*.
<https://bit.ly/3kAxpRE>
- Mary of Burgundy's Book of Hours [Imagen digital]. (s.f.). Web Gallery of Art.
<https://bit.ly/3wGSRLW>
- Matamoras, I. (2020, junio 22). Lectrices et lecture féminine en Europe. En *Encyclopédie d'histoire numérique de l'Europe*. <https://bit.ly/3DWloik>
- Mendoza Díaz-Maroto, F. (2004). *Introducción a la bibliofilia* (2ª edición). Vicent García Editores.
- Morató, Y. (2019, junio). *La bibliofilia y el género*. Jot Down. <https://bit.ly/38F5GfT>
- Moura Sobral, L. de. (2009). María Guadalupe de Lencastre (1630-1715). Cuadros, Libros y aficiones artísticas de una duquesa ibérica. *Quintana*, 8, 61-73.
<https://bit.ly/3OS5KcG>
- Paranick, A. (2022, febrero 8). Belle de Costa Greene: Library Director, Advocate, and Rare Books Expert [Entrada blog]. Library of Congress. <https://bit.ly/3LGmVMi>
- Paz, C. (s.f.). Biblioteca de Pardo Bazán en la Torre de la Quimera del Pazo de Meirás [Imagen digital]. El País. <https://bit.ly/3vYOBWm>
- Pearson, J. (1999). *Women's Reading in Britain, 1750-1835: A Dangerous Recreation*. Cambridge University Press.
- Peter Harrington. (2019). The book huntresses: Women Bibliophiles [Entrada blog]. Recuperado 11 de enero de 2022, de <https://bit.ly/3KxZFPf>

- Plantey, D. (2016). Microcosme hors du temps et sanctuaire luxueux : la bibliothèque de Marguerite de Navarre. En *Les bibliothèques des princesses de Navarre au XVI^e siècle: Livres, objets, mobilier, décor, espaces et usages* (pp. 40-56). Presses de l'enssib. <https://doi.org/10.4000/books.pressesenssib.4840>
- Real Academia Española. (2022). *Bibliofilia*. DEL. <https://bit.ly/3s6AmgS>
- Recéndez Guerrero, E. (2007). Libros y lecturas para mujeres en el siglo XIX. *Revista De Historia De La Universidad Juárez Del Estado De Durango*, 10, 89-103. <https://bit.ly/3s46Nwj>
- Redford, B. (2003). Mary Hyde Eccles (1912–2003). *The Princeton University Library Chronicle*, 65(1), 124-127. <https://doi.org/10.2529/prinunivlibrchro.65.1.0124>
- Rodríguez de la Peña, M. A. (2010). Los reyes bibliófilos: bibliotecas, cultura escrita y poder en el Occidente medieval. *En la España Medieval*, 33, 9-42. <https://bit.ly/3MRn3sR>
- Sánchez Mariana, M. (2005). Manuscritos que pertenecieron a Isabel la Católica en la Biblioteca de la Universidad Complutense. *Pecia Complutense*, Año 2(3). <https://bit.ly/3F7LU8Q>
- Saturnia, N. (2018, octubre 19). Travel and the eighteenth-century woman [Entrada blog]. Special Collections and Archives. <https://bit.ly/3w04aNI>
- Servicio de Información Bibliográfica de la BNE. (2021a). *Guía bibliográfica de la biblioteca de Emilia Pardo Bazán*. Portal de guías bibliográficas de la Biblioteca Nacional de España. <https://bit.ly/3780ssy>
- Servicio de Información Bibliográfica de la BNE. (2021b). *La Biblioteca de la Mujer (1892-1917)*. Portal de guías bibliográficas de la Biblioteca Nacional de España. <https://bit.ly/3vAWAcX>
- Shreve, G. (2018, mayo 10). *When Reading Inspired Women to Change History*. JSTOR Daily. <https://bit.ly/3s7dldS>
- Silverman, W. Z. (2008). *The new bibliopolis. French book collectors and the culture of print 1880-1914*. University of Toronto Press.

- Simal López, M. (2008). La corte de la duquesa de Osuna. Un ejemplo de mecenazgo ilustrado. En *Actas Afrancesados y anglófilos. Las relaciones con la Europa del progreso en el siglo XVIII*. Acción Cultural Española. <https://bit.ly/3Fcw1hn>
- Stewart, C.J.A. (2014). Eshton Hall Library [Imagen digital]. Wikipedia. <https://bit.ly/3t1IRvd>
- Supralibros dorado con las letras del apellido “Pimentel” [Imagen digital]. (s.f.). El Blog de la BNE. <https://bit.ly/3OQ47fN>
- The bookplate of Frances Mary Richardson Currer [Imagen digital]. (s.f.). Peter Harrington. <https://bit.ly/3KEVy4a>
- The first exhibition in the Edward L. Doheny Jr. Memorial Library Treasure Room featured rare items from Carrie Estelle’s literary collection [Fotografía]. (1932). Carrie Estelle Doheny Foundation. <https://bit.ly/3kBSviq>
- The Grolier Club. (2011, agosto 4). *Mary Hyde Eccles Collection, 1903-2002*. <https://bit.ly/39zvB9l>
- The Morgan Library & Museum. (s.f.). *Belle da Costa Greene, the Morgan’s First Librarian and Director*. Recuperado 26 de abril de 2022, de <https://bit.ly/3y45L7A>
- The Morgan Library & Museum. (s.f.). [Gospels of Judith of Flanders (MS M.708)] [Imagen digital]. <https://bit.ly/38d8fWy>
- The Morgan Library & Museum. (s.f.). [Gospels of Judith of Flanders (MS M.709)] [Imagen digital]. <https://bit.ly/3GeAZL4>
- TIME Magazine. (1925). Amy Lowell Time magazine cover 1925 [Imagen digital]. Wikimedia Commons. <https://bit.ly/3wS1S4H>
- Val González de la Peña, M. (2017). Bibliotecas y lecturas de mujeres en la Edad Moderna. *Mi Biblioteca, año XIII*(48), 12-17. <https://bit.ly/37cnWNo>
- Weber, B. C. (1949). Catherine de’ Medici: A Royal Bibliophile. *The Historian*, 12(1), 88-95. <https://bit.ly/3s72bG6>

9. ANEXO

ANEXO I. ÍNDICE DE BIBLIÓFILAS

A

Ana, Reina consorte de Carlos VIII, Rey de Francia (1477-1514) – 58

B

Bárbara, Reina consorte de Fernando VI, Rey de España (1711-1758) – 73

C

Carolina, Reina consorte de Jorge II, Rey de Gran Bretaña (1683-1737) – 71

Catalina, Reina consorte de Enrique II, Rey de Francia (1519-1589) – 64

Cristina, Reina de Suecia (1626-1689) – 68

D

Doheny, Estelle (1875-1958) – 82

E

Eccles, Mary Hyde (1912-2003) – 85

G

Gomard Vaubernier, Marie-Jeanne, Condesa de Barry (1743-1793) – 76

Greene, Belle da Costa (1883-1950) – 83

H

Hanff, Helene (1916-1997) – 86

I

Isabel, Reina consorte de Felipe V, Rey de España (1692-1766) – 72

Isabel I, Reina de Castilla (1451-1504) – 57

J

Juana de Austria, Princesa de Portugal (1535-1573) – 66

Juana Inés de la Cruz, Sor (1648-1695) – 70

Judith de Flandes, Condesa de Northumbria (1033-1094) – 53

L

Landsberg, Herrada de (¿-1195) – 52

Lencastre, María Guadalupe de, Duquesa de Aveiro (1630-1715) – 69

Leonor, Reina consorte de Pedro IV, Rey de Aragón (1325-1375) – 55

Lowell, Amy (1874-1925) – 81

M

Margarita, Reina consorte de Enrique II, Rey de Navarra (1429-1549) – 59

Margarita, Reina consorte de Felipe III, Rey de España (1584-1611) – 67

María, Reina consorte Luis II, Rey de Hungría (1505-1558) – 60

María Antonieta, Reina consorte de Luis XVI, Rey de Francia (1755-1793) – 77

Mendoza, Mencía de (1508-1554) – 62

N

Nivelles, Gertrudis de, Santa (626-659) – 52

Niño Enríquez de Guzmán, María Petronila (1640-1700) – 70

P

Pardo Bazán, Emilia (1851-1921) – 80

Pimentel y Téllez-Girón, María Josefa, Duquesa de Osuna (1752-1834) – 76

Poisson, Jeanne-Antoinette, Duquesa-marquesa de Pompadour (1721-1764) – 75

R

Richardson Currer, Frances Mary (1785-1861) – 78

S

Silva y Andrade, Catalina de (1510-1576) – 63

T

Torre, Agustina de (1712-1784) – 74

Tour, Gabrielle de la (1420-1486) – 56

V

Varona y Rozas, María del Padre Eterno (1716-1755) – 75

Vélez de Guevara y Tassis, Catalina (1620-1684) – 68

Viborada de Saint Gall, Santa (S.IX-926) – 52

Violante de Bar, Reina consorte de Juan I, Rey de Aragón (1365-1431) – 55

Z

Zúñiga y Sandoval, Catalina de (1555-1628) – 67

ANEXO II. CONVERSACIÓN ELECTRÓNICA CON HEATHER O'DONELL

Mensaje de correo de Heather O'Donell en el cual se le pregunta su opinión acerca de la bibliofilia femenina a lo largo del tiempo y su representación en la actualidad. Así como su opinión acerca de la misoginia existente dentro de la bibliofilia. La contestación de Heather O'Donell es la siguiente.

The question you ask is a challenging one.

As long as there have been books, women in a position to own them have loved them. For a long time, of course, more men than women had that opportunity. The great twentieth-century book collector Mary Hyde Eccles, the first woman elected to the Grolier Club, noted that a collector must have three things: resources, education, and freedom. Historically, she observed, "only a few women have had all three, but times are changing!"

It is no longer a surprise to anyone that a woman reads, although some are still surprised by a woman who collects antiquarian books, or a woman who deals in them. Most high-profile collectors and dealers are men, and there are still tired jokes about wives as the "enemies" of books. Women collectors are often treated with polite condescension, or simply ignored, when they begin to build their collections. Women dealers are often welcomed into the trade as assistants, but not as partners or colleagues.

All that said, Mary Hyde Eccles was right. Times are changing. Everyone in publishing knows that most new books are purchased by women, who read more, on average, than men. It's not a huge leap for some of those women to start buying antiquarian books as well. Women have entered librarianship in considerable numbers, building institutional collections and seeking out under-represented material. The current presidents of ILAB (Sally Burden) and the ABAA (Sheryl Jaeger) are women dealers, and women serve on the boards of a number of national antiquarian bookselling organizations.

I would like to see more people involved in the antiquarian book world -- not just more women, but more people of all backgrounds on both the selling and buying sides, shining light on a broader range of historical material and making the case for its importance. So many aspects of human experience and expression were long considered unimportant, not worth recording or preserving. The material that remains for historians to study is often the result of collectors working independently to save something that institutions would not.

My goal, in the Honey & Wax Book Collecting Prize and everything I do as a bookseller, is to encourage a culture of collecting that rewards curiosity and creativity, even if the material collected is not (yet, or ever) considered "rare" or "important" by the antiquarian book world.

Warmly, Heather O'Donnell

ANEXO III. ENTREVISTA A LIBRERAS ANTICUARIAS

Entrevista realizada a Ana Fortes, directora de la librería anticuaria “Mundus Libri”.

¿Se considera una bibliófila?

Soy bibliófila desde que tengo uso de razón. Por una parte, gran lectora y por otra coleccionista de libros que me resultaban curiosos, hermosos, raros...

Si comprobamos la literatura escrita sobre la bibliofilia, podemos observar que la dedicada a mujeres es muchísimo menor que la orientada hacia la bibliofilia masculina. Siendo en ocasiones complicado encontrar literatura científica sobre el tema. ¿Cree que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia?

Las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia, por supuesto. Como lo han estado las mujeres lectoras, por ejemplo. Baste notar que Santa Teresa era una ávida lectora y amante de los libros, en su casa había una notable biblioteca, pero en escasos estudios se habla de ello. La educación de las hijas de la Reina Isabel de Castilla fue exquisita y se les dotó de enorme amor a los libros y la lectura. Eso en el ámbito de la lectura y educación (encontramos tratados sobre educación de príncipes, pero no tanto de princesas). Si pensamos en otros aspectos que rodean al libro, durante siglos las mujeres heredaban la imprenta de sus padres o maridos impresores, siendo abundantes las impresiones por Viuda de... o Hija de... En este sentido este tema sí ha sido más tratado por los estudiosos. No cabe duda que la mayoría de ellas serían bibliófilas en el sentido amplio de la palabra.

En ocasiones se cita a una coleccionista de libros o de arte (el caso es semejante) como algo excepcional; las mecenas, habiendo una gran cantidad de ellas, son poco reconocidas.

Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que es así?

El motivo creo que es el mismo que otros tantos aspectos del reconocimiento de la labor de la mujer a través de la historia. Ocurre otro tanto con la música (Clara Schuman o Ana Magdalena Bach), la pintura, la escritura... Los nombres de la mayoría de las mujeres que se han reconocido en cualquier ámbito suelen relacionarse con hombres famosos, padres, maridos, parejas... y se habla de Simone de Beauvier como pareja de Sartre y no

al revés y no creo que sea por la importancia de uno u otro. El papel de la mujer siempre ha estado en el ángulo oscuro.

Centrándonos en las librerías anticuarias, ¿cree que existe cierta desigualdad en el número de mujeres que trabaja en el mundo del libro antiguo en comparación con los hombres?

Por supuesto que hay desigualdad. De las asociaciones a las que pertenezco, por citar un ejemplo visible, las mujeres somos minoría. En un cálculo rápido, tal vez inexacto, en la Asociación de Libris (Libreros de Viejo de toda España) en un total de 39 librerías asociadas solo 4 las regentan mujeres que abrieron su propio negocio (como es mi caso), otras 4 son hijas de libreros que actualmente llevan la librería y habrá otros dos o tres casos en los que son una pareja de libreros. En AILA (Asociación Internacional de Libreros Anticuarios en España) de un total creo que de 47 de nuevo solo 4 son librerías de primera generación, unas 6 son hijas de libreros y habrá otras 2 que compartan con pareja, padre o hermano... su librería. Los números hablan por sí solos. (Son datos de un primer ojeo), como se puede ver no suelen superar el 25 % y si hablamos de mujeres que inicien un negocio en este gremio el porcentaje baja considerablemente.

Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que no hay más mujeres dedicándose a dicho mundo?

Es un mundo que tradicionalmente ha estado regentado por hombres. Tal vez esto no sea así en el libro moderno, no estoy tan al día, pero en el libro antiguo tradicionalmente los hombres regentan las librerías. De igual modo que la mayor parte de bibliófilos compradores son hombres

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cree que existe cierta misoginia hacia las mujeres en el mundo del libro antiguo?

Yo no he detectado misoginia en el sentido estricto. Tal vez sea solo una cuestión de uso y creo que la tendencia va cambiando puesto que hay más mujeres que se van animando a entrar en este mundo.

Si lo desea compartir, ¿ha vivido alguna situación negativa o de menosprecio por ser mujer en el mundo del libro antiguo?

Por parte de los clientes nunca. En este mundo en el que el librero es casi psicólogo del comprador, puesto que nos cuentan muchas de sus experiencias, el bibliófilo se siente

cómodo con una mujer librera. Curiosamente a veces en algunos compañeros de trabajo sí noté al principio cierto recelo, no sé si por entrar en un mundo muy cerrado, por ser mujer, por ser más joven en aquel momento que ellos... Pero en general no he detectado ningún sentimiento en contra. Sí sucede algo curioso, pero creo que es instintivo; cuando en una feria estamos hablando con algún cliente y se acerca otra persona a preguntar algo suele dirigirse a él por ser hombre más que a mí; supongo que obedece a la costumbre de ver libreros masculinos.

Los gustos hacia autores masculinos en lo relacionado con el libro antiguo, que han favorecido comerciantes y coleccionistas, han dirigido el mercado anticuario hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los que han sido mayor valorados, en comparación con obras escritas por mujeres. ¿Cree que esto es así? ¿Lo ha notado usted en su librería?

Es posible. Todavía cuesta valorar, como dije antes, la importancia de muchas escritoras por sí mismas. Igualmente, la documentación sobre mujeres suele ser menos abundante y hasta ahora menos buscada. Curiosamente en estos momentos, fruto de las relaciones internacionales, se capta especialmente en Estados Unidos o países como Francia, un gran interés por escritoras o autoras femeninas, hasta el punto de que es un valor en alza. Como te comenté, hace dos años hicimos una colega y yo un primer catálogo de mujeres escritoras y tuvo un éxito enorme en Estados Unidos. Ahora estamos preparando el segundo. Creo que afortunadamente escritoras de primera línea como Jane Austin, Ernestina de Champourcin, María de Zayas, Teresa de Jesús, María de Ágreda... están ahora por fin situadas en el lugar que les corresponde. Sus cotizaciones son ahora muy altas. En la última feria de Paris, el septiembre pasado, los manuscritos de Coco Chanel, Camille Claudell, la propia Simone, se encontraban entre los más cotizados.

Comentarios de Ana Fortes fuera de la entrevista

Resulta curioso que la mayoría de los bibliófilos sean hombres, es poco común que una mujer colecciona obras que superen cierto precio, aunque sí las hay, por supuesto. Yo misma antes de ser librera era coleccionista de libros precisamente sobre mujeres, repertorios de mujeres famosas a lo largo de la historia, libros escritos por mujeres o sobre temas femeninos. Pero mayoritariamente los grandes bibliófilos son hombres ¿Podría deberse a que la mujer en determinados momentos es más práctica y le cuesta gastar sumas importantes en un libro? ¿Cuándo decide coleccionar algo prefiere otros productos? Porque curiosamente la mujer es más lectora, según todos los estudios

anuales. Y realmente en el libro medio, novelas o estudios de precio inferior, es una gran compradora. En fin, son solo cuestiones que a menudo me planteo al otear el mundo de la bibliofilia.

Entrevista realizada a Belén Bardón, directora de la “Librería Bardón”.

¿Se considera una bibliófila?

Sí

Si comprobamos la literatura escrita sobre la bibliofilia, podemos observar que la dedicada a mujeres es muchísimo menor que la orientada hacia la bibliofilia masculina. Siendo en ocasiones complicado encontrar literatura científica sobre el tema. ¿Cree que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia? Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que es así?

Sin duda y como bien dices, es difícil encontrar literatura sobre bibliofilia femenina. A lo largo de la historia ha habido muy pocas mujeres bibliófilas que hayan conseguido abrirse camino y destacar en este campo. El por qué creo que es sencillo, el que una mujer tuviera interés en la lectura y más aún en la bibliofilia era muy raro, cuestión educacional, en las casas no se hacía nada por motivar la lectura a las niñas, más bien todo lo contrario, era “cosa de hombres”.

Centrándonos en las librerías anticuarias, ¿cree que existe cierta desigualdad en el número de mujeres que trabaja en el mundo del libro antiguo en comparación con los hombres? Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que no hay más mujeres dedicándose a dicho mundo?

En cuanto al sector de las librerías anticuarias, es cierto que el número de hombres es muy superior al de mujeres, pero ha ido aumentando sin duda en estos últimos 40-50 años. Actualmente somos una minoría, especialmente en España, en otros países europeos y americanos la diferencia es mucho más pequeña. El que no haya más mujeres dedicándose a esto se debe entre otras cuestiones al desconocimiento en general de la gente joven sobre lo que es la Bibliofilia, es un sector muy cerrado, las tecnologías han ido copándolo todo poco a poco y el libro como objeto parece que cada vez tiene menos interés en la gente joven así que la bibliofilia y/o el coleccionismo de libros antiguos, sigue siendo un mundo desconocido.

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cree que existe cierta misoginia hacia las mujeres en el mundo del libro antiguo?

Yo no lo llamaría misoginia como tal, en algunos casos, sobre todo entre los bibliófilos y coleccionistas de mayor edad sí que puede existir cierta duda o resquemor a que una mujer pueda, ya no solo ser bibliófila, si no tener los conocimientos necesarios para ser librería y dedicarse a esto exactamente igual que un hombre.

Si lo desea compartir, ¿ha vivido alguna situación negativa o de menosprecio por ser mujer en el mundo del libro antiguo?

No recuerdo ninguna situación realmente incómoda, pero si cuando empecé a trabajar en esto, con 20 años, en alguna que otra ocasión notabas que el cliente buscaba siempre la aprobación a lo que yo podía decir o hacer, en mi padre (que es quién llevaba la librería y a quien todo el mundo conocía). El hecho de que preguntaran siempre, ¿pero puedo hablar con el Sr. Bardón? Dejaba en al aire la duda acerca de que yo pudiera aconsejarle o conocer algo igual de bien que él. Por una parte, con razón, la experiencia en este mundo es muy importante, no paras de aprender todos los días y es lógico que los clientes de toda la vida que siempre habían sido atendidos por mi padre, mostraran cierta desconfianza cuando veían que eran sus hijas las que iban a continuar con este negocio.

Los gustos hacia autores masculinos en lo relacionado con el libro antiguo, que han favorecido comerciantes y coleccionistas, han dirigido el mercado anticuario hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los que han sido mayor valorados, en comparación con obras escritas por mujeres. ¿Cree que esto es así? ¿Lo ha notado usted en su librería?

Nosotros nos dedicamos a la impresión muy antigua, libros de los siglos XVI al XVIII principalmente, y efectivamente el 95% de los autores de estas obras que forman parte de nuestro fondo están escritos por hombres. Durante esos siglos la cantidad de libros que se imprimían escritos por mujeres eran mínimos, tiradas cortas que no volvían a imprimirse porque no tenían la misma aceptación, por lo que son aún más raros de encontrar en la actualidad.

Entrevista realizada a Natibel Marquina, directora de la librería anticuaria “Hesperia Libros”.

¿Se considera una bibliófila?

Soy primero lectora desde la infancia. Y bibliófila si ese término define a quien ama los libros y su contenido, no exclusivamente su apariencia o valor de mercado.

Si comprobamos la literatura escrita sobre la bibliofilia, podemos observar que la dedicada a mujeres es muchísimo menor que la orientada hacia la bibliofilia masculina. Siendo en ocasiones complicado encontrar literatura científica sobre el tema. ¿Cree que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia? Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que es así?

No es una cuestión de invisibilidad. Hay bibliografía ibérica y europea sobre bibliotecas conventuales femeninas y privadas. Obviamente, solo tiene una biblioteca quien sabe leer y quien tiene capacidad económica propia para formarla. Ambas situaciones escasas, aunque sí más frecuentes de lo que se cree. Así las bibliotecas privadas de las infantas de Portugal o de Isabel de Castilla y las sabias mujeres de su palestra, de las que queda registro testamentario. O las bibliotecas de las asociaciones de convivencia femenina fuera del matrimonio, como los beguinatos holandeses y flamencos, o los “clubs” femeninos de la Ilustración. Muchas de las grandes bibliotecas de la nobleza y la pujante burguesía de tiempos recientes se han enriquecido con la aportación tras su fallecimiento de legados femeninos que se han diluido en el predominante, económica y socialmente, apellido masculino.

Centrándonos en las librerías anticuarias, ¿cree que existe cierta desigualdad en el número de mujeres que trabaja en el mundo del libro antiguo en comparación con los hombres? Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que no hay más mujeres dedicándose a dicho mundo?

Actualmente no. Por lo que conozco, en este momento y en todo el mundo, las mujeres propietarias de librerías sobrepasan al de hombres, teniendo también en sus negocios más trabajadoras.

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cree que existe cierta misoginia hacia las mujeres en el mundo del libro antiguo? Si lo desea compartir, ¿ha vivido alguna situación negativa o de menosprecio por ser mujer en el mundo del libro antiguo?

Cuando yo empecé (1981) había mucho paternalismo, pero no misoginia. Éramos una curiosidad por escasas -aunque no en el mundo anglosajón donde siempre han sido mayoría respetada profesionalmente- pero nos avalaba un padre reputado profesional, en la mayoría de los casos. En mi vida profesional solo he conocido un caso de declarada misoginia hacia mí por parte de otro profesional, pero, dado que su carácter era profundamente agrio contra la humanidad en conjunto, tampoco es importante. De hecho, a fecha de hoy me regodeo todavía de cómo le devolví -profesionalmente- su acritud. Por lo demás, he sentido más misoginia inicial por parte de clientes masculinos, que bien encauzados, acababan domesticados. Añado que, en general, he tenido muchas clientas, bibliotecarias, archiveras y privadas, con las que he mantenido una relación igualitaria en lo posible y cordial.

Los gustos hacia autores masculinos en lo relacionado con el libro antiguo, que han favorecido comerciantes y coleccionistas, han dirigido el mercado anticuario hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los que han sido mayor valorados, en comparación con obras escritas por mujeres. ¿Cree que esto es así? ¿Lo ha notado usted en su librería?

En mi opinión no se puede hablar de “gustos”. Simplemente la producción libraria masculina, mejor o peor, ha sido la que ha sobrevivido, y no creo en absoluto que los libreros y amantes de los libros hayamos contribuido más o menos a ello. De hecho, la mejor biblioteca de escritoras femeninas ibéricas de todos los tiempos, es propiedad de un hombre, todavía joven, y a quien le horroriza, como a mí, el término bibliófilo. En una conversación reciente ironizábamos sobre un conocido “bibliófilo” cuya única aspiración es llegar a tener todos los Ibarra impresos, sin haber abierto ni, obviamente leído jamás, ningún ejemplar. A día de hoy, creo que cada vez hay menos especímenes de este tipo, afortunadamente, y un número creciente de lectores y coleccionistas centrados en pasiones temáticas propias y especiales.

Entrevista realizada a Begoña Ripoll Martínez, directora de la librería anticuaria “La Galatea”.

¿Se considera una bibliófila?

Lo primero que entiendo es que “bibliófila” y “bibliofilia” tienen dos acepciones en el diccionario. La de que me gustan los libros, o sea, amante de los libros. y luego tiene la acepción amante de los libros raros y curiosos en plan coleccionista. En cualquier caso,

yo soy absolutamente amante de todos los libros. Para leer, para coleccionar antiguos, modernos, etc.

El concepto de “bibliófilo” siempre es muy genérico, pero fundamentalmente hay dos clases de gente bibliófila. La gente que le gustan los libros para leer y, claro, una vez que los lees también eres capaz de apreciar un libro mejor impreso, un libro que esté dedicado o que sea primera edición; y una segunda clase de bibliófilos, es decir, coleccionistas de libros que no es tanto porque les gusten los libros para leer sino un poco por la tontería de coleccionar, de ser coleccionista.

Aunque parezca mentira, yo tengo clientes que me dicen que ellos coleccionan, pero que no se los leen. Y la mayoría, sin embargo, sí se los lee. En relación a los tipos de bibliófilos que existen, José Luis Melero que es un bibliófilo español que me gusta mucho como estilo de bibliófilo. Porque es una persona que, siendo capaz de disfrutar el valor de una primera edición o de un libro raro, los lee absolutamente todos.

Sí soy bibliófila, pero no soy demasiado coleccionista. Hay bibliófilos que tienen sus libros y no quieren ni prestarlos ni que se los toquen y que son compulsivos en su compra. Es decir, si tienen mil libros quieren tener cinco mil. Yo no soy una bibliófila compulsiva. También piensa que soy librera. Entonces yo disfruto muchísimo porque para mi trabajo yo los compro. Cuando los compro los disfruto, pero luego no me da excesiva pena venderlos, en el sentido que normalmente, si son libros que me gustan mucho, se los vendo a clientes que son amigos. Entonces dijéramos que sé dónde están mis libros y en ese sentido no acaparo por acaparar.

Si comprobamos la literatura escrita sobre la bibliofilia, podemos observar que la dedicada a mujeres es muchísimo menor que la orientada hacia la bibliofilia masculina. Siendo en ocasiones complicado encontrar literatura científica sobre el tema. ¿Cree que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia? Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que es así?

Creo que ha habido pocas. este mundo de los bibliófilos y de la gente que colecciona libros raros, curiosos, especiales, valiosos... no deja de ser un mundo reducido, sobre todo en España. En la Feria del Libro Antiguo de Madrid a lo mejor somos 24 librerías en España que exponemos. Cuando se hace la misma feria del mismo nivel en París o en Londres son 200. Con esto lo que te quiero decir es que, como es un mercado reducido, también es reducido el elemento femenino.

La historia de la humanidad es ciertamente machista en el sentido que tradicionalmente las mujeres estaban en el hogar, y no ha sido hasta el siglo XX que la mujer ha ido cogiendo capas de igualdad profesional con respecto al hombre. Entonces en este sentido las librerías anticuarias regentadas por mujeres o creadas por mujeres también es menor. Es decir, el que haya muchísimas menos mujeres bibliófilas, tanto bibliófilas que compren como bibliófilas como yo que sean libreras, no creo que sea por el mercado en sí mismo. Sino por el desarrollo de la civilización humana.

Salvo una excepción, con respecto a las bibliófilas puras, es decir, a las mujeres que coleccionen libros, son poquísimas. Si yo ahora mismo pienso en mis cien mejores clientes no hay ninguna mujer. Pero esto yo le daría otra explicación, no tanto por discriminación, sino por la esencia de lo que es coleccionar un libro antiguo. Las mujeres somos en cierto sentido muy prácticas, y hay un cierto elemento de frikismo en la gente que colecciona desmesuradamente. Siempre se ha dicho que la naturaleza de la mujer es más práctica, es más protectora, entonces una mujer no tiene ese afán de coleccionar. Yo mismamente como librera me doy cuenta que a mí me gustan muchísimo los libros más que a nadie y comprar libros más que a nadie, pero yo no necesito poseerlos. Es decir, el hecho de hacer una colección de libros valiosos.

Otra parte también tiene que ver con que los libros antiguos son caros. La mujer nunca ha accedido en el núcleo familiar, antiguamente, al dinero. No tenían su propio dinero para coleccionar. No obstante, esto es muy genérico. Yo colecciono carpetas donde guardo ex-libris antiguos y el ex-libris más antiguo que tengo es femenino. Lo encontré en un libro de 1650 y pertenece a una duquesa. Era una mujer en el siglo XVII que se había hecho su propio ex-libris porque tenía una colección de libros.

Centrándonos en las librerías anticuarias, ¿cree que existe cierta desigualdad en el número de mujeres que trabaja en el mundo del libro antiguo en comparación con los hombres?

Existe muchísima diferencia entre mujeres libreras y hombres libreros. Yo tengo 60 años y cuando yo empecé en el mundo del libro hace unos 30 años casi no había ninguna mujer librera, yo lo noté. De hecho, me hablaron exactamente de dos mujeres en Barcelona y una mujer, que entonces ya era mayor, que se llamaba Mariloli, que creo que vivía en Bilbao o en San Sebastián, y que tenía una librería, “Manterola” se llamaba, creo. Porque me acuerdo que hice un viaje para conocerla y para hablar con ella sobre cómo se sentía siendo mujer.

Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que no hay más mujeres dedicándose a dicho mundo?

Encuentro varias razones. Lo primero, este es un mercado muy especial. Es decir, que alguien puede querer montar una librería, pero eso es una cosa complicadísima. Yo aún me pregunto cómo he logrado sobrevivir a montar una librería. En el confinamiento hice una web y empecé un blog. En una de las entradas del blog cuento un poco la historia de cómo me hice librera y el problema es que las librerías que yo conozco ahora, que son más jóvenes que yo, todas son librerías porque han heredado la librería. Esto es un mercado tradicionalmente que pasaba de padres a hijos. De casi todas las librerías más fuertes que conozco, he conocido a la primera o a la segunda generación de libreros y ahora está por la tercera. Son muy gremiales y son mercados muy difíciles y es muy lógico que lo siga el hijo o la hija. Porque entonces ya tiene el fondo y los conocimientos, que se los ha contado su padre, y ya tiene los clientes. En ese sentido esa es una de las razones de por qué hay muy pocas, si no ha sido que la has heredado.

Cuando yo decidí montar la librería casi todo el mundo me dijo que estaba loca, y también noté que entonces era de las únicas mujeres. Tengo recuerdos de estar en una reunión de libreros y en una cena de libreros y ser la única chica. Porque es verdad que había mujeres, pero no eran dueñas de la librería, eran las mujeres de los libreros. Ahí había una distinción. Normalmente en la librería de un librero, por ejemplo, el librero era el que mandaba y el que decidía qué se compraba y qué se vendía y normalmente la mujer era un poco la que estaba en los puestos de la feria, la que organizaba, pero no la que llevaba la voz cantante en la librería.

Cuando yo empecé, sonaba un poco raro cuando le dije a mis amigos y a mi familia que iba a dejar de ser profesora porque quería montar una librería. Todo el mundo me dijo que estaba loca, no solo porque no tuviera conocimientos ni clientes, ni local, ni libros, ni nada, que era toda una locura, sino porque además era un mundo como raro. Había un componente, como por ejemplo cuando iba a comprar libros, que se veía a modo de “cómo tú que eres chica vas a ir con fajos de dinero, como van los tíos a por libros, y a cargar con cajas”. Entendía que era poco femenino, era un poco como el negocio de los anticuarios, pero de los anticuarios tradicionales. Había esta idea de que cómo iba yo a poder competir en un mercado donde tienes que ir a una casa, tú sola, a mover miles de libros y a pagar en negro con billetes.

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cree que existe cierta misoginia hacia las mujeres en el mundo del libro antiguo?

Con respecto a la misoginia, desde luego no sé si misoginia sería la palabra, pero cuando yo empecé decidí pasear por toda España y visitar librerías y conocer libreros y contarles a que yo iba a abrir una librería y si me podían ayudar o dar consejos, etc. Cosa que, por ejemplo, ahora chicos jóvenes hacen conmigo y yo no tengo ningún problema. Entonces lo que sí tengo es el recuerdo absoluto y perfecto de que noté una cierta complacencia y benevolencia con respecto a los libreros con los que empecé tratando. Es decir, yo recuerdo que cuando empecé todos me trataban como que ellos eran los libreros y yo era la nena, era como un elemento gracioso, simpático y decorativo. Nunca me tomaron en serio, yo creo que tardé diez años de los casi treinta que llevo en que me tomaran en serio. No por misoginia, sino porque yo era jovencita y mona, entonces había como un punto en que ellos pensaban que no sobreviviría o que tenía la librería un poco como de jugar. No me miraban al mismo nivel. Lo recuerdo como curioso, no lo recuerdo traumático ni nada, pues a mí también me parecía gracioso que ellos tampoco me tomaran en serio.

En este mundo los clientes no son clientes de nadie, como es un mundo muy reducido, las personas que coleccionan libros en España terminan conociendo a todos los libreros y comprando libros a todos. Es decir, los clientes de libro antiguo van a comprarle al librero que le dé mejores libros a mejor precio. No son nada fieles. Entonces lo que sí empecé a notar es que me empezaron a tomar en serio cuando empezaron a ver que clientes suyos les hablaban de mí. A un librero de Madrid le decían “pues me he comprado este libro en “La Galatea” de Salamanca”, que “el libro es estupendo”, “la librera sabe perfectamente la historia del libro y además es más barato”. Entonces dijéramos que me tuve que ganar el respeto a través de mis propios clientes, que hablaban bien de mí.

Si lo desea compartir, ¿ha vivido alguna situación negativa o de menosprecio por ser mujer en el mundo del libro antiguo?

No tengo recuerdos de menosprecio. Tengo recuerdos más graciosos que otra cosa, en el punto en que yo soy una persona de carácter bastante seguro. Entonces cuando yo vi que no me tomaban en serio, no me preocupé. A mí me parecía divertido y tonto por su parte que no me tomaran en serio. Porque en un mercado competitivo tú tienes que tomar en serio a tus competidores. De hecho, yo lo que tengo recuerdos es de anécdotas graciosas. Por ejemplo, en una feria un librero que quería hacerse el gracioso conmigo me decía “mira Galatea te he traído esto de regalo” y “si fulanito te regala eso, yo también tengo

un libro de Salamanca que te voy a regalar”. Cosas más que tenían que ver como con intentar “ligar”. Tengo el recuerdo de estar en una cena de librereros, todos chicos, cuatro librereros y yo, y terminar la cena y decir uno “yo pago a la Galatea” o “no, no, a la Galatea la invito yo”, cosas así. No tanto machismo, sino costumbre. Como que nosotros somos hombres y tú eres la chica, pero vamos que a mí me parecía una tontería por su parte y pensaba “pues estupendamente”.

Los gustos hacia autores masculinos en lo relacionado con el libro antiguo, que han favorecido comerciantes y coleccionistas, han dirigido el mercado anticuario hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los que han sido mayor valorados, en comparación con obras escritas por mujeres. ¿Cree que esto es así? ¿Lo ha notado usted en su librería?

El comercio del libro antiguo cada 6 o 7 años sufre fases de interés. ¿Qué quiere decir fases de interés? Que, por ejemplo, hace 30 años los libros más caros y que todo el mundo me pedía eran libros antiguos sobre toros, carlismo y el Quijote. Luego pasan 10 años y se pone de moda coleccionar libros de cocina antiguos. En este sentido, entre 4 y 8 años se ha puesto más de moda los estudios sobre el feminismo. Entonces eso hace que las primeras ediciones de libros escritos por mujeres valgan más y me los soliciten más. Te voy a poner un ejemplo, si yo tengo una primera edición de cualquier escritor del siglo XIX como Pereda, Valera o Armando Palacio Valdés, no valen nada y nadie los quiere. Pero si me sale una primera edición de Emilia Pardo Bazán, al ser mujer va a tener más valor. De hecho, ahora estoy a mitad de comprar una biblioteca llamada de feminista, de unas mujeres que murieron y que coleccionaban libros escritos por mujeres o que hablan sobre mujeres o de temas de mujeres. Esto tiene más interés comercial, es decir, lo voy a vender más rápido porque ahora está de moda, pero son modas. Tampoco hay muchas mujeres escritoras antiguas, antiguas me refiero a partir de 1860, y esto es un mercado donde los libros valen en función de su rareza. También desde hace tiempo, desde que hicieron el reportaje de la “Sin Sombrero”, se pusieron de moda. Entonces, bueno, cualquier cosa que sea Rosa Chacel o cualquier mujer del veintisiete, como Concha Méndez, me lo van a pedir más. Entonces, tiene más valor actual.

Entrevista realizada a Rebecca Romney, directora de la librería anticuaria “Type Punch Matrix”.

¿Se considera una bibliófila?

Yes

Si comprobamos la literatura escrita sobre la bibliofilia, podemos observar que la dedicada a mujeres es muchísimo menor que la orientada hacia la bibliofilia masculina. Siendo en ocasiones complicado encontrar literatura científica sobre el tema. ¿Cree que las mujeres bibliófilas han estado invisibilizadas a lo largo de la historia?

Not invisibilised but downplayed, condescended to, boxed out, and misunderstood.

Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que es así?

I can speak only to my areas of expertise (primarily 18th-century England and the development of a particular kind of Anglophone book collecting that became popular beginning in the 19th century), but book collecting has historically been tied to two areas that were traditionally viewed as the domains of men: the study of history, and an advanced education. Obviously there were always women interested in these areas, and plenty too who distinguished themselves in these areas. However, gendered domains tend to attract aggressive gatekeeping and boundary maintaining cultures. Thus: women cannot be interested in collecting because women don't study history or receive advanced educations. This is factually incorrect, but a common kind of slippery slope fallacy. We see this kind of fallacy even today with forms of media that are viewed (by reputation, though inaccurately) as male domains, such as video games.

Centrándonos en las librerías anticuarias, ¿cree que existe cierta desigualdad en el número de mujeres que trabaja en el mundo del libro antiguo en comparación con los hombres?

There is not an inequality in the number of women working in the antiquarian book trade; there is an inequality in the number of women in positions of power in the antiquarian book trade. This is speaking of the book trade in the United States, where I work: there are many women in lower positions across the trade.

Si su respuesta anterior es que sí, ¿por qué cree que no hay más mujeres dedicándose a dicho mundo?

Speaking about the trade in the US, historically, many rare book firms did not promote women employees to managerial or otherwise powerful/decision-making roles. Further, before the gains achieved by activists in the era of second wave feminism, it was very difficult for a woman to be an entrepreneur -that is, to be able to start her own antiquarian book firm- because of the restrictions on basic financial agency: the difficulty of obtaining bank loans, credit cards, and even bank accounts not controlled by others. Thus there have been economic, legal, and social barriers to women achieving positions of power in the antiquarian book trade. And while many of these barriers have eased in recent decades, the antiquarian book trade is a conservative, slow-moving culture that prioritizes tradition and financial privilege, both of which still favor men.

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cree que existe cierta misoginia hacia las mujeres en el mundo del libro antiguo? Si lo desea compartir, ¿ha vivido alguna situación negativa o de menosprecio por ser mujer en el mundo del libro antiguo?

I have personally experienced multiple examples of misogyny as a woman owner of an antiquarian book firm. For example, a collector telling me that I must have had a man's help in preparing a catalogue because it was too good for me to have created it on my own; other dealers crediting my male co-founder for achievements that were my own; and many people contacting us via our website, where six people are listed as working here, but addressing by name only one person, the single man at the company (who is not even listed first on our website). I've heard a colleague complain that the reason my booth was popular at a book fair was because I was "flirting" with everyone who came through. I've been told I'm successful because of how I look. I've had other dealers pitch me works by women writers when I've specifically told them I'm looking for something else. I've been mistaken as my male co-founder's assistant and intern. I've experienced lewd remarks and uninvited physical contact. That said, increasingly, these interactions are the minority of my experiences. While there are still plenty of instances of misogyny in this world, I don't think that sentiment is as broadly strong or unassailable as it was even ten years ago.

Los gustos hacia autores masculinos en lo relacionado con el libro antiguo, que han favorecido comerciantes y coleccionistas, han dirigido el mercado anticuario hasta la actualidad. Siendo los libros y manuscritos antiguos escritos por hombres los que han sido mayor valorados, en comparación con obras escritas por mujeres. ¿Cree que esto es así? ¿Lo ha notado usted en su librería?

I'm not sure that this can even be a question of whether I "think" it is the case: the data objectively bears this out. It generally plays out in our bookshop as well, even though I have full agency over our pricing. This is because, in many cases, I don't get to decide the wider market response to many books: I think Toni Morrison's book *Beloved* should be much more expensive in the first edition than it currently is, but there are too many comparable copies available at lower price points. If on principle I decided to price mine higher because her book "deserves" it, then I simply won't be able to sell it. I must sell books to remain in business; therefore, I am incentivized to price to what I think the market can bear. Fundamentally, prices are driven by the equation of supply and demand: how obtainable is it, and how much do people want it? We can't do much about the supply end, but we can affect the demand end. That is, to change that value equation for women writers, we can work proactively to increase demand. If a book is truly rare and the rare book world hasn't yet become aware of a strong argument as to its importance, one can sometimes dismiss past prices realized and price the book to what your argument for its importance merits. (Again, as in the case of *Beloved*, this doesn't work if there are 50 other copies online, but it can work when the marketplace has already recognized its scarcity.) Or you can publish about women writers in such a way that you increase demand substantially enough to see prices rise, as I have also done successfully in the past. In these cases, you're trying to increase demand by showing collectors that they're missing out in not desiring these works. And while women collectors don't necessarily collect women writers, the increasing support of women collectors will lead to more demand for women writers simply because women generally are more open to the argument that a woman writer has been unfairly overlooked. There is a lot of potential in coming years to see this value equation shift because we have put our finger on the demand end of the scale.